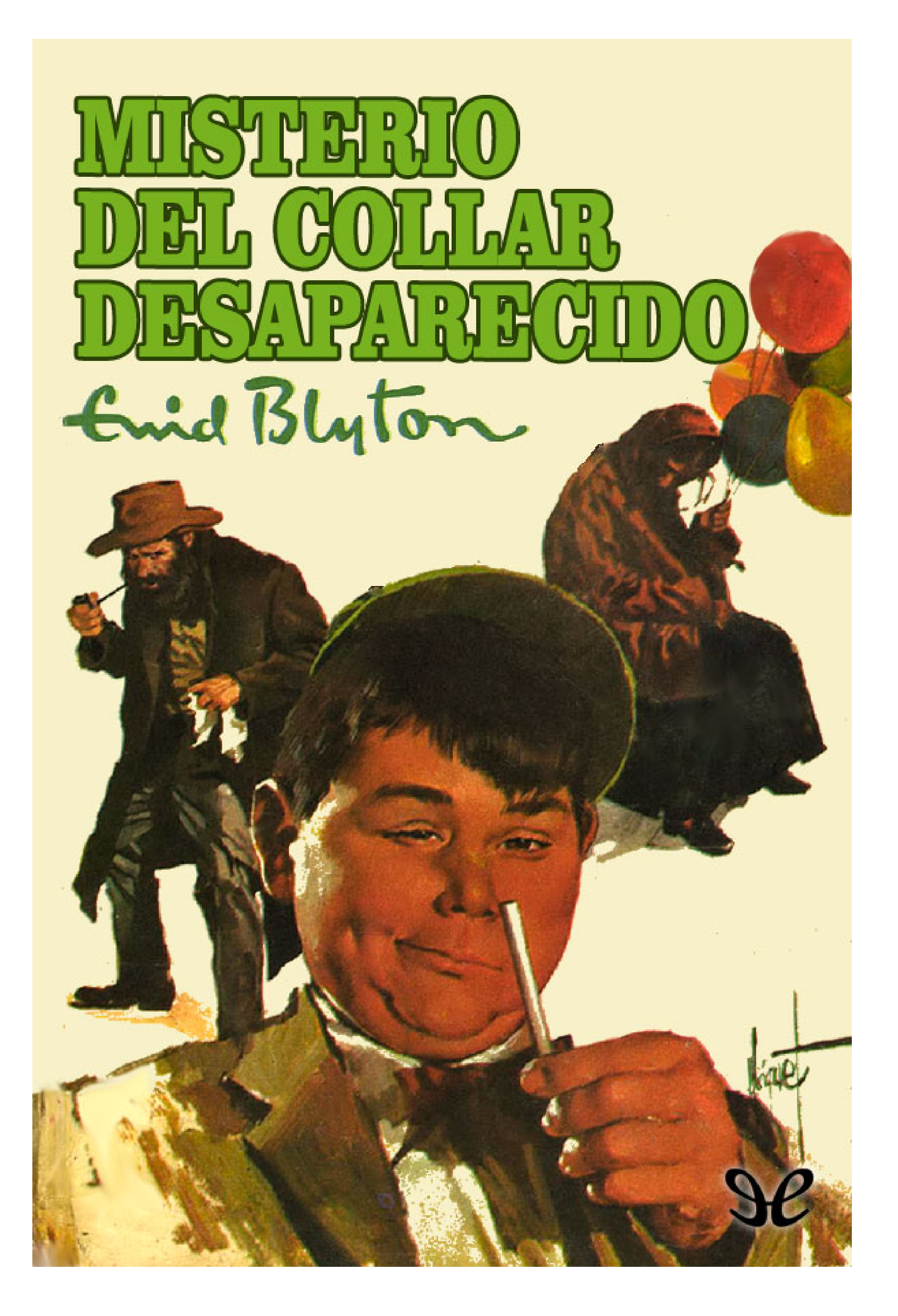

MISTERIO DEL COLLAR DESAPARECIDO
Enid Blyton

Fatty ha crecido y ve llegado el momento de disfrazarse de adulto. Es así como acabará enterándose de cuál es el caso que tanto preocupa al señor Goon, el policía local. Los Cinco Pesquisidores, ansiosos de misterios por resolver, acabarán metidos de lleno en un arriesgado caso de ladrones de joyas. Gracias a sus habilidades detectivescas lograrán ayudar a la policía a encontrar un valioso collar robado.



Enid Blyton

Misterio del collar desaparecido

Colección Misterio 05

ePub r1.1
gimli 03.02.14

Título original: *TThe Mystery of the Missing Necklace*
Enid Blyton, 1947
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: Joseph Abbey
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Prefacio

Éste es el quinto libro de la serie «misterios», que nos narra, como en los volúmenes anteriores, las aventuras de los cinco amiguitos y el perro. Los otros son:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada
Misterio de los anónimos

En todos ellos, la simpática pandilla resuelve distintos misterios a su manera. Cada libro es una novela completa.

ENID BLYTON

Capítulo primero

¡Oh, si se presentara un misterio!

Pip y Bets se hallaban sentados en el lugar más fresco de su jardín. Llevaban ropas ligeras, pues el sol de agosto calentaba de firme.

—¡Ya ha transcurrido un mes entero de vacaciones! —exclamó Pip—. Y, exceptuando que hemos pasado dos semanas en la playa, no ha ocurrido nada, absolutamente nada. Es aburridísimo.

—Las vacaciones más aburridas que recuerdo —replicó Bets—. ¡Sin el menor misterio que resolver! ¡Y ni siquiera están aquí Larry, Daisy, Fatty y «Buster» para jugar con ellos…! ¡llevan siglos en la playa!

Larry y Daisy eran amigos de Pip y Bets, lo mismo que Federico… o Fatty, como le llamaban todos. «Buster» era su perro «scottie», a quien los niños querían mucho.

Los cinco niños se hacían llamar los Cinco Pesquisidores y el Perro, porque durante las cuatro últimas vacaciones habían descifrado algunos misterios muy curiosos, resolviéndolos todos… ante la contrariedad del policía del pueblo, el señor Goon.

—Ahora parece que tú y yo, Pip, somos los únicos Pesquisidores que quedamos —dijo la niña—. ¡No creo que los otros regresen ya! Pronto terminarán las vacaciones, todos volveréis al internado, excepto yo, y no habremos descubierto ningún misterio durante este verano.

—¡Aún nos quedan cuatro semanas, así que anímate, peque! —dijo Pip—. Los otros regresarán esta semana… ¡y apuesto a que el bueno de Fatty traerá montones de disfraces con que engañarnos! Aunque esta vez estaremos prevenidos contra él… ¡y no nos

dejaremos sorprender tan fácilmente!

Bets se echó a reír. Recordaba cómo Fatty se había disfrazado de niño francés, engañándolos a la perfección. Y durante las últimas vacaciones había logrado dar vida a toda clase de tipos con sólo una peluca y unas cejas pelirrojas. ¡Nadie sabía lo que Fatty idearía a continuación!

—Pero «esta vez» no nos engañará —volvió a decir Pip—. Desconfiaré de todos los extranjeros de aspecto estrafalario que intenten entablar conversaciones conmigo, o que vengan a visitarnos. Le diré: «Eres tú, Fatty», ¡y no escucharé ni una palabra!

—¿Tú crees que tendremos algún misterio que resolver estas vacaciones? —preguntó Bets—. Me gusta tanto buscar pistas, hacer listas de sospechosos, ir tachándolos después de hacer averiguaciones… ¡y al final descubrir al culpable!

—Hasta ahora hemos tenido mucho suerte —dijo Pip incorporándose para coger la botella de limonada que habían llevado consigo—. Hemos podido resolver todos los misterios, pero no siempre se tiene éxito. No creo que incluso los verdaderos detectives lo tengan siempre. Bets, qué fresca eres, te has terminado la limonada. Ve a pedir a Gladys que te dé agua helada.

Bets tenía demasiada pereza para moverse. Se apartó del alcance de Pip y bostezó ruidosamente.

—¡Estoy aburrida! Quiero que vuelvan los otros para poder jugar con ellos. Quiero un misterio… uno verdaderamente bueno. ¡Y quiero resolverlo antes de que lo haga el viejo Ahuyentador!

El viejo Ahuyentador era el señor Goon, el policía. Siempre decía a los niños y a los perros «Largaros», en cuanto los veía. Los Cinco Pesquisidores le desagradaban sobremanera, y nunca tuvo una palabra de alabanza para ellos. Pip y Bets no le habían visto mucho durante las vacaciones de verano, y se alegraban, porque siempre iba a quejarse a sus padres del comportamiento de los Cinco Pesquisidores. Bets le temía, porque cuando perdía los estribos gritaba y era muy desagradable.

—¡Bets!, ¿no has oído que te he dicho que fueses a buscar agua fresca? —dijo Pip, enfadado—. ¡Ve enseguida!

—No quiero que me des órdenes —dijo Bets alejándose un poco más—. Supongo que estás acostumbrado a mandar a los niños

pequeños de tu colegio y cuando vienes a casa te crees que puedes mandarme a mí también. ¡Bueno, pronto cumpliré diez años y no tienes derecho!

—¡No me repliques, pequeña Bets! —dijo Pip—. Eres mucho más pequeña que yo y tienes que hacer lo que se te manda. Ve a traer el agua… o te cogeré y te daré una buena azotaina.

—Eres un hermano horrible —replicó Bets—. Preferiría ser hermana de Fatty. ¡Él siempre es amable conmigo!

—Si fueras su hermana no lo sería —dijo Pip—. Él no tiene hermanas… si las tuviera, sabría lo que estorban. Ahora… o vas o te…

—¡Sí, iré a buscar el agua! —dijo Bets, levantándose—, pero sólo porque «tengo» sed y «quiero» beber, ¿entiendes? No me importa traerte un poco a ti también, puesto que voy a buscar para mí, pero la verdad es que la traeré para mí, y…

Pip hizo ademán de levantarse y Bets salió corriendo. ¡Si por lo menos volvieran los otros! Ella y Pip comenzaban a cansarse el uno del otro.

Bets no tuvo que esperar mucho a que volvieran los otros. Al cabo de dos días estaban allí Larry, Daisy, Fatty y «Buster», tan tostados por el sol, que Pip y Bets tuvieron que mirarlos muy de cerca para asegurarse de que eran sus amigos. Claro que «Buster» no estaba moreno… seguía con su pelaje negro azabache y se abalanzó sobre Pip y Bets, ladrando, lamiéndolos y aullando como si se hubiese vuelto loco de alegría.

—¡«Buster»! ¡Estás más gordo! ¡Oh, Larry, cuánto me alegro de que hayáis vuelto! Daisy, qué morena estás. ¡Y oh…, Fatty… has «crecido»!

Cierto que Fatty había crecido durante aquellas últimas cuatro semanas. Seguía gordo, pero estaba más alto. Incluso más alto que Larry, y mucho más que Pip, quien no parecía haber crecido lo más mínimo durante el último año.

—¡Hola a todos! —dijo, y Bets lanzó un grito de sorpresa.

—¡Fatty! ¡Tienes la voz distinta! ¡Voz de persona mayor! ¿Es que la haces tú… quiero decir si la disfrazas?

—No —replicó Fatty tirando del pelo a Bets—. Es que ya la he roto.

—¿Quién te la ha roto? —preguntó Bets alarmada, y los otros se echaron a reír hasta que no pudieron más.

—¡Nunca serás más que una niña! —dijo Pip.

Bets parecía tan disgustada y extrañada que Fatty la rodeó con su brazo y le dijo:

—No seas tonta, Bets. Ya sabes que los niños cuando crecen tienen la voz más profunda, como los hombres, ¿no es verdad? Pues bien, cuando los niños cambian la voz se dice que han «roto» la voz… eso es todo. ¡No queremos decir que se parta por la mitad, ni que se haga pedazos!

—¡Oh, Fatty… no te conozco con esa voz tan grave! —dijo Bets, semialarmada—. No pareces el mismo. ¡«Eres» como Fatty… pero no suenas como él! ¡Ojalá conservaras tu antigua voz!

—Bets, no tienes ni idea de la diferencia que representa para mí tener voz de persona mayor —dijo Fatty con calor—. ¡Significa poder disfrazarme de persona mayor en vez de escoger siempre disfraces de niño! ¡Me proporciona mucho más campo de acción… y ya tengo algunos disfraces estupendos!

Inmediatamente Bets cambió de opinión acerca de no gustarle la nueva voz de Fatty. ¡Más disfraces! Ahora la vida sería emocionante, y ocurrirían cosas inesperadas. Fatty se disfrazaría de toda clase de tipos… y los Cinco Pesquisidores lo pasarían en grande. Miró a Fatty llena de contento.

—¡Oh, Fatty! Hasta ahora sólo podías vestirte de repartidor de telegramas, de pinche, o de recadero. Ahora podrás ser toda clase de cosas… viejos con barba… un cartero… un deshollinador… o un limpiador de ventanas con su escalera, incluso un barrendero. ¡Oh, Fatty, conviértete en todas esas cosas y deja que te veamos pronto disfrazado!

Todos rieron.

—¡Dadme oportunidad! —dijo Fatty—. Pienso practicarme un poco estas vacaciones. No he tenido mucho tiempo hasta ahora porque mamá no dejó que me llevara mucho equipaje… pero no me importa deciros que ahora voy a recolectar algunas cosas. También he crecido, así que casi puedo usar ropa de persona mayor. Cuando se presente nuestro próximo misterio podré solucionarlo con el disfraz que sea preciso.

—Pareces mayor —dijo Bets—. ¿No es verdad?

—Pues a decir verdad —dijo Fatty hinchándose un poco de satisfacción—. Ahora soy el chico más alto de mi clase y debierais ver los músculos de mis brazos.

—¡Siempre el mismo, Fatty! —exclamó Larry—. El mejor en todo, ¿verdad? ¡Nadie te aventaja!

Fatty sonrió subiéndose la manga de la camisa. Dobló el brazo para enseñarles cómo sus músculos se elevaban formando una gran protuberancia. Bets le miraba con admiración, pero Larry y Pip no parecieron muy impresionados.

—¡Cierto! —exclamó Larry—. ¡Nunca los vi mejores en niños de doce años!

—¡Va… estás celoso! —dijo Fatty de buen talante—. Bueno… ahora oigamos las noticias de Peterswood, Pip y Bets. Acabo de pasar por el pueblo y parece estar muy animado.

—¡Demasiada gente para nada! —repuso Pip—. ¡Este tiempo atrae a la gente a centenares! No paran de llegar coches durante el día… y junto al río hay toda clase de atracciones para divertir a la gente cuando se cansan del río o llueve.

—¿Qué clase de atracciones? —preguntó Fatty tendiéndose sobre la hierba y rascando a «Buster» en el estómago—. ¿Hay alguna buena?

—No mucho —respondió Pip—. Hay una exposición de Figuras de Cera… bastante aburrida, la verdad… ya sabes cómo son… figuras de cera todas vestidas… y hay también autos-choque… que resultan bastante divertidos la primera y segunda vez que montas en ellos.

—Y un tiro de anillas —continuó Bets—. Compras tres aros de madera por dos pesetas y tú intentas arrojarlos sobre alguno de los objetos preparados en una gran mesa redonda, y si el aro cae encima de alguno puedes quedártelo. A mí me gusta mucho ese juego.

—¡Tenía que gustarte a ti! —exclamó Pip—. ¡Se gastó doce pesetas alquilando los aros de madera… para ganar un brochecito ridículo que no vale ni diez céntimos, y que mamá no quiso ponerse, ni dejó que ella se lo pusiera!

—Bueno, Pip, una vez tú te gastaste diez pesetas y no ganaste

nada —comenzó a decir Bets con calor, pero Fatty la interrumpió.

—¡Parece que Peterswood se está volviendo muy animado! —dijo—. Uno de estos días tenemos que ir una tarde a ver todas esas atracciones. ¡«Si» es que llueve otra vez!

—Fatty, ¿querrás ir con uno de tus nuevos disfraces? —le preguntó Bets, excitada—. ¡Oh, sí! ¡Será estupendo verte actuar como si fueras una persona mayor y engañando a todo el mundo!

—Veremos —contestó Fatty—. ¡Debo confesar que me gustaría engañar al viejo Ahuyentador! Ahora ya conoce todos mis disfraces de niño… los reconocería enseguida… ¡pero apuesto a que no me conoce disfrazado de persona mayor!

—¿De qué te disfrazarás? —quiso saber Daisy.

—No lo sé —replicó Fatty—. Escuchad todos… si podéis darme alguna cosa de vuestros padres… ya sabéis, sombreros viejos, que ya no quieran, o botas, o incluso abrigos viejos, a mí me serían muy útiles. Me temo que si cojo demasiadas cosas de mi padre se molestará. Mamá no le deja que guarde ninguna prenda vieja, y las regala todas, así que únicamente tiene ropa bastante nueva.

—Haremos lo que podamos —prometióle Larry, y Pip hizo un gesto de asentimiento.

¡Hubieran hecho cualquier cosa para ayudar al bueno de Fatty a disfrazarse! Bets suspiró de alegría al pensar que Fatty había vuelto. Ahora la vida volvería a ser emocionante. ¡Y qué maravilloso sería el resto del verano si apareciera un misterio!

Capítulo II

El señor Goon es muy importante

Era estupendo volver a verse todos reunidos y pasar juntos día tras día. Los Cinco se bañaban en el río, daban largos paseos en bicicleta, ganduleaban en el jardín, reñían, bebían refrescos y tomaban cientos de helados. A «Buster» le gustaban los helados y la limonada y también tenía su parte. Se había engordado mucho y Pip se burlaba de él.

—¡Estás demasiado gordo para perseguir conejos, «Buster»! —le decía—. Vaya, ahora se te escaparía incluso un ratón. Ya no puedes andar, te contoneas. ¡No respiras, jadeas! Eres…

—¡Oh!, no te metas con él —dijo Bets, quien estaba convencida de que «Buster» era capaz de entender todo lo que se le decía—. «No» se contonea. ¡Y apuesto a que si viera al viejo Ahuyentador en este mismo momento saldría disparado tras él como un rayo!

—A propósito, ¿qué le ocurre a Goon? —preguntó Fatty—. Le vi ayer con mucha prisa y aspecto preocupado.

—Probablemente estará resolviendo algún misterio del que nosotros nada sabemos —replicó Larry con pesar—. Últimamente han habido bastantes robos y tal vez Goon esté a punto de descubrir al culpable.

—Sí… pero los robos no han tenido lugar en su distrito —dijo Fatty—. La mayoría tuvieron lugar a muchos kilómetros de aquí. Lo he leído en los periódicos. La semana pasada robaron las joyas de lady Rexham… y la anterior los famosos diamantes de no sé quién. Es una banda de ladrones muy astutos… pero que yo sepa no han actuado por este distrito.

—¡Ojalá lo hicieran! —exclamó Bets—. Entonces podríamos

atraparlos. Tú podrías ponerte uno de tus nuevos disfraces, Fatty, y seguirles la pista.

—¡No todo es tan sencillo y tú lo sabes, pequeña Bets! —dijo Fatty riendo—. Recuerda todas las dificultades que encontramos en los otros misterios.

—Aún no te hemos visto disfrazado de persona mayor, Fatty —intervino Daisy—. Ponte uno, para ver si conseguimos reconocerte.

—He estado practicándome en mi dormitorio —dijo Fatty—. Y no quiero probar con vosotros hasta que haya logrado la perfección. Ya lo veréis cuando esté preparado para ello, os lo prometo. Y regalaré mi mejor lápiz automático al primero que me descubra, ¿entendido?

—¡Oh, Fatty!, ¿ese lápiz que puede escribir lo mismo en color azul, rojo o negro? —dijo Bets—. ¿De verdad te vas a desprender de él?

—Desde luego pienso regalarlo al primero de los Pesquisidores que sea lo bastante despierto como para descubrirme bajo mi primer disfraz de persona mayor —replicó Fatty—. ¡Es una ganga!

—Apuesto a que yo seré el primero en descubrirte —dijo Larry—. Estoy seguro de que no será ninguna de las niñas. Pip tal vez, ¡pero yo seré el primero!

—Tendremos que dejar a «Buster» cuando tratemos de descubrirle —dijo Pip—. ¡O se arrojará sobre ti ladrando como un loco para decir a todo el mundo quién eres!

—Sí, «Buster» no entra en este juego —dijo Fatty, y el perro alzó las orejas al oír su nombre—. Lo siento, «Buster», viejo camarada… pero mañana debes quedarte en casa con el gato.

—¡Oh, Fatty!, ¿es que vas a vestirte «mañana»? —preguntó Bets, entusiasmada—. ¿Mañana de verdad? ¡Bueno, a «mí» no me engañarás! ¡Miraré a todo el mundo con ojo de águila!

—Bien —dijo Fatty—. Pero de todas formas… tengo el presentimiento de que mi lápiz automático seguirá en mi bolsillo mañana por la noche. ¡Podéis ser unos Pesquisidores bastante buenos… pero yo soy un poco más listo que vosotros!

—¡Desde luego eres el que mejor te alabas! —exclamó Larry—. Tu trompeta debe estar ya muy gastada.

—¿Qué trompeta? —preguntó Bets, curiosa—. Nunca he visto

que Fatty tuviera ninguna.

—No, pero estoy seguro de que le has oído tocar su propia trompeta —replicó Larry—. ¡Algunas veces resulta ensordecedora! Es…

Y entonces Fatty se incorporó abalanzándose sobre Larry y hubo gran algarabía de gritos, gemidos y quejas, amenizados con los ladridos enloquecidos de «Buster».

Apareció la señorita Hilton, madre de Pip.

—¡Niños! ¿Es que no sabéis que hay visitas en el jardín? Si queréis gritar y pelearos, ¿por qué no vais a otro sitio? ¿Y si os fuerais a dar un paseo?

—¡Oh, «mamá»… hace demasiado calor para andar! —gimió Pip.

—Vaya, yo hubiera dicho que hacía demasiado calor para pelear —replicó la señora Hilton en tono de desaprobación—. ¡La verdad, Larry y Frederick, mirad cómo vais de sucios y despeinados!

—Lo siento, señora Hilton —dijo Fatty sumiso, y Larry procuró alisarse los cabellos—. Nos iremos a dar un paseo. Me olvidé de que tenía usted invitados a tomar el té en el jardín. Le ruego me perdone.

Fatty sabía comportarse maravillosamente con las personas mayores, y la señora Hilton comenzó a sonreír de nuevo.

—Id a la lechería y tomaros un helado cada uno —les dijo—. Así me veré libre de vosotros un rato. Aquí tienes el dinero, Pip.

—¡Oh!, gracias, mamá —dijo Pip, y todos se levantaron muy complacidos. Era el cuarto helado que tomaban aquel día, pero no les pareció conveniente mencionarlo delante de la señora Hilton. La mamá de Fatty les había invitado a tomar un helado, y lo mismo la madre de Larry, y Fatty les había invitado generosamente a un tercero. Ahora éste hacía el cuarto. ¡Estupendo!

Caminaron tranquilamente por el jardín en dirección a la verja. Luego fueron a la lechería donde hacían unos helados deliciosos, y tomaron asiento en una mesa junto a la ventana.

Mientras estaban allí pasó el señor Goon en su bicicleta, pedaleando furiosamente y con el rostro enrojecido y sudoroso.

—Es un momento de duro trabajo para Goon —comentó Fatty dejando que una cucharada de helado se deslizara lo más

lentamente posible por su garganta—. Parece muy ocupado, ¿no es cierto?

Antes de que hubiesen terminado sus helados volvió a pasar el señor Goon en dirección contraria y pedaleando tan furiosamente como antes. La comisaría de policía estaba precisamente delante de la lechería, y los niños vieron cómo el señor Goon subía los escalones. Luego descubrieron su cabeza tras los cristales de una de las habitaciones de la comisaría mientras hablaba con alguien. Goon era el que más hablaba de los dos y meneaba la cabeza con energía.

—¡Nunca había visto a Goon tan ocupado como ahora! —exclamó Fatty, asombrado—. ¿Creéis que de verdad está trabajando en un caso o tiene algún misterio que resolver del que nosotros no tenemos conocimiento?

—¡Diantre, ahí viene otra vez! —dijo Pip viendo que Goon salía del puesto de policía introduciendo un montón de papeles en el bolsillo interior de su chaqueta que abrochó cuidadosamente—. ¡Está a punto de estallar de importancia!

—Parece muy complacido por algo —dijo Fatty—. ¡Yo me «volvería» loco si hubiera estado ocurriendo algo en Peterswood durante mi ausencia y no supiéramos nada!

Goon se montó de un salto en su bicicleta y volvió a marcharse. Era enloquecedor tener que permanecer allí sentados viéndole tan ocupado e importante y sin saber por qué. Fatty no podía contener su curiosidad.

—¡Va tras algo! —exclamó—. De verdad. Conozco esa expresión de su rostro. ¡«Hemos» de averiguar lo que es!

—Bueno, entonces averígualo tú —replicó Larry—. ¡Y si te lo dice, serás muy afortunado! Es lo que Goon ha estado soñando durante meses… ¡tener un misterio para él solo, y sin que los Cinco Pesquisidores sepan nada!

—¡No puedo soportarlo! —dijo Fatty deslizando por su garganta la última cucharada de helado, y entonces pareció desilusionado—. ¡Oh, vaya…!, ¿sabéis?, estaba tan intrigado por las andanzas del viejo Ahuyentador y su misterio que me he tomado el helado sin paladearlo. Qué lástima. Tendré que tomarme otro.

Los otros le miraron.

—No hay más dinero —le dijo Pip—. Lo hemos gastado todo.

—Yo tengo algo —repuso Fatty introduciendo la mano en su bolsillo. Siempre tenía mucho dinero para envidia de los otros, a quienes les daban dinero para sus gastos los sábados y tenían que procurar que les durase toda la semana, como la mayoría de niños. Pero Fatty tenía muchos parientes ricos, que llenaban sus bolsillos de dinero con gran esplendidez.

—Mamá dice que no te conviene tener tanto dinero —dijo Pip—. Siempre lo está diciendo.

—Es probable que no me convenga —replicó Fatty—, pero no voy a decir a mis parientes que dejen de darme propinas. Vamos, ¿quién quiere otro helado? ¿Tú, Bets?

—¡Oh, Fatty, no podría! —suspiró Bets con pesar—. Me encantaría, pero no puedo. La verdad es que ya me siento un poco mareada.

—Bueno, salte fuera —dijo Pip sin compadecerse—. No, gracias, Fatty. Yo no estoy mareado, pero si tomase otro no cenaría, y entonces mamá me dejaría sin helados una semana entera, o algo igualmente terrible.

Larry y Daisy dijeron que tampoco ellos podían tomar otro helado, así que Fatty se tomó el segundo solo y esta vez dijo que había paladeado cada cucharada, así que no lo había malgastado como el primero.

El señor Goon regresó en su bicicleta en el momento en que los niños abandonaban el establecimiento.

—¡Ahí está otra vez! —dijo Fatty en tono de admiración—. Nunca le había visto moverse tan deprisa. ¡Buenas tardes, señor Goon!

El señor Goon estaba desmontando de su bicicleta para volver a entrar en la comisaría. Miró a Fatty, pero no le hizo el menor caso. Fatty estaba muy contrariado.

—Parece usted muy ocupado, señor Goon —le dijo—. ¿Resolviendo otro misterio, supongo? Es agradable poder hacer trabajar el cerebro, ¿no? A mí también me gustaría hacer otro tanto después de estar ocioso la mayor parte de estas vacaciones.

—¡Oh! ¿Entonces, también tienes cerebro? —le dijo el señor Goon en tono sarcástico—. Es bueno saberlo. Pero ahora estoy ocupado y no puedo detenerme a hablar de tu cerebro, señorito

Federico. Están ocurriendo «Grandes Cosas» y tengo mucho que hacer en vez de perder el tiempo hablando contigo.

—¿Grandes cosas? —preguntó Fatty de pronto interesado—. ¿Qué, otro misterio, señor Goon? Escuche… es…

—Sí, otro misterio —replicó el señor Goon dándose importancia —. Y yo soy el «encargado» de resolverlo, ¿entiendes? Yo soy el que tiene que aclararlo y no una pandilla de niños entrometidos. Y no te diré ni una palabra respecto a él, ni una palabra. ¡Es Secreto Importante y Asunto de Policía!

—Pero, señor Goon… ya sabe usted que nosotros… —comenzó a decir Fatty con calor, pero el policía, considerando que por una vez le había tomado la delantera a Fatty, se apresuró a interrumpirle.

—Todo lo que sé de vosotros es que sois unos niños orgullosos, y entrometidos a los que hay que parar los pies… ¡a vosotros y a vuestro antipático perro ladrador! Este caso es mío, y ya lo estoy llevando adelante, y lo que es más, estoy seguro de que con él conseguiré un «ascenso», tan seguro como que mi nombre es Teófilo Goon —dijo el policía avanzando hacia el tramo de escalones de la comisaría—. ¡Y ahora largaros!

—¡Qué golpe! —murmuró el pobre Fatty mientras Goon desaparecía por la puerta. En compañía de los otros echó a andar hacia su casa discutiendo todo lo que les había dicho el Ahuyentador.

—¡Pensar que ese gordo policía está trabajando en un misterio nuevo del que nosotros no sabemos nada! —dijo Fatty pareciendo tan abatido que Bets le cogió del brazo—. Es enloquecedor. Y lo peor de todo es que no veo cómo vamos a descubrir nada, si Goon no nos lo cuenta.

—Hasta «Buster» está disgustado —dijo Bets—. Lleva la cola baja. Y tú también, pobre Fatty. No te preocupes… mañana vas a probar tus nuevos disfraces de persona mayor… y eso te animará. ¡Y a nosotros también!

—Sí —exclamó Fatty alegrándose un poco—. Bueno… ahora tengo que volver a casa. Tengo que ensayar un poco mi disfraz antes de presentarme mañana ante vosotros. ¡Hasta la vista!

Capítulo III

Fatty se disfraza

A la mañana siguiente Larry recibió una nota de Fatty.

> «Id esta tarde a las atracciones junto a la orilla del río. Os saldré al encuentro disfrazado. ¡Apuesto a que no me conocéis!
>
> Fatty.»

Larry enseñó la nota a Pip y Bets cuando fue a verlos aquella mañana. Bets estaba emocionada.

—¿De qué se disfrazará Fatty? ¡Apuesto a que le reconozco! ¡Oh, no puedo esperar a que llegue esta tarde!

Al saber que iban a pasar la tarde en las atracciones, la madre de Larry les dio algún dinero. Salieron a las dos dispuestos a descubrir a Fatty por bien disfrazado que fuese.

Mientras atravesaban la calle del pueblo se acercó a ellos un viejo encorvado que arrastraba los pies descalzos con unas botas tan viejas que le asomaban los dedos y tenían los tacones gastados. Llevaba una extraña barba color arena, y sus pobladas cejas eran del mismo color. Su aspecto era de extrema suciedad. Los hombros de su chaqueta colgaban sobre sus encorvadas espaldas y sus pantalones de pana estaban atados sobre sus rodillas con una cuerda.

El sombrero era demasiado grande para él y lo llevaba calado hasta las orejas. Al andar se apoyaba en un palo que hacía las veces de bastón. Renqueando fue a sentarse al sol en un banco, sorbiendo

ruidosamente.

—¡Es Fatty! ¡Lo sé! —dijo Bets—. Es precisamente un disfraz muy adecuado para él. ¿Verdad que es inteligente?

El viejo sacó una pipa de su bolsillo y comenzó a llenarla de tabaco.

—¡Fijaos que hasta se ha acordado de procurarse una pipa! —exclamó Pip—. Apuesto a que ha estado observando a su padre cuando la llena de tabaco. ¡Cielos… no me digáis que incluso va a fumársela!

¡Así era al parecer! Grandes bocanadas de humo maloliente llegaban procedentes del viejo. Los niños le observaban.

—Yo hubiera asegurado que Fatty era «incapaz» de fumar —dijo Larry—. No debiera hacerlo. Es demasiado joven. Pero supongo que yendo disfrazado.

El viejo sorbió ruidosamente y luego se pasó la mano por la nariz. Bets rio.

—¡Oh, caramba! ¡Fatty es sencillamente maravilloso! Vaya si lo es. Debe haber estado ensayando esos modales horas y horas.

Larry se acercó al viejo sentándose a su lado.

—¡Hola, Fatty! —le dijo—. ¡Muy bien, viejo! ¡Pero te hemos reconocido enseguida!

El viejo no le hizo el menor caso. Continuó chupando su pipa y lanzando nubes de humo al rostro de Larry.

—¡Basta, Fatty! ¡Te vas a marear si sigues fumando de esa manera! —exclamó Larry.

Los otros fueron a reunirse con él entre risas y Pip propinó al viejo un puñetazo en los riñones.

—¡Eh, Fatty! Puedes dejar de fingir. ¡Sabemos que eres tú!



El viejo acusó el golpe y se volvió indignado con los ojos casi ocultos bajo sus pobladas cejas. Se apartó un poco de Larry y Pip, y continuó fumando.

—¡Fatty! ¡Deja de fumar y háblanos, tonto! —dijo Pip. El viejo se quitó la pipa de la boca y poniéndose la mano detrás de la oreja preguntó:

—¿Quéeee?

—¡Ahora quiere hacerse el sordo! —dijo Bets volviendo a reír.

—¿Ah? —dijo el viejo intrigado—. ¿Quéeesto?

—¿Qué significa «Quéeeesto»? —preguntó Bets.

—Significa: ¿«Qué es esto»?, naturalmente —replicó Larry—. Eh, Fatty, basta ya. Date por vencido y dinos que tenemos razón. Te hemos descubierto enseguida.

—¿Quéeesto? —volvió a decir el hombre colocando de nuevo la mano tras el pabellón de la oreja. Era una oreja muy peculiar, grande, plana y roja. Bets la miró y luego dijo a Daisy.

—¡Daisy! ¡Hemos cometido una horrible equivocación! Éste no es Fatty. ¡Mira sus orejas!

Todos miraron las orejas de aquel individuo. No… ni siquiera Fatty podía hacer que sus orejas crecieran tanto. Y no eran falsas, sino reales, no muy limpias y llenas de vello. En resumen, eran unas orejas muy desagradables a la vista.

—¡Cielos! ¡Éste «no» es Fatty! —exclamó Pip al ver aquellas orejas—. ¿Qué debe estar pensando este hombre de nosotros?

—¿Quéeesto? —repitió el hombre evidentemente sorprendido por la familiaridad con que le trataban los niños.

—Bueno, gracias a Dios que el pobrecito es sordo —respondió Daisy avergonzada de su error—. Vámonos, Larry; vamos, Pip. ¡Hemos cometido una estúpida equivocación! ¡Cómo se reiría Fatty si lo supiera!

—Probablemente estará escondido por ahí cerca riéndose para sus adentros —dijo Pip.

Dejaron al viejo sentado en su banco y volvieron a echar a andar por la calle. Encontraron al panadero, al que Bets dirigió una larga y penetrante mirada, preguntándose si sería Fatty por casualidad, pero no lo era. Era demasiado alto.

Luego encontraron al limpiador de ventanas, y como era bastante gordo y aproximadamente de la misma altura que Fatty, todos se acercaron a él con la excusa de examinar su cargamento de escaleras y cubos, dirigiéndole curiosas miradas para ver si lograban descubrir si era o no Fatty disfrazado.

—¡Vaya! ¿Qué es lo que os pasa, niños? —dijo el limpiaventanas —. ¿Es que no habéis visto nunca escaleras y cubos? ¿Y por qué me

miráis tanto? ¿Es que hoy me ocurre algo?

—No —se apresuró a responder Larry, puesto que el limpiaventanas parecía bastante molesto—. Es sólo que… estas escaleras extensibles… er… son tan interesantes.

—Ah…, ¿sí? —dijo el hombre desconfiado—. Bueno, permitidme que os diga.

Pero los niños no escucharon lo que tenía que decirles, sino que salieron corriendo muy sonrojados.

—¡Vaya! Nos vamos a meter en algún lío si vamos mirando a todo el mundo para descubrir si en realidad es Fatty —dijo Larry—. Tenemos que mirar a la gente con un poco más de cuidado… quiero decir sin que ellos se den cuenta.

—¡Ahí está… estoy segura! —dijo Bets de pronto mientras pasaban el paso a nivel para llegar a la orilla del río donde estaban las atracciones—. Mirad… ese mozo con bigote. ¡Ése es Fatty, vaya si lo es!

El mozo de estación estaba empujando una carretilla por el andén y los demás se detuvieron para observarle.

—Lo hace exactamente igual que un mozo «auténtico» —dijo Bets—. ¿Por qué los mozos de estación llevan siempre chaleco y no chaqueta? Estoy segura de que es Fatty. Anda igual que él, y además está tan gordo como Fatty.

Y alzando la voz llamó al mozo:

—¡Eh, Fatty! ¡Fatty! El mozo se volvió, y dejando la carretilla en el suelo echó a andar hacia ellos muy enfadado.

—¿A quién llamas Fatty? —preguntó con el rostro enrojecido—. ¡Os cortaré la lengua, niños descarados!

Los niños le miraron.

—Es Fatty —insistió Bets—. Mirad, así es como se le sale el pelo sobre la frente cuando lleva gorra. ¡Fatty! ¡Sabemos que eres tú!

—¡Escucha! —dijo el mozo acercándose más—. Si no fueras una niña pequeña te daría una buena azotaina… ¡Ponerme motes a mí! ¡Debieras avergonzarte de ti misma!

—«No es» Fatty, tonta —dijo Pip a Bets, enfadado—. Fatty no tiene los brazos tan cortos. ¡«Ahora» nos has buscado un conflicto!

Pero afortunadamente para ellos, en aquel momento llegó un tren y el mozo tuvo que acudir a abrir las puertas y cuidar del

equipaje. Los niños se apresuraron a abandonar el paso a nivel y corrieron hacia el río.

—¡Qué «estúpida» eres, Bets! Nos vamos a meter en un lío serio si sigues creyendo que todo el mundo es Fatty —le dijo Pip—. Mira que gritar «Fatty» de esta manera… a un mozo gordo. Debe haber pensado que le estabas insultando.

—¡Oh, sí… supongo que le habrá sonado muy mal! —repuso Bets casi llorando—. Pero yo creí que era Fatty. Tendré más cuidado la próxima vez, Pip.

Llegaron a las barracas de atracciones que formaban una especie de feria a lo largo del río. Había un tiovivo, el tiro de anillas, los auto-choque y la exposición de figuras de cera. Los niños contemplaron a la gente que deambulaba por la feria con la esperanza de descubrir a Fatty.

Ahora Bets tenía miedo de reconocer a nadie como Fatty, y se limitó a seguir a todas las personas que le parecían su amigo, hasta que descubría que no lo eran. Los otros hicieron lo mismo, pero algunas personas se dieron cuenta de que los seguían, cosa que no les gustó nada, y se volvían de mal talante.

—¿Qué haces pegado a mis talones? —le dijo un hombre a Larry —. ¿Te crees que voy a darte dinero para montar en el tiovivo?

Larry se puso como la grana y desapareció. Se imaginaba a Fatty por allí cerca muriéndose de risa al ver cómo los Pesquisidores trataban en vano de descubrirle. ¿Dónde podría estar?

—¡Creo que le he descubierto! —susurró Bets al oído de Pip y cogiéndole de la mano—. ¡Es el hombre que vende los billetes para el tiovivo! Es igual que Fatty, sólo que lleva una barba negra y tiene el cabello muy negro y espeso. Además lleva unos aros de oro en las orejas y tiene la cara casi negra.

—¡Pues no me suena «igual que Fatty»! —exclamó Pip resentido —. Estoy harto de tus equivocaciones, Bets. ¿Dónde está ese individuo?

—Ya te lo he dicho. Vendiendo los billetes del tiovivo —replicó Bets, y aunque Pip estaba casi seguro de que ni siquiera Fatty podía haber conseguido que le dejaran vender los billetes del tiovivo, fue a ver. El hombre le dirigió una sonrisa alargándole un montón de billetes.

—¡Montad en el tiovivo! —gritó—. ¡Es delicioso dar vueltas en el tiovivo! ¡Sólo por una peseta!

Pip fue a comprarle un billete mirándole fijamente. El hombre volvió a sonreírle, y Pip correspondió también a su sonrisa.

—¿Así que «eres» tú? —le dijo—. ¡Muy bien, Fatty!

—¿De qué estás hablando? —dijo el hombre, sorprendido—. ¿Y a quién llamas Fatty?

Pip no quiso decir nada más por si acaso, aunque estaba convencido de que era Fatty. Montó en el tiovivo, escogió un león que subía y bajaba y disfrutó del paseo.

Al apearse le guiñó un ojo al hombre de los billetes, y éste le devolvió el guiño.

—Eres un niño muy divertido —le dijo el hombre.

Pip fue a reunirse con los otros.

—He encontrado a Fatty —les dijo—. Es decir, creo que ha sido Bets. Es el hombre que vende los billetes del tiovivo.

—¡Oh!, no lo es —replicó Larry—. Daisy y yo también hemos encontrado a Fatty. Es el hombre que llama a todo el mundo para que acudan al tiro de anillas. ¡Miradle… está ahí!

—¡Pero eso es «imposible»! —exclamó Pip—. No es fácil conseguir un empleo así. No, estáis equivocados. No creo que «ése» pueda ser Fatty.

—Bueno, y después de todo yo no creo que sea Fatty el hombre de los billetes del tiovivo —dijo Bets inesperadamente—. Sé que antes lo «pensé», pero ahora ya no. Tiene los pies demasiado pequeños, y Fatty los tiene enormes. ¡Por mucho que se disfrace no puede hacer que sus pies disminuyan!

—¡Apuesto a que Fatty es capaz de eso y mucho más! —exclamó Daisy—. Es una maravilla. Pero sigo pensando que Fatty es el hombre del tiro de anillas… el que llama a la gente para que acuda a probar suerte.

—Y «yo» creo que es el hombre que vende los billetes del tiovivo —dijo Pip obstinado—. Bueno… veremos. Nos divertiremos primero, merendaremos aquí ¡y esperaremos a que Fatty aparezca a su debido tiempo!

Capítulo IV

Divirtiéndose en la feria

Habiendo tomado más o menos una decisión respecto a la cuestión del disfraz de Fatty, aunque Bets, seguía muy indecisa, los cuatro niños se dispusieron a divertirse.

Bets compró los aros de madera al hombre que, según Larry y Daisy, era Fatty disfrazado, y consiguió ganar un reloj. Estaba verdaderamente entusiasmada, y alargó la mano para recibir el reloj con ojos brillantes de alegría.

—Hará muy bonito sobre la repisa de la chimenea de mi habitación —dijo feliz.

—Lo siento —dijo el hombre de la barraca—. El aro no ha caído del todo sobre el reloj, señorita.

—¡Cómo que no! —exclamó la pobre Bets—. Ni siquiera ha tocado el reloj. ¡Ha sido el mejor tiro que he conseguido jamás!

—No ha tirado usted bien, señorita —insistió el hombre. El otro encargado, que según Larry y Daisy era Fatty, alzó la cabeza pero no dijo nada. Daisy, segura de que «era» Fatty, recurrió a él sintiendo que la pequeña Bets se quedara sin su reloj barato.

—Ella lo ha ganado, ¿no es cierto? ¡Haga que ese hombre se lo entregue!

—Lo siento, señorita. La tirada no ha sido del todo acertada —replicó también el otro hombre. Y entonces Bets se marchó arrastrando a los otros.

—¿Y «ahora» seguís creyendo que ese hombre es Fatty? —dijo en tono fiero—. ¡Él me hubiera dado el reloj enseguida! Fatty siempre es generoso y amable. ¡No puede ser Fatty!

—Bueno… tal vez «haya» tenido que decirlo —discutió Larry—.

De otro modo el otro hombre podría haberse enfadado con él y pegarle un puñetazo. Yo sigo pensando que es Fatty.

Montaron en el tiovivo y en los autos-choque. Pip con Bets, y Larry con Daisy, y entre gritos y alaridos se embistieron unos a otros hasta que ellas y los coches quedaron casi deshechos. Realmente era divertido.

—Ahora vamos a ver la exposición de figuras de cera —propuso Larry.

—¡Oh, hace demasiado calor! —replicó Daisy—. Además, no me gustan mucho las figuras de cera… me asustan un poco… ¡parecen tan reales y luego no son capaces ni de parpadear!

—«Yo» quiero verlas —dijo Bets, que en su vida había visto una figura de cera y estaba deseándolo—. Tienen a la reina Isabel muy bien vestida, y a Napoleón, con la mano metida en el chaleco, y Nelson con un solo brazo y un solo ojo, y…

—Bueno, entremos a ver todos esos personajes maravillosos —dijo Daisy—. Pero es extraño que no se derritan con esta temperatura. Yo me estoy derritiendo. Será mejor que después de verlos tomemos un helado.

Pagaron la entrada en la puerta. La exposición tenía lugar en una sala pequeña. Un muchacho pelirrojo les entregó los billetes con una mano mientras con la otra se rascaba violentamente la cabeza. Bets le miró. «¿Sería Fatty?». Fatty tenía una peluca y cejas pelirrojas y sabía pintarse las pecas igual que las que tenía aquel muchacho. Pero Fatty les había dicho que se disfrazaría de «persona mayor»… así que no podía ser aquel niño sucio. Sin embargo. Bets no pudo por menos de mirarle fijamente, y el muchacho le sacó la lengua.

—¡Mira a otro lado! —le dijo—. ¿Es que no has visto nunca a un pelirrojo?

Bets se puso muy colorada y fue a reunirse con los otros. Alrededor de la pequeña sala, y dispuestas en escalones que elevaban cada hilera de figuras por encima de las otras, estaban las esculturas de cera. Allí estaban, quietas, silenciosas, con la mirada fija en sus rostros sonrosados, incapaces del menor parpadeo.

A Pip y a Larry les gustaron, pero las dos niñas se sintieron molestas ante tantas figuras inmóviles que las miraban.

—¡Ahí está la reina Isabel! —exclamó Pip señalando a una figura de porte majestuoso que estaba al fondo de la sala—. Y ahí está sir Walter Raleigh poniendo su capa en el suelo para que ella pase por encima. Están muy bien.

—¡Qué traje más bonito lleva! —dijo Bets—. Me gusta su gorguera. Y mirad cuántas joyas. ¡Me sorprende que la gente no las robe!

—¡Bah! ¡Todo es fantasía! —exclamó Pip—. Mirad… ahí está Nelson. No sabía que fuese tan bajito.

—¡Oh…!, y ése de ahí es Winston Churchill —dijo Bets encantada, pues sentía una gran admiración por el gran estadista y tenía una fotografía suya en su cuarto—. ¡Con su cigarro puro y todo! ¡Es el mejor de todos!

—Mirad… hay una jovencita que vende caramelos —dijo Larry de pronto, guiñándole un ojo a Pip—. Toma, Bets, ve a comprarnos unos chocolatines. —Y entregó a su hermana algún dinero y ella se acercó a la vendedora que llevaba una bandeja llena de bolsas y cajas.

—Quiero unos chocolatines, por favor —le dijo Bets alargándole el dinero. La joven no se movió, continuó mirando por encima de Bets sin decir nada.

—«¡Deme unos chocolatines, haga el favor!» —dijo Bets en voz alta pensando que tal vez la joven fuese un poco sorda. Pero la muchacha continuaba sin hacerle caso y Bets se extrañó mucho.

Luego oyó que los otros reían a sus espaldas y repentinamente comprendió la jugarreta que le habían gastado.

—¡Oh! ¡Esta joven es también de cera! ¡«Carotas»! He estado intentando comprar chocolatines a una figura de cera.

—¡Oh, Bets! ¡Cualquiera puede engañarte, cualquiera! —exclamó Pip casi llorando de risa—. ¡Pensar que tú eres una Pesquisidora! ¡Vaya, si ni siquiera sabes distinguir una figura de cera de una persona!

Bets apenas sabía si reír o llorar, pero afortunadamente decidió reírse.

—¡Pobre de mí! Realmente creía que era una persona. ¡Mirad cómo se está riendo de mí ese horrible muchacho pelirrojo!

Examinaron cuidadosamente todas las figuras de cera. Había

muchas, entre ellas un policía bastante parecido al señor Goon, aunque más alto y menos gordo.

—¡Me gustaría poner aquí al viejo Ahuyentador! —dijo Pip entre risas—. Algunas veces está tan inmóvil y mira tan estúpidamente. Y vaya… mirad ese cartero. Es estupendo, si no fuese por su tonta sonrisa.

Realmente hacía calor en la exposición de figuras de cera y los niños se alegraron de salir de allí. El chico pelirrojo de la entrada volvió a sacar la lengua a Bets, y ella trató de no mirarle.

—¡Qué muchacho más horrible! —dijo—. No sé cómo he podido pensar que fuese Fatty. Él no se comportaría así ni siquiera disfrazado.

—Vamos a tomar algo —propuso Daisy—. Mirad, aquí venden helados y pasteles.

—Yo quiero un dulce y limonada helada —dijo Pip—. Más tarde, si puedo, me tomaré un helado. ¡Ojalá Fatty se uniera a nosotros! Me pregunto si nos estará mirando tras su disfraz. Estoy seguro de que es el hombre de los billetes del tiovivo. Esos espesos cabellos negros son demasiado rizados para ser auténticos.

Merendaron muy bien y entre todos se comieron veinticuatro pasteles. Terminaron con helados, regados con una limonada bastante dulce y luego se sintieron con ánimos de volver al sol.

—Vamos a sentarnos junto al río —dijo Bets—. Allí hará más fresco. ¡Siempre corre brisa junto al agua!

Se fueron alejando de la feria, y de pronto Bets vio una hermosa mancha de alegres colores y se detuvo.

—¡Pip! ¡Mirad cuántos globos! Me encantaría tener un globo. ¿Tienes bastante dinero para comprarme uno?

—No seas niña —replicó Pip—. ¡Mira que querer un globo como si fueses una niña de tres años!

—Bueno, pues lo quiero —dijo Bets, obstinada. Se acercaron a una mujer que estaba sentada sosteniendo un grupo de globos de alegres colores. Era una mujer deforme, que llevaba un chal rojo sobre la cabeza y los hombros, a pesar del calor. Sobre la frente le caían los cabellos en desorden y tenía la frente surcada de arrugas, aunque sus ojos eran muy brillantes.

—¿Un globo, jovencito? —dijo a Pip con voz cascada.

—No, gracias —replicó Pip, pero Bets le tiró del brazo.

—Cómprame uno, Pip. ¡Ojalá estuviera aquí Fatty! «Él» me compraría uno. ¡Son tan bonitos!

—¡Bueno, pero cuestan dos pesetas cada uno! —exclamó Pip mirando la etiqueta del precio que colgaba de cada globo—. ¡Dos pesetas! Es un robo. No, no puedo prestarte dos pesetas para eso. Mamá pensaría que me he vuelto loco.

—Puedo dárselo a mitad de precio —dijo la vieja amablemente, y Bets miró a Pip.

—Está bien —dijo sacando el dinero—. Pero acuérdate de devolverme el dinero cuando lleguemos a casa, Bets.

—¡Oh, gracias, Pip! —exclamó Bets cogiendo el dinero. Estuvo mirando los alegres globos que se mecían suavemente a merced de la brisa, pero no sabía cuál comprar. Los rojos eran tan bonitos y brillantes, los verdes tan preciosos, los azules igual que el cielo, y los amarillos igual que la luz del sol…, ¿cuál comprar?

—Bueno, ya vendrás con nosotros cuando te hayas decidido —le dijo Pip, impaciente—. No vamos a estarte esperando toda la tarde, Bets.

Los otros se fueron a la orilla del río, y Bets se quedó contemplando los hermosos globos.

—Son bonitos, ¿verdad, señorita? —dijo la vieja—. Tómese todo el tiempo que quiera para elegir.

Bets pensó que aquella mujer era muy simpática.

—Ha sido usted muy amable al dejármelo a mitad de precio —le dijo—. ¿Gana usted mucho dinero vendiendo globos?

—No mucho —replicó la anciana—. Pero lo suficiente para una vieja como yo.



Bets escogió un globo azul y la mujer alargó la mano para recibir el dinero. Era una mano muy sucia y se cerró rápidamente sobre las monedas. Bets preguntóse por qué toda la gente de la feria tendría las manos y la cara tan sucias.

Luego se fijó en algo que le hizo pensar. La mano de la vieja estaba muy sucia, pero... ¡sus uñas estaban limpísimas! ¡Mucho más

incluso que las de Bets!

«¡Qué extraño! —pensó Bets sin apartar los ojos de aquellas uñas cuidadas—. ¿Cómo es posible que esta vieja tenga las manos tan sucias y las uñas tan limpias?».

Entonces Bets miró fijamente el rostro cubierto de arrugas de la vieja, y sus ojos sorprendentemente brillantes, ¡y comprendió que aquéllos eran los ojos de Fatty! Sí, no cabía la menor duda… ¡eran los ojos brillantes e inteligentes de Fatty!

—¡Oh, Fatty! —susurró Bets—. ¡Oh!, ¿de veras eres tú? ¡Dime que sí!

La vieja se volvió rápidamente para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Sí. Soy yo —dijo Fatty desarrugando la cara como por arte de magia y enderezando su encorvada espalda—. Buen disfraz, ¿verdad? ¿Pero cómo supiste que era yo, Bets? ¡Eres demasiado lista!

—¡Chisss! Viene alguien —susurró Bets—. Me iré. ¿Dónde nos encontraremos?

—Id a la casa a las seis y yo me reuniré con vosotros en algún sitio —dijo Fatty apresuradamente, volviendo a arrugar su rostro. Bets vio que había pintado hábilmente los lugares donde se marcaban las arrugas, de manera que nadie pudiese ver que no siempre estaban allí. ¡Fatty era sencillamente maravilloso!

—¡No se lo digas a los otros! —exclamó Fatty—. Guarda el secreto un poco. —Luego elevando la voz comenzó a pregonar con voz cascada—: ¡Globos! ¡A dos pesetas! ¡Bonitos globos!

Bets se alejó con los ojos brillantes. Había encontrado a Fatty… y ¡«qué lista» era! ¿Verdad que sí?

Capítulo V

La vendedora de globos

Bets fue a reunirse con los otros muy satisfecha de sí misma. El globo azul flotaba tras ella en el extremo del cordel.

—¡Aquí está por fin! —exclamó Pip—. Pensábamos que no vendrías nunca, Bets. ¿Qué te pasa? Pareces estar rabiando por decirnos algo.

—¿De veras? —dijo Bets—. ¡Figuraos! A propósito, tengo un mensaje de Fatty. Tenemos que regresar a casa a las seis y él se reunirá con nosotros.

—¿Quién te dio ese mensaje? —preguntó Pip al punto.

—Ése es «mi» secreto —respondió Bets.

—¿Hablaste con el propio Fatty? —quiso saber Larry—. ¿Es el hombre del tiro de anillas?

—No te lo diré —repuso Bets—. ¡Voy a guardar mi secreto durante algún tiempo!

Y no quiso decir ni una palabra más, lo cual contrarió mucho a los demás. ¡Imaginaros, la pequeña Bets sabía algo que «ellos» ignoraban!

A las seis emprendieron el camino de regreso atravesando la feria, el paso a nivel y subiendo por el sendero del río. Sentada en un banco con sus globos estaba la vieja vendedora esperándoles. Al verles se puso en pie.

—¡Globos! —voceó—. ¡Globos muy fuertes!

—No, gracias —dijo Pip siguiendo adelante. La vieja echó a andar a su lado.

—¡Cómpreme un globo! —le dijo—. ¡Cómprelo para ayudarme, señorito!

—No, gracias —volvió a decir Pip caminando un poco más deprisa, pero aquella vieja podía andar también con sorprendente rapidez y se mantuvo sin perder terreno al lado de Pip.

—¡Cómpreme un globo, por favor! —dijo con voz temblona y cascada.

Nadie sabe cuánto tiempo hubiera seguido importunando a Pip… si Bets no lanza de pronto una serie de carcajadas que sorprendieron a los otros.

—¿Qué «te» pasa? —le dijo Pip, exasperado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bets—. Lo siento, pero no puedo evitarlo. ¡Es tan divertido!

—¿El «qué» es divertido? —le gritó Pip. Y entonces se quedaron de piedra… porque la mujer de los globos se había subido las faldas por encima de las rodillas mostrando sus piernas desnudas calzadas con sandalias y estaba danzando a su alrededor produciendo ruidos muy singulares.

—¡Basta, Fatty, basta! ¡O voy a morirme de risa! —decía Bets sujetándose los costados.

Los otros contemplaban el espectáculo con ojos desorbitados.

—¡Qué… éste es «Fatty»! —exclamó Pip—. ¡«Fatty»! No. No puedo creerlo.

Pero sí lo era, naturalmente, y en cuanto Fatty se «desmaquilló» el rostro y se quitó las arrugas, todos pudieron ver perfectamente que se trataba de Fatty.

Larry y Daisy estaban sin habla. De manera que Fatty no era ni el hombre del tiro de anillas ni tampoco el del tiovivo, sino la vieja vendedora de globos. ¡Era muy propio de Fatty el idear un disfraz con el que nadie pudiera reconocerle!

¿O acaso Bets le había reconocido? Los otros miraron su rostro sonriente. Larry arrastró a la vieja de los globos a un banco cercano y todos se sentaron.

—¿Eres tú de veras? —le dijo Larry, y la vieja asintió.

—¡Claro! ¡Cielos, este disfraz debe ser superior si ha conseguido engañaros tan bien!

—¿Bets supo descubrirte?

—Sí —replicó Fatty—. Lo adivinó de pronto, mientras estaba comprando su globo, cuando todos os habíais marchado.

—Pero ¿cómo lo adivinó? —preguntó Pip, contrariado.

—¡Dios sabe! —repuso Fatty—. ¿Cómo lo descubriste, pequeña Bets?

—¡Oh, Fatty, fue una cosa tan tonta…! No sé si decírtelo —dijo Bets—. Estoy segura de que pensarás que ha sido una forma muy tonta de descubrirlo.

—Vamos, cuéntamelo —exclamó Fatty muy interesado.

—Bueno, Fatty… verás, tú llevabas las manos muy sucias, como toda la gente de la feria —explicó Bets—, pero no pude por menos de observar que llevabas las uñas muy limpias y cuidadas… y a mí me pareció un poco extraño que llevando las manos tan sucias pudieras conservar las uñas tan limpias.

—¡Vaya, me has vencido! —exclamó Fatty mirando sus manos sucias y examinando sus bien cuidadas uñas—. ¿Quién hubiera pensado que alguien habría de fijarse? Ha sido un gran descuido por mi parte no haber ensuciado mis uñas al mismo tiempo que las manos. No se me ocurrió siquiera. Bets, eres muy lista. La más inteligente.

—No, Fatty… no mucho —replicó Bets con el rostro resplandeciente ante aquellas generosas alabanzas.

—Bueno, he de confesar que Bets ha sido muy astuta al reparar en una cosa como ésa —dijo Larry—. Lo creo sinceramente. Todos tuvimos ocasión de notarlo porque estuvimos ante ti, pero fue Bets quien reparó en ello. ¡Bien, por Bets!

—Ella es la ganadora de mi lápiz automático —dijo Fatty—. Te lo daré en cuanto llegue a casa, Bets. En realidad creo que debiera darte uno mejor aún. Ha sido un trabajo realmente hábil. ¡Digno de un detective de primera clase!

Daisy también felicitó a Bets, pero Pip estaba bastante ceñudo. Tenía miedo de que su hermanita cogiera pretensiones.

—Si seguís hablando así, Bets querrá ser la jefa de los Pesquisidores —dijo.

—¡Oh, no! —exclamó Bets, feliz—. Yo sé que en realidad tuve suerte, Pip. Verás, al poner el dinero en la mano de Fatty es cuando me fijé en sus uñas limpias. Pip, te prestaré el lápiz automático «siempre que quieras». ¿Entendido?

Era característico de Bets. Ni siquiera un hermano mayor como

Pip podía estar mucho tiempo ceñudo ante Bets, y le sonrió.

—Gracias, Bets. ¡Eres una buena Pesquisidora y muy buena hermana!

—¡Mirad… ahí está Goon! —exclamó de pronto Larry, en voz baja—. ¡Será mejor que finjamos no estar con Fatty, o Goon se preguntará qué estamos haciendo con una vieja de la feria!

Así que se pusieron todos en pie, dejando a Fatty en el banco con sus globos meciéndose sobre su cabeza. El señor Goon iba en su bicicleta como de costumbre. Simuló no reparar en los niños. ¡Aquellos días parecía tan ocupado e importante!

Pero al ver a la vieja se apeó de la bicicleta. Fatty daba cabezadas fingiendo dormir.

—¡Eh, usted! —gritó Goon—, ¡muévase! ¿Dónde está su permiso para vender globos?

Los otros al oír esto se alarmaron. ¿Es que había que tener un permiso para vender globos? Estaban seguros de que Fatty no tenía ninguno.

Fatty no le hizo caso y lanzó un ronquido plácido. El señor Goon le sacudió por un hombro y Fatty fingió despertarse con sobresalto.

—¿Dónde está su licencia? —le dijo Goon. Siempre se mostraba brusco y arrogante con personas como la vieja vendedora de globos.

—¿Qué dice usted, señor? —respondió Fatty con voz temblona —. ¿Quiere comprar un globo, señor? ¿Qué color le gustaría?

—No quiero globos —replicó Goon de mal talante—. Quiero ver su licencia.

—Ah, ¿mi licencia? —exclamó Fatty comenzando a palpar toda su amplia falda como si fuese posible que el permiso estuviera escondido en ella—. Debo tenerla en algún sitio, señor. Si tuviera usted la amabilidad de esperar unos minutos, señor, la encontraré en uno de los bolsillos de mis refajos. Una vieja como yo, señor, necesita muchos refajos. Durmiendo al raso hace siempre frío, señor, aun en las noches de verano.

—¡Bah! —dijo Goon con rudeza montando en su bicicleta. Se alejó tocando el timbre furiosamente porque un perrito había osado cruzarse en su camino. ¿Acaso él, el Gran Goon, encargado de un caso de primera clase, iba a esperar horas y horas hasta que una vieja buscara entre sus refajos una licencia que no deseaba ver?

¡Bah!

Cuando Goon estuvo fuera de su vista, los otros volvieron junto con Fatty, divertidos y un poco alarmados.

—¡Oh, Fatty! ¿Cómo «puedes» actuar así con Goon? ¡Si supiera quién eres en realidad!

—Me divierte —replicó Fatty—. Menos mal que Goon no ha esperado para ver mi permiso, porque naturalmente no tengo ninguno. Vamos… volvamos a casa. Estoy deseando quitarme estas ropas calurosas. ¡Llevo montones de refajos para parecer una mujer baja y deforme!

Camino de casa pasaron por delante del banco donde habían estado hablando con aquel viejo aquella tarde cuando iban a la Feria. Bets se lo enseñó a Fatty.

—Fatty. ¿Ves a aquel viejo que está durmiendo en aquel banco? Pues pensamos que eras «tú». Nos acercamos, le llamamos Fatty, y Pip le dio un puñetazo en los riñones.

Fatty se detuvo a observar al viejo.

—¿Sabéis que no me costaría nada disfrazarme como él? —dijo —. Pienso intentarlo. Y sinceramente, creo que podré conseguirlo.

—Pero no podrás hacer que tus orejas sean como las suyas —le dijo Bets—. Tiene unas orejas grandísimas.

—No, no podría. Pero puedo encasquetarme el sombrero un poco más que él, esconderlas un poco —replicó Fatty—. Sí, éste sería un disfraz muy bueno y muy sencillo. Algún día lo probaré. ¿Pip, de verdad le pegaste en los riñones?

—Sí. Y el viejo no cesaba de decir: «¿Quéeesto?». «¿Quéeesto?». «¿Quéeesto?» —dijo Pip riendo bajito—. El pobre es sordo.

De pronto el viejo abrió los ojos y vio a los niños que le miraban y pensó que debían haberle hablado. Puso su mano detrás de una de sus orejas y lanzó su palabra favorita: «¿Quéeesto?».

La vieja vendedora de globos, guiñando un ojo a los niños, se sentó junto al anciano.

—Qué tarde más espléndida —dijo con la voz cascada que los niños comenzaban a conocer bien.

—«¿Quéeesto?» —dijo el hombre. Luego sorbió secándose la nariz con el revés de la mano. Fatty hizo exactamente lo mismo llenando de regocijo a Bets.

—Que hace una tarde espléndida —dijo Fatty—, ¡y la mañana también ha sido espléndida!

—No me entero nunca de cómo son las mañanas —replicó el hombre llenándolos de sorpresa—. Siempre duermo hasta el mediodía. Cuando me levanto, tomo mi poco de comida y salgo al sol. Las mañanas no significan nada para mí.

Volvió a sorber y luego sacó su pipa para llenarla. Fatty observaba todos sus movimientos. Sí, sería maravilloso disfrazarse como aquel mendigo. La pipa, la forma de sorber, su sordera. ¡Fatty podía hacerlo todo!

—¡Vamos, Fatty! —dijo Pip en voz baja—. Tenemos que regresar. Se está haciendo tarde.

Fatty se levantó yendo a reunirse con ellos, pero pronto caminaron por caminos diferentes. Pip y Bets hacia su casa y Larry y Daisy comenzaron a subir la cuesta hacia la suya. Fatty entró en su casa por el jardín posterior, y su madre al ver una vendedora de globos mientras estaba cortando guisantes de olor para adornar la mesa pensó:

«Supongo que será una amiga de la cocinera. ¿O intentará vender globos aquí?».

Esperó a que la vieja volviera a salir, pero no fue así. De manera que, llena de curiosidad, la señora Trotteville fue hasta la puerta de la cocina y miró al interior. Allí no había ninguna vendedora de globos… sólo la cocinera haciendo la cena con el rostro arrebolado.

—¿Adónde ha ido esa vendedora de globos? —preguntó la señora Trotteville, maravillada, pero la cocinera no lo sabía. Ni siquiera la había visto. Y no era de extrañar… puesto que en aquellos momentos la vendedora de globos se estaba quitando falda y refajos al fondo del jardín, en un cobertizo… para salir convertido en un Fatty sudoroso y bastante desaliñado.

«¡Vaya una manera de desvanecerse en el aire!»…, pensó la señora Trotteville. Y tenía razón.

Capítulo VI

Una visita al inspector Jenks

Fatty se había divertido mucho representando el papel de la vieja vendedora de globos, y los otros también. Entregó a Bets el lápiz de plata automático y ella quedó entusiasmada.

—Nunca había tenido un lápiz tan bonito —dijo—. Escribe en rojo y en azul, y también en negro corriente. Muchísimas gracias, Fatty.

—Las vacaciones están pasando demasiado aprisa —dijo Pip con cierto pesar—. Y sin embargo aún no tenemos ningún misterio que resolver, aunque sabemos que Goon lo tiene.

—Sí, lo sé —replicó Fatty, preocupado—. No puedo soportar el pensar que Goon está trabajando en ese misterio y nosotros no tenemos ni la menor idea de lo que es. Aunque «pudiera» ser todos esos robos que han estado ocurriendo por aquí, ya sabéis… supongo que toda la policía debe estar alerta para descubrir a esa banda que está llevando a cabo robos tan importantes.

—¿Y no podríamos estar alerta nosotros también? —dijo Bets con ansiedad—. Tal vez descubramos la banda en alguna parte.

—¡Tonta! ¿Tú te crees que van por ahí en grupo y con aspecto de ladrones? —dijo Pip—. Son demasiado astutos, tienen sus lugares de reunión, su sistema para transmitirse mensajes, y medios propios para deshacerse de las joyas que roban… ¿no es cierto, Fatty? ¡Y no serán fáciles de descubrir por mucho que estuviésemos alerta!

—¡Oh! —exclamó Bets, decepcionada—. Bueno, ¿y no podríamos preguntar al inspector Jenks si realmente hay aquí algún misterio, y pedirle que nos dejara ayudar?

—Sí. ¿por qué no? —intervino Daisy—. Estoy segura de que nos lo dirá. ¡Le hemos ayudado tantas veces!

El inspector Jenks era un buen amigo suyo, y lo que Bets llamaba «un alto policía», pertenecía a la ciudad más próxima. En los cuatro misterios que los niños habían resuelto anteriormente, el inspector Jenks había acudido al final, mostrándose muy complacido por los descubrimientos verificados por los niños. Sin embargo, el señor Goon no estuvo tan satisfecho, porque era muy vergonzoso para él que aquellos «niños entrometidos que entorpecían la actuación de la Ley…» descubrieron cosas que a él le pasaron por alto.

—Creo que Bets ha tenido una buena idea —dijo Fatty—. Muy buena. Si sabe cuál es el misterio en el que trabaja Goon, y seguro que lo sabe, no veo por qué no puede decírnoslo. Sabe que tendremos nuestras bocas cerradas y haremos todo cuanto podamos para ayudar.

Así que al día siguiente los cinco Pesquisidores, con «Buster» metido en la cesta de Fatty, fueron en sus bicicletas a la ciudad vecina donde el inspector Jenks tenía su cuartel general. Penetraron en el puesto de policía y preguntaron si podían verle.

—¿Qué? ¿Ver al inspector? —dijo el policía de guardia—. ¡Unos niños como vosotros! Yo creo que no. Es un «gran hombre» y está demasiado ocupado para perder el tiempo con chiquillos. ¡A eso le llamo yo insolencia!

—Espera un poco —le dijo otro policía de rostro agradable y ojos azules muy brillantes—. Espera un poco. ¿No sois vosotros los niños que nos ayudaron en uno o dos casos difíciles de Peterswood?

—Sí —replicó Fatty—. Claro que no quisiéramos molestar al inspector si está ocupado… pero quisiéramos pedirle algo bastante importante… Importante para nosotros, quiero decir.

—¿Entonces debo entrar a decírselo al inspector? —dijo el primer policía al segundo—. No quisiera que me cortaran la cabeza por interrumpirle sin motivo.

—¡«Yo» se lo diré! —dijo el agente de los ojos azules—. Le he oído hablar muchas veces de estos niños. —Y levantándose salió de la habitación. Los niños aguardaron lo más pacientemente que les fue posible. ¡Seguro que su viejo amigo querría verlos!

El policía regresó.

—Dice que os recibirá —les dijo—. Venid conmigo.

Los niños le siguieron primero por un largo pasillo con el suelo de piedra, y luego bajaron por otro. Bets miraba en derredor suyo algo asustada. ¿Habría prisioneros en las celdas? Esperaba que no.

El policía abrió una puerta que tenía un cristal en la parte superior y les anunció:

—Los niños de Peterswood, inspector.

El inspector estaba sentado tras un enorme escritorio abarrotado de papeles. Iba de uniforme y parecía muy alto e importante. Sus ojos brillaban y su sonrisa era muy agradable.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó—. ¡El lote completo… con «Buster» y todo, según veo! Bueno, ¿cómo estáis? ¡Supongo que venís a decirme que habéis resuelto el misterio que nos tiene preocupados hace meses!

Estrechó la mano de todos y sentó a Bets sobre sus rodillas. Ella le miraba encantada. Quería mucho a aquel alto policía.

—No, inspector, por desgracia no venimos a decirle que hemos resuelto ningún misterio —dijo Fatty—. Éstas son las primeras vacaciones desde hace siglos en las que no tenemos ningún misterio por resolver. Pero sabemos que el señor Goon está trabajando en uno, y pensamos que tal vez nosotros pudiéramos colaborar también, pero no sabemos de qué se trata.

—Sí, Goon está ocupado en ello —dijo el inspector—. ¡En realidad está ocupada toda la fuerza de la policía del país! Pero no es un misterio para vosotros. ¡No creo que podáis ayudarme, a pesar de ser unos detectives de primera!

—¡Oh! —exclamó Fatty, decepcionado—. ¿Se trata… se trata de esos robos importantes, inspector?

—Sí, exactamente —replicó el inspector—. Son muy listos. Los ladrones saben qué joyas han de robar, cuándo apoderarse de ellas, y trazan sus planes cuidadosamente. ¡Y no conocemos a uno solo de esos hombres! A ninguno. ¡Aunque, claro, tenemos nuestras sospechas! ¡Siempre las tenemos!

Guiñó un ojo a los niños. Fatty estaba desesperado. El inspector podría decirles seguramente mucho más. Seguro que Goon sabía más. ¿O si no cómo estaba tan ocupado y se daba tanta importancia

aquellos días?

—Parece que el señor Goon sabe muchas cosas —dijo Fatty—. ¿Es que ha ocurrido algo en Peterswood?

El inspector vaciló.

—Pues —dijo al fin—, como os he dicho antes, esto no es cosa para que intervengan unos niños. Definitivamente, no, y estoy seguro de que vosotros estaríais de acuerdo conmigo si supierais lo que yo sé. No es que Peterswood tenga nada que ver directamente… pero sospechamos que algunos hombres de la banda están allí… tal vez para reunirse… o para transmitirse algún mensaje… no lo sabemos.

A los niños les brillaron inmediatamente los ojos.

—¡Inspector! —exclamó Fatty al punto—. ¿Entonces, podemos estar alerta? No investigaremos demasiado, si usted no quiere… pero observaremos por si oímos o vemos algo anormal. Los niños muchas veces pueden ver y oír más cosas que las personas mayores, porque la gente sospecha de los mayores, pero no de los pequeños.

El inspector jugueteó con su lápiz sobre la mesa. Fatty sabía que estaba decidiendo si dejarles o no vigilar lo que estaba ocurriendo en Peterswood, y por eso el corazón le latía ansiosamente. ¡Cómo deseaba que les dejase intervenir siquiera un poco en aquel misterio! Al parecer era bastante descorazonado y seguramente el señor Goon podría hacer mucho más que ellos puesto que también sabía mucho más… ¡pero Fatty no podía «soportar» el que les dejaran a un lado!



—De acuerdo —dijo al fin el inspector dejando el lápiz—. Podréis mantener los ojos bien abiertos… pero no os metáis en nada peligroso ni hagáis ninguna tontería. Sólo estad alerta. Es posible que podáis enteraros de alguna cosa sencillamente «por ser» niños. Si descubrierais algo sospechoso comunicádmelo enseguida.

—¡Oh, «gracias»! —dijeron todos a una, encantados.

—Es usted muy bueno, inspector —le dijo Fatty—. ¡Descubriremos algo! ¡E iremos con tanta cautela como el señor Goon!

—Bueno, me temo que esta vez os vencerá —dijo el inspector con ojos brillantes—. Él sabe mucho más que vosotros, pero no puedo deciros más de lo que os he dicho. ¡Adiós, y me he alegrado mucho de veros!

Los niños, satisfechos y emocionados, se marcharon, montando en sus bicicletas para regresar a su casa. Fueron todos al jardín de Pip y se sentaron en la glorieta situada al fondo del mismo.

—Bueno, ¡por fin tenemos un misterio! —exclamó Fatty—. ¿Cuál es la banda que roba tantas joyas? Goon está trabajando, nos lleva ventaja, y ahora trabajaremos nosotros también. ¿Alguno de vosotros ha observado algo anormal últimamente en Peterswood?

Todos reflexionaron, pero nadie recordó haber visto nada sospechoso. Al parecer, las cosas estaban igual que siempre, exceptuando que el tiempo caluroso había hecho acudir multitudes, a la orilla del río.

—No se me ocurre nada —dijo Larry.

—Éste no es un misterio «fácil» —exclamó Daisy con el ceño fruncido—. No se sabe por dónde empezar.

—¿No podríamos empezar como de costumbre, buscando pistas y haciendo una lista de sospechosos? —preguntó Bets.

—¡Bien! —dijo Pip, burlándose—. ¡Dinos qué pistas podemos buscar, y quiénes hemos de anotar en la lista de sospechosos!

—No hay pistas que buscar, y ni siquiera sabemos dónde encontrar a los sospechosos —dijo Larry pesimista—. Me pregunto qué es lo que sabrá Goon.

—Probablemente tendrá una lista de sospechosos —dijo Fatty, pensativo—. Y es probable que tenga todos los detalles de los robos cometidos últimamente. Será mejor que busque los periódicos atrasados y me dedique a leerlos. Aunque no creo que eso nos ayude mucho, la verdad.

Hubo un largo silencio.

—Bueno —dijo Pip al fin—. ¿Cuál es el plan? ¿Qué vamos a hacer?

¡Pero al parecer no había por dónde actuar! Todo lo que sabían

era que era posible que los ladrones se reunieran algunas veces en Peterswood.

—Creo que no sería mala idea que me disfrazara como aquel viejo sordo que se sienta a tomar el sol en aquel banco en mitad del pueblo —dijo Fatty—. Sabemos que no va allí por las mañanas, de manera que yo puedo ir en su lugar. Tal vez así descubra algo sospechoso. Hombres que se entreguen notas unos a otros al encontrarse… o hagan comentarios en voz baja… o incluso puede que se sientan en el banco y hablen.

Todos le miraron dudando. La verdad es que no parecía muy probable. Bets adivinó que Fatty quería divertirse disfrazándose otra vez.

—¡Será mejor que no te acerques por allí por las tardes! —le dijo —. ¡La gente empezará a extrañarse si ven a «dos» viejos, exactamente iguales, sentados en el mismo banco!

—Sí. ¡A Goon le daría un ataque! —exclamó Larry, y todos rieron.

—¿No crees que sería mejor que escogieres otro disfraz y no imitaras a ese viejo? —intervino Pip—. No fuera a ser que os cruzarais al mismo tiempo. La verdad es que no veo la necesidad de que te disfraces de mendigo sucio.

—Y no la hay, desde luego. Pero me gustaría —dijo Fatty—. Sabéis, cuando se es un actor tan bueno como yo, hay ciertos tipos que atraen más que otros. Me encantó ser una vieja vendedora de globos… y me encantaría hacer de viejo. Puedo comportarme exactamente igual que él.

Sorbiendo se secó la nariz con el revés de la mano. Los otros se echaron a reír en vez de burlarse de él por alardear de ser tan buen actor.

—¡Eres un caso! —exclamó Daisy—. ¡Pero por favor, no empieces a hacer esas cosas delante de tus padres! ¡Les daría un ataque!

Fatty se levantó y saliendo al jardín comenzó a andar como aquel viejo, con la espalda encorvada y la cabeza inclinada. Desde luego era un consumado artista.

Luego, lanzando otro sorbetón secóse con la manga.

Una voz horrorizada se dirigió a él.

—¡Federico! ¿Es que no tienes pañuelo? ¡Qué modales!

Allí estaba la madre de Pip que venía a buscarlos para la comida, puesto que permanecían completamente sordos ante las llamadas del batintín. ¡Pobre Fatty! Se puso colorado hasta las orejas y enseguida sacó un enorme pañuelo. ¡Cómo se reían los demás!

Capítulo VII

Algo bastante extraño

Con la ayuda de los demás, Fatty consiguió reunir un conjunto de prendas usadas muy parecidas a las que llevaba el viejo del banco. Pip le proporcionó un sombrero que su padre había llevado mucho para trabajar en el jardín, y Larry encontró una chaqueta vieja colgada en el garaje.

—Hace siglos que está allí, que yo recuerde —dijo—. Nadie la usa jamás. Puedes quedártela. ¡Tiene moho dentro de los bolsillos, así que ve con cuidado al meter las manos!

Fue sencillo encontrar una camisa vieja y una bufanda. Fatty sacó uno de sus camisas viejas y encontró una bufanda en el cobertizo del jardín, que debió dejar allí olvidada hacía meses.

Arrastró la camisa por el polvo y pronto estuvo tan sucia como la del mendigo. También ensució la bufanda un poco más.

—¿Y qué hay de los zapatos? —dijo—. Necesitamos unos viejísimos. Los del anciano estaban completamente abiertos por delante.

Los zapatos fueron un verdadero problema. Sus padres no tenían unos zapatos tan viejos como los del hombre del banco, y los niños se preguntaban si sería posible comprar algún par a un vagabundo, pero cuando fueron en busca de un vagabundo el único que encontraron llevaba unos zapatos muy nuevos.

Entonces Daisy tuvo una inspiración repentina.

—¡Miremos en las cunetas al pasar! —propuso—. ¡Siempre hay botas viejas y zapatos en las cunetas, no sé por qué será! Es posible que encontremos algunos.

¡Y vaya si encontraron! Larry descubrió un par sucio y húmedo,

con las punteras abiertas y los tacones gastados. Se los entregó a Fatty.

—¡Bueno, si te sientes con ánimos para ponerte esto tan horrible, aquí tienes! Pero tendrás que secarlos, o con tanta humedad en los pies vas a pillar un resfriado.

—Entonces podrás sorber con toda propiedad —dijo Bets. Ella también había estado ensayando los sorbetones de aquel anciano ante el disgusto de su madre.

—Los pondré debajo del calentador del agua —dijo Fatty—. Allí se secarán pronto. ¡No me gusta nada tener que ponérmelos, pero después de todo si es importante resolver el misterio, es importante también sufrir estas pequeñas molestias!

Los pantalones parecían imposibles de conseguir. Sus padres no usaban pantalones de pana como aquel hombre. ¿Sería posible comprar unos en la tienda del pueblo y luego gastarlos y ensuciarlos para que Fatty pudiera ponérselos?

—Será mejor que no los compremos en Peterswood por si acaso circulara la noticia —dijo Fatty—. No quisiera que el viejo Goon se enterase de que había comprado pantalones de obrero, estoy seguro de que estaría indagando hasta dar con el motivo. Últimamente demuestra más inteligencia.

—Podemos ir a Sheepridge por el bosque —dijo Daisy—. Allí los compraremos.

Cuando estaban a mitad del camino, en pleno campo, Pip lanzó un grito que los sobresaltó. Pip les señalaba un viejo espantapájaros olvidado en un campo. Llevaba un sombrero sin ala, una chaqueta raída, ¡y un par de pantalones de pana terriblemente estropeados!

—¡Precisamente lo que necesitábamos! —exclamó Fatty gozoso echando a correr hacia el espantapájaros—. Se los devolveremos cuando ya no los necesite. Cielos, si están convertidos en un colador. Espero que me vayan bien.

—Será mejor que les dé una jabonada antes de que te los pongas —se ofreció Daisy—. Están hechos una lástima. Si debajo te pones tus pantalones cortos de franela, Fatty, no se verán tanto los agujeros. Hay demasiados para remendarlos.

Alegremente, los Pesquisidores emprendieron el regreso a la casa de Larry. Daisy lavó los pantalones, aunque no salió de ellos mucha

suciedad porque la lluvia los había lavado muchas veces. Bets no podía imaginar cómo Fatty era capaz de ponerse ropas tan horribles.

—¡El deber obliga! —dijo Fatty con una sonrisa—. Cuando el deber llama hay que hacer toda clase de cosas desagradables, Bets. Y un detective realmente bueno no se detiene ante nada.

Al día siguiente celebraron un ensayo vistiendo a Fatty con las ropas viejas. Se había puesto una barba despeinada, color arena, que había cortado y arreglado más o menos como la de aquel hombre. También llevaba las cejas grises, y unos mechones de cabellos de un gris extraño asomaban por debajo de su sombrero.

Se maquilló cuidadosamente. Se puso algunas arrugas con la ayuda de sus pinturas oleosas, y luego encogió la boca como si no tuviera muchos dientes.

—¡Oh… Fatty… eres maravilloso! —exclamó Bets—. No puedo mirarte de tan horrible como estás. ¡No me mires así! ¡Me pones nerviosa! ¡Eres un viejo, un viejo auténtico y no Fatty!

—«¿Quéeesto?» —dijo Fatty llevándose la mano a la oreja. También llevaba las manos sucias… y esta vez había cuidado de ennegrecer sus uñas. La verdad es que daba lástima.

—¿Qué hora es? —preguntó, porque se había quitado su reloj de pulsera por temor a que se viera.

—Las doce —respondió Pip.

—¿Qué os parece si fuera a echar un sueñecito a aquel banco? Mi doble no estará allí porque dice que no va nunca hasta la tarde. Vamos. ¡Veremos si sé representar mi papel!

—Iremos todos —dijo Pip—. Pero no nos sentaremos cerca de ti. Iremos a tomar un refresco a esa tiendecita que hay frente al banco. Desde allí podremos vigilarle y ver lo que sucede.

Fatty, después de enviar a Larry hasta la puerta posterior de su jardín para ver si la costa estaba despejada, se alejó arrastrando los pies, esperando que no le hubiese visto nadie de su casa. No quería despertar la curiosidad de su madre hacia los viejos y viejas que deambulaban por la puerta posterior de su casa.

Una vez en la carretera, los cuatro niños caminaron cerca de Fatty, pero no lo bastante para que nadie sospechara que iban juntos. Él iba delante, arrastrando los pies con el sombrero calado

hasta las orejas.

—¡Es exactamente igual al viejo que vimos! —susurró Bets a Daisy—. Yo no notaría la diferencia, ¿y tú?

Fatty sorbió con fuerza y los otros sonrieron. Llegó al banco, soleado, sentándose con sumas precauciones, y lanzando un suspiro al hacerlo.

—¡Aaaaah!

Desde luego era un actor maravilloso. Allí estaba, sentado inclinado sobre su bastón, la imagen de un pobre viejo descansando. Los otros se dirigieron a la tienda de refrescos, sentándose en una mesa junto a la ventana para observarle.

Cuando estaban terminando sus limonadas llegó un hombre en bicicleta, silbando. Era un hombre completamente normal, vestido con un traje corriente y gorra, y con un rostro vulgar, pero, cuando vio al viejo, frenó bruscamente y le miró con asombro.

Se apeó de la bicicleta y llevándola al lado se acercó al banco. La dejó apoyada en el respaldo y tomó asiento junto a Fatty. Los niños que lo observaban todo desde la tienda de enfrente, estaban sorprendidos y un tanto alarmados. ¿Acaso aquel hombre había descubierto algo extraño en el disfraz de Fatty? ¿Habría adivinado que era un impostor? ¿Descubriría a Fatty?

Fatty también estaba alarmado. Se había estado divirtiendo mucho «bajo la piel de aquel viejo» como él decía, pero al ver el gesto de sorpresa en el rostro de aquel hombre se había asustado. Y ahora el hombre había ido a sentarse a su lado. ¿Por qué?



—¿Qué haces aquí por la mañana? —le preguntó aquel hombre de pronto en voz baja—. Pensé que nunca venías hasta la tarde. ¿Ocurre algo? ¿Esperas a alguien?

A Fatty le cogió desprevenido aquel susurro confidencial. Era evidente que aquel hombre le había tomado por el viejo y se extrañaba de que estuviera allí por la mañana. ¿Pero qué

significaban aquellas preguntas?

Fatty recordó a tiempo que el viejo era sordo, y llevándose la mano a la oreja la acercó hacia aquel hombre para que no pudiera verle directamente el rostro. Tenía miedo de que se diera cuenta del fraude si le miraba a los ojos.

—«¿Quéeesto?» —dijo Fatty con voz cascada. Y volvió otra vez —: «¿Quéeesto?».

El hombre lanzó una exclamación de impaciencia.

—¡Claro, si es sordo! —Miró a su alrededor para ver si había alguien cerca. Entonces pasaba un hombre en bicicleta y el recién llegado se separó un poco de Fatty y sacó un cigarro para encenderlo.

El ciclista era Goon que sudaba a mares bajo el ardiente sol. En el acto vio a los dos hombres y se apeó de su bicicleta simulando revisar la cadena. Los cuatro niños le observaban desde la tienda con interés, esperando que no dijera nada a Fatty.

«Buster» vio a Goon, y con un alarido de alegría salió disparado de la tienda comenzando a danzar en torno a las piernas del policía. Larry corrió tras él, temeroso de que «Buster» lamiera la cara de Fatty y le descubriera ante Goon, pero «Buster» estaba muy entretenido con el furioso policía y lo estaba pasando en grande esquivando sus puntapiés uno tras otro, propinándole pequeños mordiscos siempre que podía alcanzarle.

Fatty se levantó apresuradamente y arrastrando los pies desapareció por la esquina más próxima sin ser observado por el señor Goon, quien estaba terminando la paciencia. Todos los demás, al ver que Fatty quería alejarse antes de que Goon se diese cuenta de que se había ido, comenzaron a tomar parte en la diversión, simulando llamar a «Buster», pero consiguiendo únicamente excitar más que nunca al perro.

Cuándo al fin «Buster» estuvo a salvo en brazos de Larry, y Goon pudo mirar hacia el banco, ¡éste estaba vacío! Los dos hombres se habían marchado, y el señor Goon se puso furioso.

—¡Ese maldito perro! —dijo, sacudiéndose violentamente los pantalones—. Le denunciaré, vaya si le denunciaré. Por impedirme cumplir con mi deber, eso es. ¿Y ahora dónde se han ido esos dos individuos? ¡Quisiera hacerles algunas preguntas!

—Han desaparecido —replicó Daisy, y el señor Goon lanzó uno de sus gruñidos.

—No necesitas decírmelo. Tengo ojos en la cara, ¿no? ¡Tal vez haya perdido una pista muy importante! ¿Comprendes? ¿Dónde está ese niño gordo que siempre va con vosotros? ¡Apuesto a que tiene que ver con esto!

—No está aquí —repuso Pip, pensativo—. Probablemente lo encontrará en su casa, señor Goon, si es que tanto lo necesita.

—¡No me importaría no volver a poner la vista encima de ese descarado! —dijo el señor Goon montando de nuevo en su bicicleta —. No, ni a ninguno de vosotros. ¡Y lo mismo digo del perro!

Iba ya a marcharse cuando se detuvo para decir a Larry.

—¿Dónde estabais ahora?

—En esa confitería, tomando una limonada —respondió Larry.

—Bien —repuso el señor Goon—. ¿Y visteis a ese viejo sentado en el banco?

—Sí, lo vimos —contestó Larry—. Parecía dormido y completamente inofensivo.

—¿Y visteis a otro individuo hablando con él? —quiso saber Goon.

—Pues… pues no qué hablase con él. No lo sé —dijo Larry preguntándose por qué le haría tantas preguntas el policía.

—Será mejor que vengáis conmigo —exclamó el señor Goon al fin—. Voy a ver a ese mendigo, ¿sabéis?, y quiero que estés delante para apoyarme cuando le diga que sé lo del otro individuo.

Los niños estaban alarmadísimos. ¡Caramba! ¡El señor Goon iba a visitar al «verdadero» anciano… que probablemente estaría en la cama… para interrogarle acerco del hombre a quien no había visto! ¿Qué diría el pobre viejo? ¡No sabría en absoluto de qué le hablaba el señor Goon!

Capítulo VIII

La primera pista. Y un plan

—No creo que tengamos tiempo para… —comenzó a decir Larry, pero el señor Goon le atajó.

—Es una orden —dijo en tono pomposo—. Podéis hacer de testigos. Venid conmigo.

De manera que los niños fueron con el señor Goon. «Buster» luchando continuamente con la correa que le sujetaba en su afán de alcanzar los tobillos del policía. Doblaron una esquina y llegaron ante un par de casitas sucias situadas al final de un camino. El señor Goon se acercó a la primera y llamó.

No hubo respuesta. Volvió a llamar. Los niños sentíanse violentos y deseando hallarse en sus casas. Tampoco respondieron. Entonces el señor Goon abrió la puerta empujándola con fuerza y se hallaron ante una habitación mitad dormitorio mitad sala de estar. Estaba muy sucia y olía horriblemente.

En el rincón más apartado había una cama pequeña con un montón de sábanas sucias. Dentro de ellas, y al parecer dormido, pues sus cabellos grises asomaban por encima del embozo, estaba el viejo. Sus ropas estaban en una silla junto a la cama… la chaqueta vieja, los pantalones de pana, la camisa, la bufanda, el sombrero y los zapatos.

—¡Eh, tú! —le gritó el señor Goon acercándose a él—. Es inútil que te hagas el dormido, ¿entiendes? Hace pocos minutos que te he visto en el pueblo, sentado en un banco.

El viejo se despertó sobresaltado. Pareció sorprenderse mucho al ver al señor Goon en su habitación. Se incorporó mirándole fijamente.

—«¿Quéeesto?» —dijo. En realidad parecía que era lo único que sabía decir.

—Es inútil que te hagas el dormido —rugió el señor Goon—. Ahora mismo estabas en un banco en mitad del pueblo. ¡Te he visto!

—¡Hoy no he salido de esta habitación! —exclamó el viejo con voz cascada—. Siempre duermo hasta la hora de comer.

—No es cierto —replicó el señor Goon—. Hoy no ha sido así. Y quiero saber qué es lo que te ha dicho aquel individuo que se ha sentado a tu lado. ¡Dímelo enseguida, o será peor para ti!

Bets sentía compasión por aquel hombre, y no podía soportar al señor Goon cuando gritaba de aquella manera. El viejo estaba cada vez más intrigado.

—¿«Quéeesto»? —dijo, volviendo a emplear su palabra predilecta.

—¿Ves a estos niños que están aquí? —dijo el señor Goon fuera de sí ante la estupidez de aquel hombre—. Pues bien, ellos también te vieron allí. Hablad ahora, niños. Le visteis, ¿no es cierto?

—Pues… —dijo Larry vacilando—. Pues… —en realidad no sabía qué decir. Estaba convencido de que aquel hombre no era el que estuvo en el banco, ¿y no obstante, cómo decirlo sin descubrir a Fatty?

Pip vio su dificultad e intervino con gran inteligencia.

—Verá usted, señor Goon, es difícil asegurarlo, porque un viejo en la cama o un viejo vestido no tienen el mismo aspecto.

—Bien, entonces mirad estas ropas —dijo el policía señalándolas —. ¿No son estas ropas las que este hombre llevaba puestas?

—Es posible —replicó Pip—. Lo siento, señor Goon, pero no podemos ayudarle en este asunto.

Larry consideró llegado el momento de marcharse, pues el rostro del señor Goon iba adquiriendo un tinte púrpura. Así que él y los otros salieron de la casa y echaron a correr por el camino en dirección a casa de Fatty, deseosos de contarle todo lo que había ocurrido.

Encontraron a Fatty en el cobertizo de madera que había al fondo de su jardín, tratando de recobrar su aspecto normal. Todas sus ropas de mendigo estaban en un saco, preparadas para volver a

usarlas cuando gustase. Cuando llegaron los otros se estaba peinando.

—¡Caramba! —exclamó Fatty con los ojos brillantes—. Ha sido un poco raro, ¿verdad? Me refiero… a ese hombre que se sorprendió tanto al verme… y que se sentó a mi lado diciéndome cosas. ¡Casi me olvidé de que era sordo y de que no podía oírlas!

—¿Qué te dijo? —preguntó Pip, y Fatty se lo dijo, mientras los demás escuchaban conteniendo la respiración.

—Y luego llega Goon, ve a ese individuo, y comienza a simular el arreglo de la cadena de su bicicleta para poderle observar —dijo Larry—. Me resulta sospechoso. Quiero decir… que parece como si Goon conociera a ese individuo y deseara saber lo que tramaba.

—¿Será una pista? —preguntó Bets emocionada.

—¡Tú y tus pistas! —exclamó Pip burlón—. No seas tonta, Bets.

—Yo no creo que «sea» tonta —dijo Fatty pensativo—. Yo creo que «es» una pista… una pista que indica que algo está ocurriendo… tal vez algo relacionado con el misterio. Ya sabéis lo que dijo el inspector… que se creía que Peterswood era el lugar de reunión de la banda de ladrones… el sitio donde quizás, se pasaban los mensajes de un miembro a otro.

—¡Y puede que ese viejo sea el individuo que recibe los mensajes y los transmite luego! —exclamó Daisy—. ¡Oh, Fatty! ¿Tú crees que puede ser él, el jefe de la banda de ladrones?

—Claro que no —replicó Fatty—. ¿Te imaginas a un hombre feble y viejo como él haciendo algo violento? No, él es sólo un portamensajes muy conveniente. Nadie hubiera sospechado nunca de él, viéndole allí sentado en el banco dormitando al sol. Y en cambio resulta fácil para cualquiera acercarse y susurrarle unas palabras.

—Pero si es sordo —objetó Daisy.

—Sí, es cierto. Pues entonces, puede que se los entreguen escritos —dijo Fatty—. ¡Cielos… presiento que hemos descubierto algo!

—Pensemos —propuso Larry—. ¡Creo que pensando podremos llegar a alguna parte!

Todos se pusieron a pensar. Bets estaba tan excitada que no se le ocurría ningún pensamiento sensato, y como de costumbre, fue

Fatty quien expuso sus ideas con toda claridad y sencillez.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Probablemente Peterswood «es» el cuartel general de la banda por alguna razón que desconocemos, y cuando un miembro quiere ponerse en contacto con otro, no se comunican directamente, cosa que podría resultar peligrosa, y en cambio se envían mensajes por medio de ese viejo. Y, Pesquisidores, si yo voy a sentarme a ese banco día tras otro, no cabe la menor duda de que algún miembro de la banda se acercará a mí, se sentará a mi lado, me entregará un mensaje de alguna manera, y…

—¡Y tú te enterarás de quiénes son, y podremos decírselo al inspector y él los detendrá! —exclamó Bets con gran excitación.

—Pues algo por el estilo —replicó Fatty—. El caso es… ese viejo siempre se sienta allí por las tardes, y en realidad es cuando yo debiera sentarme porque es cuando pueden llegar los mensajes. Pero ¿cómo voy a sentarme allí, si está «él»?

—Por eso se sorprendió tanto el hombre de esta mañana —intervino Daisy—. ¡Él sabía que el viejo nunca «estaba» allí por las mañanas, y sin embargo, sí estaba hoy! No supo ver que eras tú. Tu disfraz debe de ser perfecto.

—Sí, debe de serlo —repuso Fatty con modestia—. El caso es. ¿No podríamos impedir que ese viejo acudiese allí por las tardes? Si lo lográsemos yo podría sentarme en ese banco y vosotros en la confitería y a observar.

—No podemos pasarnos horas y horas bebiendo limonadas —dijo Bets.

—Podríais tomarlas por turnos —explicó Fatty—. La cuestión es que «hemos» de ver qué aspecto tienen los mensajeros, para poder reconocerlos cuando los veamos otra vez. Yo no me atreveré a mirarlos demasiado por temor a que sospecharan algo. Así que vosotros habríais de fijaros con mucho interés. Yo cuidaré de recoger los mensajes que me entreguen, y dejaré en vuestras manos el ver qué aspecto tienen los hombres que vengan a verme a ese banco.

—¿Qué hay del de esta mañana? —exclamó Larry de pronto—. Ése debía ser uno de ellos. ¿Qué aspecto tenía exactamente?

Todos fruncieron el entrecejo en su afán de recordar.

—Era demasiado vulgar —dijo Larry al fin—. Rostro ordinario,

ropas corrientes, y su bicicleta lo mismo. Esperad, ahora recuerdo algo respecto a la bicicleta. ¡Llevaba bocina… en vez de timbre!

—¡Es verdad! —exclamó Pip acordándose también. Daisy y Bets no se habían fijado en ese detalle. En resumen, no recordaban nada respecto a aquel hombre.

—Una bocina —dijo Fatty pensativo—. Bueno, eso puede ayudarnos un poco a encontrar a ese hombre. Vigilaremos todas las bicicletas que lleven bocina, pero lo que realmente me preocupa… «es»…, ¿cómo vamos a impedir que ese viejo se siente en el banco por las tardes para que yo pueda ocupar su lugar? Nadie lo sabía.

—La única posibilidad —dijo Fatty al fin—, la única posibilidad… es que yo vaya a sentarme al lado del viejo y me finja uno de los mensajeros… ¡y le diga que no vaya a sentarse allí durante dos o tres días!

—¡Oooooh, sí! —dijo Pip—. Porque el señor Goon estará vigilando. Puedes decirle eso.

—Sí. Y es probable que sea cierto —dijo Fatty lanzando un gemido—. El viejo Goon también tiene sus sospechas, y está sobre la verdadera pista. Nosotros hemos dado con ella por casualidad. ¡Allí estaré sentado toda la tarde bajo la mirada de Goon! Apuesto a que no se acercó ningún mensajero si saben que está acechando.

—Si vemos a algún desconocido deambulando por allí, podríamos alejar a Goon un rato —dijo Larry—. ¡Y sé cómo hacerlo! ¡Podríamos escondernos en la esquina y tocar una bocina! Entonces Goon se diría para sí: «¡Ajá, una bicicleta con bocina! ¡Tal vez sea la del hombre que busco!», y se marchará corriendo hacia la esquina.

—Sí, eso está bien pensado —dijo Fatty—. El caso es… que Goon probablemente no se habrá fijado en que la bicicleta de aquel hombre llevaba bocina.

—Bueno, pues entonces se lo diremos —respondió Larry—. Le interesará enormemente. Vamos a decírselo ahora mismo.

—Vamos. Iremos a buscarle —dijo Fatty.

Pero cuando Larry miró su reloj lanzó una exclamación:

—¡Cielos! ¡Vamos a llegar «tardísimo» a comer! Tendremos que decírselo esta tarde.

—Yo lo haré —replicó Fatty—. ¡Hasta luego!

Aquella tarde, mientras el señor Goon disfrutaba de una breve

siesta, después de la comida, quedó muy sorprendido al ver a Fatty que se acercaba a su puerta, y más sorprendido cuando le dio la información respecto al detalle de la bocina de la bicicleta.

—No sé si le será de alguna utilidad, señor Goon —le dijo muy serio—. Pero pensamos que usted debía saberlo. Al fin y al cabo es una pista, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¿Una pista de qué? —preguntó el señor Goon—. Otra vez entrometiéndoos, ¿eh? Y de todas maneras, yo ya había observado que aquella bicicleta llevaba bocina. Y si la oigo sonar pronto estaré tras el ciclista.

—¿Para qué lo busca usted? —preguntó Fatty con aire inocente.

El señor Goon le miró con recelo.

—Eso a ti no te importa. Y dime una cosa, ¿cómo sabes todo eso de la bocina si no estabas con los demás?

—Oh, «ellos» me lo han dicho —repuso Fatty—. Temo que usted se haya enfadado conmigo por querer darle una pista, señor Goon. Lo siento. No sabía que usted ya se había fijado en la bocina. No volveré a molestarle con más informaciones.

—Vamos, escucha… no hay ningún mal en… —comenzó el señor Goon temeroso de que Fatty dejara de proporcionarle otras informaciones que pudieran serle de utilidad. Pero Fatty ya se había ido.

Camino de su casa se detuvo en el bazar del pueblo para comprar una bonita bocina de goma. ¡El señor Goon la iba a oír bastante! En realidad, la oyó pocos minutos más tarde, ante su ventana, cuando estaba terminando su siesta. Se despertó enseguida saliendo disparado por la puerta.

Pero no había ningún ciclista a la vista, y volvió a entrar lentamente, y la bocina se dejó oír de nuevo. ¡Maldición! ¿Dónde estaba? Miró una vez más a uno y otro lado de la carretera, pero ni rastro de la bicicleta. Sólo vio a un niño que se alejaba, pero a pie.

¡Sin embargo, llevaba una bocina debajo de la chaqueta, y su nombre era Fatty!

Capítulo IX

Fatty transmite su mensaje

A la tarde siguiente, Fatty no se disfrazó de viejo, sino que volvió a ponerse sus ropas de vendedora de globos. Los otros le observaban y esto ocurría en el cobertizo situado al fondo del jardín de Fatty. Bets pensaba que hubiera podido pasar días y más días viendo cómo Fatty se caracterizaba de tipos distintos. No cabe la menor duda de que nuestro amigo tenía un don especial para disfrazarse y representar.

—Iré a sentarme en el banco junto al viejo —dijo Fatty—. Estoy seguro de que esta tarde estará allí esperando cualquier posible mensaje… y vosotros podéis dar una ojeada para ver si Goon anda por allí. Si no está, aprovecharé la oportunidad para decirle al viejo que no aparezca durante algunas tardes, pues la policía vigila. ¡Eso hará que desaparezca si es que está en combinación con la banda!

—Yo iré a comprarte otro globo —dijo Bets con vehemencia—. Así parecerá más real.

—Sí, será bastante real —repuso Fatty—. Todo lo que espero es que Goon no vuelva a preguntarme por mi licencia.

—No lo hará, porque estarás sentado en el centro del pueblo, y si piensa que empezarás a rebuscar entre todas tus faldas mientras él hace un papel desairado —dijo Larry—. No puede soportar la violencia. Y de todas formas, no querrá llamar la atención sobre sí, si es que vigila la aparición de algún posible miembro de la banda. Él no sabe que «tú eres» uno.

—Cierto —replicó Fatty—. Bien razonado, Larry. Y ahora…, ¿estoy listo?

—Estás sencillamente maravilloso —exclamó Bets con

admiración—. Te lo digo de verdad. No sé cómo te las compones para hacer que tu cara resulte tan distinta, Fatty. No te pareces en nada a ti.

—Me ensayo delante de un espejo —replicó Fatty—. Y tengo algunos libros maravillosos que tratan de todo esto. Y claro… además, tengo ese especialísimo «don»…, ¿comprendéis?

—¡Oh, cállate, Fatty! —dijo Larry de mal humor—. ¡Todos sabemos que eres maravilloso sin necesidad de que nos lo digas!

De pronto la vieja vendedora de globos arrugó su rostro, las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo en forma patética, y sacando un gran pañuelo rojo, muy sucio, comenzó a llorar del modo más real.

—No seas desatento conmigo —sollozó y los otros se morían de risa. Fatty los observaba desde atrás de su pañuelo—. ¡Una pobre mujer como yo! —gimoteó—. Que tiene que dormir en las cunetas por las noches.

—¡Con montones de enaguas para estar calentita! —rio Larry, pero de pronto se detuvo para mirar por la ventana del cobertizo.

—¡Deprisa! Ahí viene tu madre, Fatty. ¿Qué vamos a hacer?

No hubo tiempo de hacer nada. La señora Trotteville les estaba mirando desde la puerta. Había ido a hablar con los niños pero al ver a la vieja vendedora de globos se quedó muy asombrada.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —le preguntó—. El otro día la vi también por el sendero del jardín.

Bets habló antes de que Fatty pudiera contestar.

—Vende unos globos preciosos —dijo—. Y quiero comprarle uno, señora Trotteville.

—No hay ninguna necesidad de comprárselo en el cobertizo —replicó la señora Trotteville—. Puedes comprárselo en la calle. No quiero vendedores ni vagabundos en mi jardín, y me sorprende que «Buster» no haya ladrado.

«Buster» estaba allí, naturalmente, sentado a los pies de la vendedora de globos, como si se tratase de su mejor amigo… y claro que lo era, sólo que la señora Trotteville no lo sabía.

—¿Dónde está Federico? —preguntó la señora Trotteville mirando a todas partes.

—Pues… no muy lejos —repuso Larry sin mentir—. Er… ¿quiere

que vaya a buscarle, señora Trotteville?

—¡Oh, no! Supongo que vosotros le estaréis esperando —replicó la madre de Fatty—. Bueno, me parece que esta mujer debe marcharse con sus globos… ¡y por favor no vuelva a entrar en el jardín!

—No, señora —replicó la vendedora de globos haciendo una pequeña reverencia que llenó a Bets de regocijo. Todos salieron del cobertizo y se dirigieron a la puerta de la verja.

—Ha sido un momento difícil —dijo Larry cuando estuvieron a salvo en la carretera.

—¡Los momentos difíciles son emocionantes! —exclamó Pip.

Se dirigieron a la calle principal del pueblo. Allí, sentado al sol, estaba el viejo como de costumbre en su banco, inclinado sobre su bastón, y al parecer medio dormido.

—Iré a sentarme a su lado —dijo Fatty balanceando sus amplias faldas al caminar—. Ahora andad detrás de mí y vigilad por si veis a Goon. Bets puede comunicarme cualquier novedad cuando venga a comprarme un globo. Podéis ir a tomar una limonada a esa tienda para empezar.

La vieja vendedora de globos se sentó en el banco con su manojo de alegres globos. El anciano sentado al otro extremo del banco no se fijó en ella para nada. Los globos se mecían en el aire y los transeúntes los contemplaban con placer. Una mamá se detuvo para comprar uno a su niño, y los cuatro niños rieron al ver cómo Fatty se inclinaba para acariciar al pequeño en la mejilla.

—¿Cómo se le ocurrirán cosas como éstas? —rio Larry—. Yo nunca pienso en esos detalles.

—Pero son esos pequeños detalles los que hacen que sus disfraces sean tan reales —exclamó Daisy con admiración. Entraron en la tienda de refrescos para tomar algo. En una mesa cercana había un hombre absorto en un enorme periódico. Larry le miró y luego dio un puntapié a Pip por debajo de la mesa. Pip miró a Larry, éste le hizo una seña señalándole al hombre con una ligera inclinación de cabeza.

Los otros también miraron… ¡y allí estaba el viejo Ahuyentador vestido de paisano y fingiendo leer el periódico, pero sin perder de vista el banco del otro lado de la calle, lo mismo que ellos pensaban

hacer!

—Buenos días, señor Goon —le dijo Larry cortés—. ¿Tomándose un día de fiesta?

El señor Goon gruñó malhumorado. ¡Otra vez aquellos niños! Parecían estar en todas partes.

—¿También ha venido a tomar una limonada? —le preguntó Pip —. ¿Quiere tomarla con nosotros, señor Goon? Por favor.

El señor Goon volvió a gruñir y se enfrascó en su periódico. Iba de paisano y su aspecto era bastante extraño. Los niños no recordaban haberle visto nunca sin su uniforme ajustado. Llevaba unos flamantes pantalones de franela, una camisa color crema de cuello abierto y un cinturón demasiado apretado. Bets pensó que no se parecía en nada al señor Goon.

Bets terminó su limonada.

—Voy a comprar un globo —dijo—. El que compré en la feria se me ha deshinchado. Pídeme un helado, Pip, volveré enseguida. «Todos» vamos a tomar helados, ¿verdad?

—¿Dónde está ese niño gordo? —preguntó el señor Goon cuando Bets se levantaba.

—¿Un niño gordo? ¿Un niño gordo? —dijo Larry al punto simulando extrañarse.

El señor Goon lanzó un gruñido.

—Ese niño Federico, o Fatty, como le llamas. Sabéis muy bien a cuál me refiero. No disimuléis.

—¡Oh, «Fatty»! No está muy lejos —replicó Larry—. ¿Quiere usted verle? Si quiere iré a decírselo.

—«Yo» no quiero verle —replicó el señor Goon—. Pero sé que anda tras algún asunto. ¿Qué es lo que está haciendo ahora?

—¿Que ahora «va» tras algo? —dijo Larry con expresión sorprendida—. ¡Pues no nos ha dicho nada!

Bets rio por lo bajo y salió del establecimiento cruzando la calle hasta donde estaba sentada la vendedora de globos, cuyas faldas cubrían casi medio banco.

—¿Quiere darme un globo azul, por favor? —dijo, e inclinándose sobre el manojo de globos susurró al oído de Fatty—. El señor Goon está en la tienda de refrescos… vestido de paisano. Está muy raro. Creo que está vigilando al viejo. Tendrás que esperar

hasta ver salir al señor Goon y entonces podrás transmitir tu mensaje.

—¡Tome «éste», señorita! —dijo la vendedora de globos guiñando un ojo a Bets para darle a entender que la había oído—. Éste es muy fuerte. ¡Le durará semanas!

Bets lo pagó regresando a la tienda. Larry había pedido ya los helados. Alzó las cejas mirando a la niña para preguntarle si había dado el mensaje a Fatty. Ella asintió, y comenzaron a tomar lentamente sus helados preguntándose si el policía pensaba pasarse allí toda la tarde.

Estaban acabando casi sus helados cuando sonó el teléfono en la trastienda. La propietaria del establecimiento acudió a contestar.

—Es para usted, señor Goon —dijo.

El señor Goon se levantó yendo a la oscura trastienda para escuchar lo que tuviera que decirle quien llamaba. Larry le miró. Desde allí no era posible que viera el banco situado al otro lado de la calle. ¡Ahora era el momento que Fatty debía aprovechar con entera seguridad para dar su mensaje al viejo!

—Hace calor aquí dentro —exclamó Larry poniéndose en pie—. Voy a tomar un poco el aire. Vosotros venid en cuanto terminéis vuestros helados.

Saliendo de la tienda se acercó al banco sentándose al lado de la vendedora de globos.

—¡Goon está telefoneando! —le dijo—. ¡Ahora debes aprovechar la oportunidad! Desde donde está el teléfono no puede ver la calle.

—Bien —replicó Fatty y acercándose al viejo le dio un codazo. El anciano se volvió enseguida, y Fatty deslizó una nota en su mano y luego volvió a sentarse al otro extremo del banco.

El viejo guardó el papel en su bolsillo y permaneció sentado unos minutos más. Luego, con un gruñido, se puso en pie y se alejó doblando la esquina. Larry le siguió obedeciendo una seña de Fatty. En cuanto estuvo seguro al otro lado de la esquina el viejo desdobló la nota y la leyó. Luego encendió una cerilla, prendió fuego al papel y lo dejó caer al suelo donde se quemó.

No regresó al banco, sino que tomó la dirección de su casa. Larry volvió otra vez a sentarse junto a la vendedora de globos simulando escoger uno.

—¿Ha leído la nota? —le preguntó Fatty en voz baja.

—Sí. Y creo que ahora ha ido a su casa —dijo Larry—. ¿Qué pusiste en la nota?

—Sólo puse que no viniera a sentarse aquí durante tres tardes, pues la policía vigilaba —dijo Fatty—. Espero que crea que es de algún miembro de la banda. Creerá que me han pedido que le entregue el mensaje para no dejarse ver estando el banco vigilado. ¡Bueno, esperemos que lo deje libre unos cuantos días!

—Me quedo con este globo —dijo Larry al ver pasar gente—. ¿Cuánto vale?

Llevándose consigo el globo regresó a la tienda. El señor Goon seguía hablando por teléfono. ¡Bien! Los otros al verle se levantaron y salieron. Una vez en la calle se imaginaron lo furioso que se pondría el señor Goon cuando terminase su conferencia telefónica y viera que el viejo había desaparecido.

La vendedora de globos se fue también. Habían quedado en encontrarse en el jardín de Pip por temor a que la señora Trotteville, la madre de Fatty, volviera a verla en su jardín y hubiera complicaciones. La mamá de Pip había ido a pasar el día fuera, así que era más seguro para Fatty el irse a cambiar allí.

Pronto los Pesquisidores y «Buster» estaban en la glorieta de Pip. Fatty se cambió lo más deprisa que pudo.

—No me pondré este disfraz más que cuando sea indispensable —dijo quitándose todas las enaguas y refajos y metiéndolas en el saco donde las guardaba—. Me da demasiado calor. ¡Voy a quedarme en los huesos si continúo poniéndome tanta ropa!

—¡Oh, no! —exclamó Bets, alarmada—. Si fueras delgado ya no serías Fatty. ¡Y me gustas exactamente tal como eres!

Capítulo X

Todos hacen algo

Se trazaron los planes para los días siguientes.

—Tal vez sean días muy importantes —dijo Fatty—. Es posible que averigüemos muchas cosas… ¡y además en las mismas narices de Goon, si es que piensa seguir actuando de perro policía!

—¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer? —preguntó Daisy, emocionada—. Sabemos que piensas disfrazarte de viejo y ocupar su lugar en el banco en espera de que llegue un mensaje de alguno de la banda. Pero ¿y nosotros qué vamos a hacer? Debemos hacer algo interesante para que podamos representar nuestro papel de Pesquisidores.

—Guau —ladró «Buster».

—Él también quiere trabajo —exclamó Bets riendo—. ¡Pobre «Buster»! No comprende por qué has de vestirte de modo diferente, Fatty. A él no le pareces el mismo… sólo «hueles» lo mismo. Y cuando saliste disfrazado de vendedora de globos o de viejo, tuvimos que encerrarle y eso no le gusta.

—Pobrecito «Buster», mi viejo camarada —dijo Fatty y en seguida «Buster» se tumbó patas arriba para que le acariciara. Tenía la lengua fuera y meneaba la cola con tal violencia que todo su cuerpo se estremecía.

—Bien —dijo Fatty sacando su librito de notas para abrirlo—. Echemos un vistazo a lo que sabemos, y entonces podremos trazar nuestros planes, y cada uno de nosotros tendremos algo que hacer.

—Bien —replicó Larry—. Ya sé que tú tienes que hacer el trabajo más importante, porque eres un detective innato… pero a nosotros también nos gusta hacer algo.

—Todavía no sabemos gran cosa —continuó Fatty mirando sus notas—. Sabemos que Goon vigila a ese viejo porque sospecha lo mismo que nosotros… que recibe mensajes para transmitirlos… y estamos seguros de que por una razón u otra, tienen su cuartel general aquí, en Peterswood. Hemos visto también a un miembro de la banda… el individuo que llevaba bocina en su bicicleta… pero eso es todo lo que «sabemos».

—No es mucho —dijo Larry—. Ni un ápice más de lo que sabíamos el otro día.

—También sabemos que ese viejo no es probable que vaya por el banco durante unos días —prosiguió Fatty—. Y eso Goon no lo sabe. En eso le llevamos ventaja. «Nosotros» sabemos que el viejo que estará sentado esta tarde en el banco, y mañana y probablemente también pasado mañana, seré «yo»… y no el auténtico anciano.

—Sí, en eso le ganamos —dijo Pip.

—Ahora bien —continuó Fatty cerrando su librito de notas y mirando o su alrededor—, mañana tarde… y de hecho todas las tardes que yo me siente en ese banco… uno, o más, de vosotros tendrá que estar en la tienda de refrescos, observando cautelosamente para ver si alguien me entrega un mensaje… y es cosa vuestra el fijaros en todos los detalles con sumo cuidado. ¿Entendéis? Eso es muy importante.

—De acuerdo —dijo Larry.

—Y otra cosa que podéis hacer vosotros, Pesquisidores, es tratar de descubrir qué ciclistas llevan bocina en sus bicicletas en vez de timbre —dijo Fatty—. Sería una gran ayuda si pudieseis descubrir quién fue el hombre que vino a hablarme al banco la otra mañana. Podríamos vigilarle y ver qué amigos tiene, por ejemplo.

—No veo cómo podremos averiguar quiénes llevan bocina en sus bicicletas —repuso Pip—. ¡No podemos examinar todas las bicicletas del pueblo guardadas en los cobertizos!

—Podrías ir a la tienda que venden las bocinas y entablar conversación con el dueño, preguntándole si vende muchas bocinas, y puede incluso os diesen los nombres de los compradores —dijo Fatty.

—¡Oh, sí! —exclamó Pip—. No se me había ocurrido.

—Se me ocurrió el otro día cuando fui a comprar la bocina —explicó Fatty—. Pero entonces no tuve ocasión de hablar con el hombre… bueno, en realidad era un chico el que estaba en la tienda cuando yo estuve. Yo creo que le encantaría charlar con vosotros.

—A mí me gustaría hablar con él —dijo Bets—. Yo iré con Daisy.

—Podéis ir tú, Daisy y Pip, si queréis —dijo Larry—. Y yo vigilaré el banco desde la confitería. Luego, cuando volváis con la información podéis sentaros vosotros en la tienda a tomar una limonada, y yo iré a ver si descubro algo más.

—«Buster» puede ir con los que vayan a la tienda de las bocinas —dijo Fatty—. Me olería desde el otro lado y vendría hacia mí ladrando. ¡Y Goon pensaría que había algo raro en aquel viejo para que el perro ladrase tanto!

A la tarde siguiente Larry fue a la confitería situada frente al banco y pidió una limonada. El señor Goon estaba allí también leyendo su periódico. Iba también de paisano y frunció el ceño al ver entrar a Larry.

—¡Vaya, señor Goon! ¡Usted aquí otra vez! —exclamó Larry fingiendo sorprenderse—. ¡Está usted «disfrutando» de unas bonitas vacaciones! ¿Pasa todo el tiempo aquí?

El señor Goon no le hizo el menor caso, pero estaba furioso. Allí estaba él, obligado a pasar las tardes en una tiendecilla pequeña, calurosa y llena de olores, contemplando un banco al sol… ¡y ni siquiera podía tener paz! Aquellos niños habían ido allí para mortificarle y burlarse de él. El señor Goon contempló a Larry ceñudo, pensando todas las cosas que le hubiera gustado decirle a él y a los otros Pesquisidores.

Entonces el señor Goon alargó el cuello porque el viejo llegaba arrastrando los pies hasta el banco. Larry le observaba. Él, claro, sabía que era Fatty, pero el señor Goon, no. Larry se maravilló al ver cómo Fatty se agachaba lentamente para sentarse en el banco. ¡Exactamente igual que hacen los viejos encorvados para sentarse! Fatty jamás cometía un error en sus actuaciones.

Fatty sacó una pipa y comenzó a llenarla lentamente. Luego tosió. Era una tos horrible, hueca, que le hacía encorvarse el doble. Larry sonrió. La tos era nueva. Supuso que Fatty había oído toser al

viejo y se habría estado practicando hasta conseguir la perfección.

El viejo apartó la pipa sin fumarla. ¡Era evidente que temía que le hiciera toser demasiado! Larry se volvió hacia el señor Goon.

—Ahí está ese viejo que usted nos hizo ir a ver el otro día, señor Goon. Es extraño, ¿verdad? ¿Ha descubierto ya lo que quería saber?

El señor Goon tampoco le hizo caso esta vez, pero movió su periódico con violencia. Larry le guiñó un ojo a la dueña del establecimiento.

—¡Debe estar resfriado! —dijo con simpatía—. ¡Está completamente sordo!

—¡Escúchame! —exclamó el señor Goon enrojeciendo y levantándose precipitadamente—. Si no te…

Pero en aquel preciso momento llegaron dos hombres que fueron a sentarse al banco, y en el acto el señor Goon… se apaciguó observando a los recién llegados con gran concentración. Larry hizo otro tanto. ¿Entregarían algún mensaje a Fatty?

Los hombres llevaban periódicos, los desplegaron y empezaron a discutir sobre algo. Uno de ellos encendió una pipa. Estuvieron allí algún tiempo, pero ni Goon ni Larry pudieron ver que entregasen o recibiesen ningún mensaje. El viejo seguía sentado en el otro extremo del banco, inclinado sobre su bastón y cabeceando de vez en cuando. Luego se irguió, lanzó un potente sorbetón y se secó la nariz con el revés de la mano. A Larry le divirtió ver la mirada de disgusto que le dirigieron los hombres. Doblaron sus periódicos, se levantaron y alejáronse calle abajo sin dejar de hablar.

El señor Goon se inclinó para escribir unas notas. Larry se preguntaba si serían miembros de la banda, pero estaba seguro de que no. En primer lugar estaba convencido de que uno de ellos era amigo de su padre.

Larry empezaba a aburrirse. Había terminado su limonada, y no deseaba tomar otra, ni tampoco le era posible engullir un helado en aquellos momentos. La dueña del establecimiento se acercó a él.

—¿Quiere algo más, señorito? —le preguntó, y Larry le dijo que no.

—Bien, entonces márchate —dijo la voz del señor Goon—. No necesitas quedarte aquí si ya has terminado tu inacabable limonada, ¿entiendes?

Larry estaba desconcertado. Debía vigilar el banco hasta que llegaran los otros. No podía abandonar su puesto. ¡Pero en aquel momento «regresaban sus compañeros»! Entraron en la tienda charlando animadamente.

Larry se puso en pie enseguida.

—¡Hola! ¡Estoy muy contento de que hayáis venido a buscarme! Supongo que Pip querrá quedarse a tomar una limonada como siempre. ¡Bueno, las niñas y yo nos iremos y te dejaremos sorbiendo!

Por extraño que parezca incluso Bets se dio cuenta de que Larry deseaba que se quedase uno solo. Así que las niñas se fueron con Larry, y Pip tomó asiento en la mesa de la ventana en tanto el señor Goon echaba chispas. ¿Es que «nunca» podría librarse de aquellos niños?

Larry se llevó a las niñas, y cuando estuvieron a salvo al otro lado de la esquina, les dijo que el señor Goon le había obligado a marcharse, por lo cual había pensado que lo mejor era que se quedara solo Pip, y él también tenía turno, y terminó diciendo:

—¡Creo que Goon empieza a sospechar de nosotros!

—¡Larry! Lo hemos pasado estupendamente en la tienda donde venden las bocinas —dijo Bets—. ¡Escucha!

Y se lo contó todo a Larry. Ella, Pip y Daisy entraron en la tienda en la que vendían bicicletas, neumáticos, bocinas, linternas, juguetes, cochecitos de niño y muchas otras cosas.

El encargado era un chico muy despierto.

—Buenas —les dijo al verlos entrar—. ¿En qué puedo «servirlas»? ¿Desean comprar un cochecito quizás…?

Bets rio.

—No —dijo—. Queremos una bocina. Mi timbre no suena muy bien, y he pensado cambiarlo por una bocina para variar.

—Bien, tiene suerte —repuso el niño yendo hasta un estante del que cogió una bocina de goma—. Las hemos recibido la semana pasada. ¡Las primeras que llegan desde hace meses!

Los niños la probaron. Sonaba muy bien. ¡Mog-mog! ¡Mog-mog!

—¿Vende muchas? —le preguntó Pip mientras las niñas recorrían la tienda fingiendo mirarlo todo.

—Esta semana sólo he vendido tres —dijo el dependiente.

—¿Todas a ciclistas? —quiso saber Pip.

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó el chico—. ¡Los clientes no entran en la tienda con sus bicicletas!

Pip no sabía qué decir a continuación. Se unió a las niñas para examinar el interior de aquella tienda tan interesante.

—Tienen ustedes muchas cosas —exclamó Daisy—. ¿Recuerda los precios de todo?

—Claro, tengo muy buena memoria —repuso el chico—. ¡Al final del día recuerdo todo lo que he vendido!

—¡Cielos! —exclamó Daisy, admirada—. ¡Apuesto a que no recuerda también a todos los clientes!

—¡Oh, sí, ya lo creo! —dijo el dependiente con orgullo—. Nunca olvido una cara. ¡Nunca!

—Pues… yo apuesto a que no recuerda a los compradores de esas tres bocinas —insistió Daisy rápida como el rayo. ¡Pip y Bets pensaron que era muy lista!

—Creo que los recuerdo —dijo el chico—. Uno fue ese individuo que vive al final de la carretera, en Kosy-Kot. El segundo, un tipo de ojos muy extraños… uno azul y otro marrón… no sé su nombre ni le había visto nunca. Pero le reconocería si volviera a verle. Y el tercero era un niño gordo, que al parecer tenía mucha prisa.

«Ése es Fatty», pensaron los tres niños, y Daisy sonrió al muchacho de la tienda.

—¡Qué buena memoria tiene usted! —le dijo—. Es realmente una maravilla. Bueno, tenemos que marcharnos. ¿Tienes ya tu bocina, Bets? ¡Bien, entonces vámonos!

Y salieron de la tienda regocijados. ¡Podían ser pistas… vaya que sí!

Capítulo XI

Buscando más pistas

Pip se aburría en la confitería. En el exterior no había nada que ver aparte del viejo sentado en el banco. Nadie se acercó a él para nada. El señor Goon respiraba fatigosamente detrás de Pip; era evidente que aquel establecimiento resultaba muy caluroso para encerrarse en él en un día tan hermoso. Pip prolongó cuanto pudo su limonada y luego, ante el disgusto del policía, pidió un helado.

—Parece como si vosotros vivierais aquí —exclamó Goon al fin.

—Y usted también —replicó Pip—. Es una tienda muy bonita, ¿verdad?

El señor Goon no era de la misma opinión. Estaba harto de aquel lugar… ¡pero era el mejor para observar al viejo, de eso no cabía la menor duda!

—Parece que tiene usted calor —le dijo Pip con simpatía—. ¿Por qué no va a remar al río un rato? Allí hará fresco, señor Goon. Es una lástima pasar aquí sus días de fiesta.

El señor Goon lanzó uno de sus gruñidos. No estaba de fiesta, sino ocupado en un caso… en un caso muy importante. Y por razones de su sola incumbencia debía vestir de paisano, pero no podía explicárselo a aquel niño tan cargante. El señor Goon deseó que Pip fuese un mosquito, pues de un manotazo hubiera acabado con él.

Bets fue a relevarle, y Pip se alegró mucho al verla.

—¿Vas a tomar un helado? —le preguntó—. Bueno, siento no quedarme contigo, Bets. ¡Hasta la vista!

Se marchó, y ante la contrariedad del señor Goon, otro de los niños, Bets esta vez, se acomodó en la mesa junto a la ventana, con

la evidente intención de pasar allí un buen rato. Bets tenía miedo del policía; por eso le dio la espalda y no le dijo nada, limitándose a observar al viejo sentado en el banco. ¡Pensaba lo aburrido que debía estar el pobre Fatty!

Fatty tuvo un acceso de tos y Bets le contempló, alarmada. La tos parecía tan real que la niña estaba segura de que el pobre Fatty había pillado un resfriado terrible.

Luego siguieron una serie de sorbetones, estuvo buscando un pañuelo por todos sus bolsillos y al fin sacó uno de color rojo violento. Luego, poniéndose en pie, dio algunos pasos como si se hubiera quedado tieso de tanto estar sentado. Nadie en el mundo hubiera adivinado que pudiera tratarse de otra cosa que de un pobre viejo.

Bets disfrutó intensamente con su actuación. Sabía que Fatty lo estaba haciendo en su honor. A Fatty le gustaba la admiración de la niña, y se preguntaba si debía encender o no la pipa qué había llenado y tratar de fumarla. ¡Aquello habría de enloquecer a Bets!

Pero no se atrevió. Ya lo había probado y se sintió muy mal. De manera que se contentó con ponerse la pipa apagada en la boca, y conservarla así.

Todos los Pesquisidores se alegraron de que terminara aquel día. La verdad es que resultaba muy aburrido sentarse por turno en la horchatería en espera de que ocurriese oigo. Y en cuanto a Fatty, estaba terriblemente aburrido.

—Mañana pienso llevarme una buena cantidad de periódicos para leer —dijo—. No puedo pasarme las horas muertas llenando pipas, tosiendo y sorbiendo. Y todo para nada. Nadie me ha entregado ningún mensaje ni nada.

—Sin embargo, nosotros descubrimos algo interesante en la tienda de las bocinas —dijo Bets, contando a Fatty las características de los dos hombres que habían comprado bocinas aquella semana.

—Uno vive en Kosy-Kot, y el otro tiene los ojos muy extraños —explicó—. El dependiente dijo que no sabía dónde vivía. Y la tercera persona que compró una bocina, fuiste tú, naturalmente.

—¿Entonces en esa tienda no han vendido más que tres bocinas en todos estos meses? —exclamó Fatty, sorprendido.

—No las han recibido hasta la semana pasada —dijo Pip—. Por eso no podían venderlas. De manera, que si ese individuo que habló contigo el otro día en el banco «es» un miembro de la banda, o vive en Kosy-Kot… o anda por ahí con un par de ojos muy raros… ¡uno azul y otro castaño!

—Será mejor que probemos primero en Kosy-Kot —dijo Fatty, satisfecho—. Lo habéis hecho muy bien, Pesquisidores. ¿Cómo conseguisteis la información?

—Pues en realidad la consiguió Daisy —repuso Pip contando a Fatty lo que había ocurrido. Fatty dio unas palmaditas en la espalda de la niña.

—Muy bien —le dijo—. Fuiste muy rápida y demostraste gran inteligencia. Y ahora…, ¿quién va a probar suerte en Kosy-Kot?

—¿Verdad que es un nombre horrible? —dijo Pip—. ¿Por qué escogerá la gente nombres así? ¿No podríamos ir mañana al pueblo y hacer averiguaciones? Ahora es ya muy tarde.

—Bien —replicó Fatty—. Lo haremos mañana. No tendré que disfrazarme de viejo hasta la tarde, así que podré ir con vosotros. Nos encontraremos en casa de Pip mañana a las diez en punto.

Así que a las diez en punto estaban todos allí, incluyendo a «Buster». Emprendieron la marcha hacia Kosy-Kot. Encontraron a un cartero y él les dijo dónde estaba el sitio que buscaban.

No tardaron en encontrarlo. Era un pequeño «bungalow» situado en el centro de un cuidado jardincito. En la parte posterior había un cobertizo.

—¡Apuesto a que ahí es donde guarda la bicicleta! —dijo Fatty —. ¿Y ahora cómo hacemos para atisbar el interior?

—¡Ya lo sé! —exclamó Pip—, yo llevo una pelota. La tiraré dentro del jardín, y luego iré a pedir permiso para recogerla… y tú puedes mirar dentro del cobertizo, Fatty. Si dentro hubiera una «bici» con bocina, esperaremos a que salga el hombre que vive en esta casa para ver si le reconocemos como el que habló contigo. Es posible que también reconozcamos la bicicleta si la vemos.

Aquel plan parecía bueno y sencillo. Así que Pip se dispuso a ponerlo en práctica. Arrojó la pelota osadamente, y ésta fue a caer dentro del jardín, chocando contra la pared del cobertizo.

—¡Atiza! —exclamó Pip en alta voz—. Mi pelota ha caído en ese

jardín.

—Iremos a pedir que te dejen entrar a recogerla —repuso Daisy.

Se aproximaron a la verja del jardín y llegaron hasta la puerta principal.

Les abrió una mujer.

—Por favor, nuestra pelota ha caído en su jardín —le dijo Pip—. ¿Podemos recogerla?

—Sí, pero no piséis encima de los parterres —repuso la mujer cerrando la puerta. Los niños fueron a la parte posterior de la casa, y ante su disgusto vieron allí a un hombre que estaba cavando.

—¿Qué queréis, niños?

—¡Oh… perdone, pero su esposa nos ha dicho que podíamos entrar a coger nuestra pelota! —dijo Fatty, cortés—. Espero que no le moleste.

—Bien, entonces cogedla —replicó, el hombre volviendo a cavar. Fatty fue hasta el cobertizo simulando buscar por sus alrededores. La puerta estaba abierta y pudo ver su interior. Estaba lleno de herramientas de jardinería y sacos viejos… pero allí no había ninguna bicicleta. ¡Qué contrariedad!

—¿No la habéis encontrado? —les preguntó el hombre acercándose a mirar también. Entonces Fatty recogió la pelota tras lanzar una exclamación. Miró al cercano cobertizo.

—Estos cobertizos son muy útiles, ¿verdad? —dijo—. Van muy bien para guardar bicicletas. Ojalá yo tuviera uno como éste.

—¡Oh!…, yo no voy nunca en bicicleta —repuso el hombre—. No tenemos ninguna. Lo uso sólo para guardar las herramientas del jardín.

—Oh —exclamó Fatty—. Bueno… gracias por dejarnos coger la pelota. Ahora nos iremos.

Salieron a la carretera y la atravesaron para poder hablar.

—¡No tiene bicicleta! Pero ese chico de la tienda dijo claramente que el hombre de Kosy-Kot compró una bocina —dijo Bets indignada—. «Tiene» que tener una bicicleta. ¿Por qué dice que no tiene ninguna?

—Es algo sospechoso —dijo Pip.

Continuaron andando intrigados. De pronto, al doblar la esquina oyeron el ruido de una bocina. ¡Mog-mog! ¡Mog-mog! Los niños se

agruparon, emocionados. ¡Una bocina! ¡Tal vez perteneciera al hombre de los ojos extraños! ¡Tal vez fuese su bicicleta la que iba a doblar la esquina inmediata!

Pero, por otro lado de la esquina, montado a una velocidad increíble, llegaba un niño en un triciclo. Atropello a Fatty, quien lanzó un grito y comenzó a saltar sobre una pierna sujetándose el otro pie con la mano.

—¡Idiota! ¿Por qué doblas la esquina de esa manera? —gritó Fatty.

—¡Bueno, ya he tocado la bocina! —replicó el niño indignado—. ¿No me has oído? He tocado así.

Y presionó fuertemente la goma de su bocina que sonó intensamente.

—Es una bocina nueva —dijo—. Mi papá me la ha comprado. Debierais haberos apartado de mi camino cuando me oísteis venir.

—No esperábamos un triciclo —replicó Pip—. Pensábamos que la bocina pertenecía a una bicicleta que venía por la calzada, no por la acera.

—Pues lo siento —replicó el niño volviendo a pedalear—. Pero yo toqué la bocina. Toco en cada esquina. Así.

«Meg-meg» hizo la bocina, y los cinco niños vieron cómo el niño se alejaba por la acera pedaleando rápidamente. Luego cruzó la calle y desapareció por la puerta de Kosy-Kot.

—Me dan ganas de decir: ¡Bah! —exclamó el pobre Fatty—. Perdiendo nuestro tiempo… y total para descubrir que la bocina pertenece al triciclo de un niño que casi me hace polvo un pie.

—No te importe —dijo Bets para consolarle—. Así podrás cojear «realmente» esta tarde cuando vuelvas a hacer de viejo.

Volvieron a casa de Pip. Les parecía inútil buscar al propietario de la otra bocina. No podían ir mirando el color de los ojos de todos los habitantes de Peterswood. El episodio del triciclo los había desanimado mucho.

—Yo creo que es un misterio muy «lento» —dijo Bets—. ¡Tendremos tiempo de volver al colegio antes de que hayamos «empezado» a resolverlo!

—¿Qué día es hoy? —preguntó Pip—. Veamos… debemos estar a siete de septiembre… no, hoy es ocho. ¡Cielos, la verdad es que no

nos queda mucho tiempo!

—Tal vez ocurra algo de pronto —exclamó Larry, esperanzado—. Ya sabéis que a veces ocurren las cosas más emocionantes de improviso, como si hirvieran de repente.

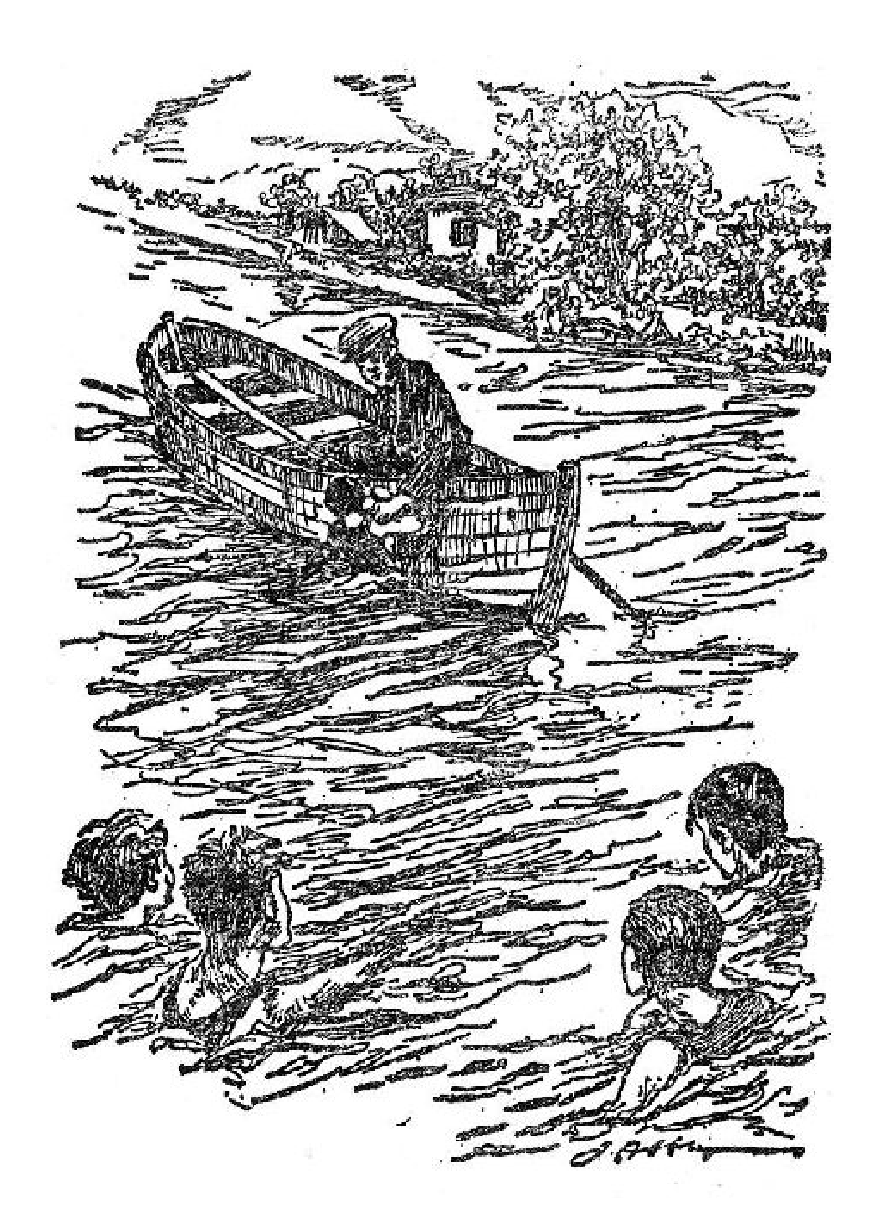
—Bueno, pues ya es hora de que ocurra esta vez —dijo Fatty—. ¡Ya lleva demasiado tiempo en la nevera!

Todos rieron.

—A mí no me importaría estar dentro de una nevera —replicó Daisy—. Vamos a buscar nuestros trajes de baño y démonos un chapuzón en el río. ¡Tengo tanto calor!

Así que fueron al río y pronto estuvieron chapoteando alegremente. Fatty era un experto nadador y capaz de cruzar a nado el río y volver. Bets se chapuzaba en el agua poco profunda, y los otros nadaban felices hacia la parte más honda.

Bets pensó que ella podría ir nadando hasta donde estaban, y se lanzó valientemente. No vio una balsa que avanzaba lentamente por el agua y antes de poder evitarlo, sintió un fuerte golpe en el hombro que le hizo lanzar un grito.



La balsa siguió adelante incapaz de detenerse, pero un bote que seguía detrás viró en redondo y un hombre la cogió manteniéndola a flote.

—Estás bien, ¿verdad? —le preguntó inclinándose sobre ella—. ¿Puedes nadar?

—Sí —replicó Bets comenzando a mover los brazos—. ¡Fatty!

¡Fatty! ¡Ven aquí enseguida!

Los niños nadaron hacia la asustada Bets, la ayudaron a alcanzar la playa y ella se quedó mirando el bote que se alejaba.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Oh, he dejado escapar la pista más maravillosa! ¡Pero no he podido evitarlo! ¡Oh, Fatty! El hombre que iba en el bote tenía los ojos muy raros… uno azul y otro castaño. No pude por menos de observarlo cuando me sostuvo por el hombro. Y ahora el bote se ha ido… ¡y ni siquiera me he fijado en el nombre!

—¡Oh, «Bets»! —exclamaron todos, y la niña pareció a punto de echarse a llorar—. ¿No te fijaste de qué color era, o en cualquier otra cosa? —preguntó Larry.

Bets meneó la cabeza.

—No… supongo que es porque estaba demasiado asustada. ¡Oh, cuánto lo siento! Era una pista tan maravillosa… y además un sospechoso… ¡y los he perdido a los dos!

Capítulo XII

¡Algo ocurre al fin!

Aquella tarde comenzaron a ocurrir cosas. Fatty disfrazóse una vez más de viejo (el auténtico se mantenía convenientemente oculto) y fue a sentarse al banco del pueblo, como de costumbre. Esta vez cojeando magníficamente, pues se le había hinchado el pie de resultas del atropello del triciclo.

Se había llevado un buen montón de periódicos para leer, y se sentó con sumo cuidado, como siempre, dejando escapar un ligero gemido.

En la tienda de enfrente estaba el señor Goon, vistiendo sus pantalones de franela y su camisa color crema de cuello abierto. Estaba agotado por el calor y deseando que llegara el mal tiempo… ¡con heladas y nieve a ser posible! El señor Goon no había sentido tanto calor en su vida como durante aquel verano.

Larry entró en el establecimiento para tomar una limonada. El señor Goon comenzaba a acostumbrarse a que siempre hubiera en la tienda uno de los Pesquisidores. No hizo caso a Larry, y parapetándose tras su periódico fijó sus ojos en el viejo que cabeceaba sentado al sol.

Parecía como si Fatty se hubiera quedado profundamente dormido. Larry bostezó deseando poder dormir también, cuando reparó en algo. En un portal oscuro de una tienda cercana había un hombre que parecía vigilar al viejo. ¿Estaría pensando en darle un mensaje?

El señor Goon también descubrió al hombre y se irguió. El hombre miraba a uno y otro lado de la calle, y luego encendió un cigarro chupándolo con fuerza.

El pueblo estaba desierto aquella tarde calurosa. Pasó un automóvil. Un perro dobló la esquina, se tendió en el suelo y quedó dormido. Larry y el señor Goon contemplaban a aquel hombre conteniendo la respiración.

El hombre cruzó la calle y estuvo unos minutos contemplando el escaparate de una tienda de aparatos de radio. Luego dirigióse hacia el banco y tomó asiento junto al viejo.

Fatty se hacía el dormido, pero vigilaba al hombre con el rabillo del ojo, y algo le dijo que aquél no era un compañero ocasional. Estaba allí con un propósito. Fatty se irguió de pronto como si despertara, y sorbió ruidosamente. Luego se secó la nariz con la manga y volvió a apoyarse sobre su bastón. Luego tosió con su horrible tos.

—¡Qué tos más espantosa tiene usted! —exclamó el hombre, y Fatty no le hizo caso recordando que era sordo. Volvió a toser.

—¡Qué voz más espantosa tiene usted! —repitió el hombre. Fatty se volvió, y colocando su mano detrás de la oreja lanzó su palabra predilecta.

—«¿Quéeesto?».

El desconocido rio, y sacando su pitillera, ofreció al viejo un cigarrillo. Sólo quedaba uno en la pitillera, y en cuanto Fatty lo hubo cogido, el hombre volvió a llenarla con un paquete.

—Gracias, señor —dijo Fatty con voz cascada guardándose el cigarrillo en el bolsillo. El corazón le latía con fuerza. Estaba seguro que el pitillo contenía algún mensaje. ¿Qué sería? No se atrevía a mirar al hombre cara a cara, pero esperaba que Larry estuviera tomando nota de sus ropas y demás detalles.

Así era. ¡Y lo mismo estaba haciendo el señor Goon!

Ambos se repetían mentalmente las mismas cosas: «Traje de franela gris. Camisa azul. Zapatos negros. Sin corbata. Sombrero de fieltro gris. Bigote. Alto. Delgado. Nariz larga. Ojos pequeños».

El hombre se puso en pie y se marchó, desapareciendo rápidamente al doblar la esquina. Fatty pensó que también él debía desaparecer rápidamente antes de que el señor Goon le alcanzara y le arrebatase el cigarrillo con el mensaje o lo que fuera. De manera que también él, con una agilidad insospechada en un hombre de sus años, dobló otra esquina a toda velocidad.

¡Y entonces vio algo sorprendente! Hacia él avanzaba el «verdadero» viejo, con sus pantalones de pana, su bufanda sucia y demás. Había salido a dar un paseo, aunque sin intención de ir a sentarse en el banco.

Fatty no quiso arriesgarse a que le viera, porque adivinó que le sorprendería y alarmaría la vista de su doble. Así que entró en el jardín más cercano escondiéndose detrás de un arbusto.

¡No le sobró ni un segundo! El señor Goon llegó corriendo… y al doblar la esquina casi tropieza con el viejo. Le sujetó con fuerza.

—¡Ah! ¡Te cogí! ¡Ahora dame ese cigarrillo enseguida!

El viejo parecía muy alarmado, y se apartó del rostro enrojecido del señor Goon, sin saber quién era, puesto que no reconoció al policía sin su uniforme.

—¿Dónde está ese cigarrillo? —jadeó el señor Goon.

—«¿Quéeesto?» —preguntó el viejo. Goon oyó pasos a sus espaldas y vio a Larry que se quedó horrorizado al ver que el policía había alcanzado al viejo que él creía era Fatty. Se quedó allí cerca para ver qué ocurría. El viejo trataba por todos los medios de libertarse, pero el policía lo sujetaba con fuerza.

—Déjeme —decía el viejo—. ¡Llamaré a la policía! ¿Entiende? ¡Cogerme de esta manera! ¡Avisaré a la policía!

—¡Es la policía quien le tiene cogido! —exclamó Goon sacudiéndole—. ¡Yo soy «Goon»! ¡«Goon el policía»! ¡Y quiero ese «cigarrillo»!

Aquello fue demasiado para el pobre viejo, y casi se desmayó de miedo. No tenía la menor idea de lo que Goon deseaba de él, ni sabía por qué le exigía la entrega de un cigarrillo.

—Tome mi pipa —dijo el hombre tratando de sacarla de su bolsillo—. Tome mi pipa y déjeme marchar. Yo no he hecho nada.

El señor Goon, con un gruñido, cogió al viejo por el cuello de su chaqueta y le hizo avanzar calle abajo.

—Tiene que venir conmigo a la comisaría —le dijo—. ¡Y allí le registraré hasta encontrar ese cigarrillo! ¡Ya verá!

Larry les miró marchar muy asustado, pues seguía creyendo que era a Fatty a quien el señor Goon había apresado, y se llevó el mayor susto de su vida cuando de pronto vio a otro hombre que salía de detrás de un arbusto e iba hacia él.

—¡Larry! ¿Se han ido ya? —dijo este viejo con voz de Fatty, y Larry casi se muere del susto.

—¡«Fatty»! ¡Yo pensé que eras tú el que iba con Goon! Cielos, me alegro de que estés aquí.

Fatty llegó junto a Larry.

—¡El viejo auténtico venía hacia aquí cuando yo escapaba para que no me cogiera Goon! —le explicó Fatty con una sonrisa—. Así que me metí en ese jardín y me escondí detrás de ese arbusto, y Goon detuvo al viejo pidiéndole el cigarrillo que no tenía. ¡Uf! ¡Éste sí que ha sido un momento difícil!

—¡Fatty! ¿Hay algún mensaje en el cigarrillo? —preguntó Larry con ansiedad—. ¿Podremos averiguar algo? Vi que ese individuo te daba uno. Le estuve observando mucho rato. Lo mismo que Goon.

—Vamos a casa de Pip —dijo Fatty—. Allí estaremos más seguros que en ningún otro sitio, porque su jardín es muy grande. No vengas conmigo. Ve delante, y cuando dobles una esquina, silba, si tienes que advertirme algo.

Larry echó a andar delante. No silbó en ninguna esquina porque parecía que no hubiera nadie en Peterswood aquella tarde de septiembre. A los diez minutos Fatty estaba a salvo en la glorieta de Pip. No se quitó sus andrajos de mendigo porque no tenía otra ropa que ponerse. Aguardó a que Larry fuera a buscar a los otros, esperando que aquella tarde no se le ocurriera asomar la nariz por la glorieta a ninguna persona mayor. ¡No les hubiera agradado encontrar allí a un sucio vagabundo!

Fatty estaba deseando examinar el cigarrillo y ver lo que contenía, pero aguardó pacientemente hasta que llegaron los demás y entraron en la glorieta con rostros excitados.

—¡Fatty! ¡Larry nos ha contado todo! ¿Qué dice el mensaje? ¿Había alguno en el cigarrillo? ¿Lo has mirado ya?

—Claro que no. Os he esperado —dijo Fatty sacando el cigarrillo en su bolsillo.

El cigarrillo era bastante grueso. Había tabaco en cada uno de sus extremos, pero cuando Fatty hubo sacado un poco de tabaco, descubrió que el centro del cigarrillo no contenía tabaco… ¡sino un rollo de papel!

—¡Oh! —exclamó Bets que estaba tan emocionada que apenas

podía respirar—. ¡Un mensaje secreto! ¡Oh, Fatty!

Fatty desenrolló el papel alisándolo con la mano, y los cinco se inclinaron sobre él. «Buster» también quiso saber de qué se trataba, pero nadie le hizo el menor caso.

El mensaje resultó ser muy complicado y desconcertante. Todo lo que decía era:

«Uno bote de betún negro.
Una libra de arroz.
Una libra de té.
Dos libras de jarabe.
Un saquito de harina.»

—¡Vaya! ¡Sólo es una lista para una tienda! —exclamó Daisy—. Igual a la que nos da mamá a Larry y a mí cuando vamos a comprar. ¿Qué significa esto, Fatty?

—No lo sé —replicó Fatty—. Tiene que significar algo. Espero que no sea una clave secreta.

—¿Qué es una clave secreta? —preguntó Bets.

—¡Oh, pues un medio de escribir mensajes para que no los entienda nadie más que la persona que lo recibe! —repuso Fatty—. Pero no sé por qué, no creo que ésta sea una clave. Al fin y al cabo debía leerlo y entenderlo ese viejo y estoy seguro de que su inteligencia no llega para descifrar claves.

—¿No podría haber otro mensaje escrito con tinta secreta? —exclamó Pip de pronto—. Ya sabes que tú me enseñaste a escribir mensajes secretos entre las líneas de una carta ordinaria, ¿no es cierto, Fatty? Bueno, pues, ¿no podría haber un mensaje escrito entre estas líneas, con tinta invisible?

—Sí, es posible —replicó Fatty—. ¡Y eso es lo que creo que encontraremos! Bien, Pip. ¿Puedes darme un hierro caliente? Si lo pasamos sobre el papel aparecerá el mensaje.

Pip echó a correr. Precisamente Gladys estaba planchando en la cocina, y aunque se quedó muy sorprendida cuando Pip le pidió prestada la plancha caliente por unos minutos, se la dejó. Llegó corriendo a la glorieta con la plancha en la mano.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Aquí tienes. Pon el papel bien

plano sobre la mesa de madera. Eso es. Ahora yo pasaré la plancha por encima.

Pasó la plancha caliente por encima del pedazo de papel. Luego lo cogió para mirar el mensaje.

—¡Mirad… está apareciendo otro entre las líneas del anterior! —dijo Daisy, excitada—. ¡Plánchalo otra vez, Pip, deprisa! ¡Oh, esto es demasiado emocionante para hablar!

Pip volvió a planchar el papel… y esta vez apareció otro mensaje con toda claridad. Las palabras iban surgiendo en un extraño color gris-castaño, y comenzaron a desaparecer casi en cuanto los niños las hubieron leído.

«Dilo al Número 3. Exposición figuras de cera, martes nueve noche. - Número 5.»

—¡Cáscaras! —exclamó Pip—. ¡Mirad esto! Dile al Número 3. Ése debe ser un miembro de la banda. Y el número 5 otro.

—Exposición figuras de cera, martes, a las nueve noche —dijo Fatty, y sus ojos brillaron—. De manera que ése es uno de sus lugares de reunión. En la exposición de figuras de cera. ¡«Ahora» ya sabemos algo!

—Sí —dijo Bets—. ¿Para qué se reunirán, Fatty?

—No lo sé… pero he de descubrirlo —replicó Fatty—. ¡Porque yo estaré allí el martes por la noche!

Capítulo XIII

En las garras del señor Goon

Los niños se excitaron mucho al oír las palabras de Fatty.

—¡Qué! ¡Ir a la exposición de figuras de cera y asistir a la reunión de la banda! —exclamó Larry—. ¡No te atreverías! ¡Te descubrirían por mucho que te escondieras!

—Es el único medio de descubrir quiénes son de la banda —repuso Fatty—. Yo les veré, les oiré hablar y trazar sus planes… ¡palabra que hemos tenido «suerte»!

—No es de extrañar que Goon quisiera apoderarse de ese cigarrillo —comentó Daisy—. ¡Hubiera dado cualquier cosa por conocer este mensaje!

—Se estará preguntando qué es lo que habrá hecho de él aquel pobre viejo —dijo Fatty sonriendo—. Le habrá registrado de la cabeza a los pies… ¡pero no habrá encontrado el cigarrillo!

Estuvieron hablando animadamente durante un rato y luego Fatty dijo que debía ir a su casa para quitarse aquellas ropas calurosas y malolientes. Los otros le acompañaron hasta la verja dejando a «Buster» atado en la glorieta.

Entretanto el señor Goon había sufrido una gran desilusión. No encontró ningún cigarrillo encima de aquel viejo, y estaba furioso e intrigado y gritaba al pobre anciano con el rostro cada vez más enrojecido.

—Te quedarás aquí hasta que me digas lo que has hecho de ese cigarrillo, ¿entiendes? —gritaba—. Te encerraré hasta que hables. Vamos… ¿me lo dices ahora?

El viejo se había sumido en un mutismo absoluto. No sabía nada de ningún cigarrillo, no había estado sentado en el banco, ni sabía

tampoco de qué le hablaba aquel policía malhumorado. Así que enmudeció, lo cual puso a Goon más furioso que nunca.

—¡Bien! —exclamó Goon al fin poniéndose en pie—. Mañana, volveré a hablar contigo.

Y yendo a su casa se puso el uniforme, y luego decidió ir a ver a «ese niño Larry» y preguntarle si también él había observado cómo aquel hombre entregaba un cigarrillo al viejo aquella tarde. Al señor Goon no dejaron de intrigarle las enérgicas negativas del viejo respecto al cigarrillo, pero Larry podía haberle visto y servirle de testigo.

Pero Larry no estaba en su casa.

—Pregunte en casa Hilton —le dijo la madre de Larry—. ¡Oh!…, espero que los niños no se hayan portado mal, señor Goon.

—Er… no… por un milagro, esta vez no, señora —replicó Goon alejándose majestuosamente.

Llegó a casa de Pip en el momento en que los niños acompañaban a Fatty, aún disfrazado de viejo, hasta la puerta de la verja. Fatty miró a Goon, y Goon le miró a él sin poder dar crédito a sus ojos. ¡Vaya! ¿Acaso no acababa de encerrar a aquel hombre? ¡Y allí estaba otra vez, libre y paseando! El señor Goon comenzó a pensar que estaba viviendo una horrible pesadilla.

—Er… buenas tardes, señor Goon —le dijo Larry, pero el señor Goon no le hizo caso.

—¡Eh, tú! —dijo agarrando a Fatty de un brazo—. ¿Cómo has escapado? ¿Acaso no acabo de encerrarte? ¡A dónde vamos a ir a parar, eso es lo que quisiera saber! ¡Acabo de encerrarte y te encuentro paseando con la mayor frescura!

El señor Goon estaba tan sorprendido y extrañado que a Fatty le entraron unas ganas terribles de echar a reír. Estaba perdido y no sabía qué decir.

—«¿Quéeesto?» —dijo al fin llevándose la mano detrás de la oreja.

Aquello fue demasiado para el señor Goon, y cogiendo a Fatty por el cuello de su chaqueta le hizo avanzar rápidamente por el camino.

—¡Ya te has burlado bastante de mí! —dijo el contrariado Goon —. No sé cómo habrás salido… pero voy a encerrarte otra vez… ¡y

esta vez yo mismo cerraré la puerta con llave! ¡Y allí te quedarás hasta que recuperes el sentido común, así tardes un mes!

A Fatty aquello no le gustó nada, y no sabía si descubrir o no a Goon el secreto de su disfraz, pero antes de que hubiera tomado una determinación ya estaban en la comisaría. El señor Goon abrió una puerta y Fatty fue introducido en una habitación estrecha y oscura.

¡Y allí estaba el verdadero viejo, que se quedó mirando a Fatty de hito en hito! El viejo dejó escapar un gemido. ¡Empezaba a creer que debía haberse vuelto loco! ¡Pues no estaba allí contemplándose a sí mismo! ¿Qué es lo que ocurría?

El señor Goon oyó el gemido y miró dentro de la habitación… ¡y entonces vio a los «dos» hombres! Exactamente iguales como dos guisantes de la misma vaina. El señor Goon dejóse caer pesadamente en una silla enjugándose la frente con un enorme pañuelo. Estaba aturdido. Cigarrillos que desaparecían, hombres que encerraba y hombres que se escapaban… ahora dos viejos exactamente iguales… bueno, el señor Goon comenzó a creer que estaba dormido y soñando en su propia cama y en su propia casa, y deseó ardientemente poder despertar pronto.

—¡Sáqueme de aquí! —exclamaba el auténtico anciano, y quiso pasar por delante de Goon, pero éste le sujetó. No iba a consentir que hubiera más desapariciones. Pensaba llegar a «la raíz de la cuestión».

Fatty, viendo que las cosas habían llegado ya bastante lejos, y no deseando que sus padres se enterasen de que había estado encerrado en la comisaría, habló al señor Goon con su voz natural, dando al pobre hombre otro susto de muerte.

—¡Señor Goon! ¡Yo no soy un viejo de verdad, sino Federico Trotteville!

El señor Goon se quedó boquiabierto, y tragó saliva un par de veces mirando fijamente a Fatty como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Fatty se arrancó la barba, y el señor Goon pudo ver que en efecto era Fatty. Arrastró al niño fuera de aquella oscura habitación, cerró la puerta de golpe, echó la llave y llevó a Fatty a su despacho.

—¡Ahora me explicarás el significado de todo esto! —le dijo.

—Bueno —dijo Fatty—, es una larga historia, pero se lo contaré todo, señor Goon —y se puso a contarle todo lo que los Cinco

Pesquisidores habían hecho, y de cómo se había disfrazado de viejo para sentarse en el banco y conseguir el mensaje de la banda.

—¿Qué hay de ese cigarrillo? —preguntó el señor Goon cuando hubo recuperado un poco de aliento—. ¡Eso es lo más importante!

—¿De veras? —dijo Fatty simulando sorprenderse—. Pues, naturalmente, lo deshicimos, señor Goon, y dentro encontramos una nota sin importancia… tan sólo una lista para un colmado. Sufrimos una terrible desilusión; ya puede figurárselo.

Fatty no pensaba decir al señor Goon que él y los otros habían descubierto el verdadero mensaje… las líneas escritas con tinta invisible. No, eso lo guardaría para sí, iría para ver que lograba averiguar en la reunión del martes noche. Deseaba descubrir el misterio, él, Fatty, el jefe de los Pesquisidores, sin detenerse a pensar si era o no peligroso.

El señor Goon cogió el mensaje, lo extendió, y frunció el ceño. Lo estuvo leyendo varias veces.

—Debe ser una clave —dijo—. Miraré mi libro de claves. Déjame este papel.

—Er… bueno… voy a irme ya —dijo Fatty tras haber contemplado durante varios minutos cómo Goon estudiaba la lista de ultramarinos con el ceño fruncido.

—Si no me hubieras dado este pedazo de papel te hubiese encerrado —dijo el señor Goon—. Siempre entorpeciendo el trabajo de la Ley. Eso es lo que hacéis vosotros cinco. ¡Oh!…, ya sé que crees que tienes un buen amigo en el inspector Jenks, pero uno de estos días descubriréis que está harto de vosotros, ¿entiendes? ¡Y cuando yo consiga mi ascenso, ya os podéis preparar!

—¡Oh, me «prepararé»! —dijo Fatty con vehemencia—. Gracias por prevenirme, señor Goon. Er… ¿y qué hará con ese individuo? ¿Piensa conservarlo encerrado?

—Sí —replicó el señor Goon—. Y tu propio sentido común te dirá por qué… eso suponiendo que tengas algo, lo cual dudo mucho. No quiero que avise a la banda de que estoy sobre su pista. Si está aquí, ante mis narices no podrá advertirles.

—Creo que tiene usted razón, señor Goon —dijo Fatty en tono solemne—. No puedo estar más de acuerdo con usted. Yo creo.

—Estoy harto de ti —le atajó Goon—. Lárgate antes de que

cambie de opinión y te encierre. Estoy verdaderamente harto de ti. Estorbando, entrometiéndote… disfrazándote. ¡Bah!

Fatty se fue a su casa, donde rápidamente se cambió sus ropas de viejo mendigo, y luego salió disparado hacia la casa de Pip para contarles todo lo ocurrido.

—Tuve que darle el mensaje del cigarrillo, mala suerte —dijo—. Era la única manera de apaciguarle. Pero no creo que le saque pies ni cabeza, y apuesto a que no busca un mensaje secreto como nosotros. ¡Debierais haber visto su cara cuando me metió en la misma habitación que el viejo auténtico y nos vio a los dos juntos! ¡Creí que se desvanecería convirtiéndose en humo!

Los otros rieron. Estaban muy contentos al ver a Fatty de vuelta sano y salvo. Bets le había imaginado preso en una celda horrible comiendo sólo pan y agua.

—Piensa tener al viejo bajo su vigilancia durante unos días —explicó Fatty—, por si acaso diera el soplo y avisara a los miembros de la banda. Me alegro de que lo haga. Supongo que en la reunión se preguntarán por qué no aparece el número 3. ¡Bueno, que se lo pregunten!

—Yo creo que es muy peligroso que vayas el martes a la exposición de figuras de cera —exclamó Daisy—. Yo creo que debieras decírselo al inspector, Fatty.

—No, no —respondió Fatty—. Quiero resolver este misterio antes de volver a ver al inspector. No me ocurrirá nada.

—No sé cómo puedes estar tan seguro —dijo Larry, quien estaba de acuerdo con Daisy en que podía resultar peligroso—. Esos hombres no serán tan tontos como para celebrar su reunión sin asegurarse de que nadie les espía.

—¡No me descubrirán! —exclamó Fatty—. ¡Iré disfrazado!

—No creo que eso te sirva de nada —replicó Larry—. Aunque vayas disfrazado serás un extraño para ellos, y querrán saber quién eres.

—No seré un extraño para ellos —dijo Fatty, exasperado—. Ni tampoco para vosotros.

Los otros le miraron.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Pip al fin—. ¿Qué te propones?

—Seré alguien a quien la banda estén acostumbrados a ver, si es que han celebrado antes otras reuniones en la exposición de figuras de cera. ¡Me conocerán tan bien que ni siquiera se molestarán en mirarme!

—¿Qué quieres decir? —exclamó Daisy que empezaba a irritarse—. No empieces con acertijos tontos.

—Bien —dijo Fatty bajando su voz hasta convertirla en un susurro misterioso—, pues… ¡me disfrazaré de una de las figuras de cera, tonta! ¡Creo que de Napoleón, porque soy bastante gordo, como él!

Hubo un silencio absoluto mientras todos los Pesquisidores miraban a Fatty con la mayor admiración. ¡Qué idea! ¡Ningún miembro de la banda sospecharía de las figuras de cera! Bets se imaginó a Fatty tieso y erguido como el Napoleón de cera mirando fijamente ante sí… sin ver ni oír nada.

—¡Qué idea más maravillosa! —exclamó Larry al fin—. ¡Oh… Fatty!…, a mí no se me hubiera ocurrido nunca aunque hubiese estado pensado un mes. Estarás en la guarida del león… ¡y ni siquiera te «olfatearán»!

—«Es» una idea bastante buena, ¿no? —dijo Fatty pavoneándose un poco—. Eso es lo que me pasa… que siempre tengo ideas buenas. El profesor de mi clase del curso pasado dijo que mi imaginación era…

Pero los otros no deseaban oír lo que había dicho el profesor de Fatty, sino hablar del martes por la noche y de lo que Fatty iba a hacer.

¡El martes por la noche! Bets se emocionaba sólo de pensarlo. Aquel misterio estaba resultando demasiado excitante para expresarlo en palabras. ¡Oh… la noche del martes!

Capítulo XIV

Una idea muy osada

Aquel fin de semana transcurrió muy lentamente. ¡Cuánto tardaba en llegar el martes! Lo único que lo animó fue que en dos o tres ocasiones que los niños se cruzaron con el señor Goon, Fatty llevaba escondida la bocina debajo de la chaqueta y la hizo sonar en cuanto le hubieron pasado.

Aquello le hacía pegar un respingo y detenerse para mirar a su alrededor con la esperanza de descubrir al ciclista que se había detenido a hablar con el viejo. Pero, claro, no le veía nunca, y a la tercera vez miró a los niños con recelo.

—¿Habéis oído una bocina? —les preguntó. Y todos asintieron vigorosamente con la cabeza.

—¿Entonces habéis visto también una bicicleta? —les dijo el policía.

—¿Una «bici»? ¿Corriendo sola con una bocina? —preguntó Pip, y los otros sonrieron.

—¡Bah! —exclamó el señor Goon enfadado como de costumbre —. ¡Largaos! ¡No me extrañaría que llevarais una bocina sólo para molestarme al pasar!

—Se está volviendo inteligente, ¿verdad? —dijo Larry cuando se alejaban—. No me sorprendería que uno de estos días consiguiera el ascenso. La verdad es que está haciendo uso de su cerebro. Será mejor que no volvamos a tocar la bocina al pasar junto a él. Es capaz de quejarse de nosotros si lo hacemos… y desde que fue a mi casa un día preguntando por mí, mi madre no deja de advertirme que no me meta en líos.

Fatty se estaba preparando afanosamente para el martes por la

noche. Sabía lo importante que era, y también, que a menos de que todos los detalles fuesen perfectos, podría correr un peligro considerable.

Fatty y los otros pasaron muchos ratos en la exposición de figuras de cera ante la sorpresa del muchacho pelirrojo, puesto que allí hacía mucho calor, y durante aquellos días muy poca gente la visitaba.

Pero Fatty tenía que estudiar la figura de Napoleón con sumo cuidado. Tenía intención de introducirse en la exposición el martes por la noche, como fuese, y vestirse con las ropas de Napoleón. ¿Le sentarían bien? Le preguntó a Daisy qué le parecía.

—Sí, yo creo que te irán muy bien —dijo mirando primero a Napoleón y luego a Fatty—. Será mejor que te traigas algunos imperdibles por si acaso. Yo diría que el sombrero es de tu medida. ¿Y el cabello, Fatty?

—Eso puedo arreglarlo muy bien —replicó Fatty—. Creo, que me servirá el mío si lo aliso hacia delante y saco algunos mechones por debajo del sombrero como el viejo Napoleón. Y es… no sé lo que tú opinarás… ¿pero verdad que mis facciones se parecen bastante a las de Napoleón?

Los otros le miraron.

—Pues yo no veo «el menor» parecido —dijo Pip con sinceridad —. Ni el más remoto.

—¿«Quieres» parecerte a Napoleón? —dijo Bets, sorprendida—. La verdad es que no es nada guapo. Y no me gustan esos hombres que van por ahí pensando que van a conquistar el mundo entero. Claro que Napoleón debió ser muy inteligente, y tú también lo «eres», Fatty. Pero, aparte de ser gordo e inteligente, no veo que te parezcas a Napoleón.

Fatty dio por terminado su estudio. Miró una vez más la figura de Napoleón, con su espléndido uniforme, su sombrero de tres picos, medallas, charreteras y estrellas. Era un uniforme muy bonito y Fatty estaba deseando verse dentro de él. Bueno, ahora ya no tendría que esperar mucho tiempo.

Trató de recordar exactamente el ángulo de inclinación del sombrero de Napoleón, el modo de colocar las manos y su mirada estática fija en el vacío. Por fortuna, Napoleón estaba en la primera

fila de figuras, de manera que Fatty, como Napoleón, podría verlo y oírlo todo muy bien. Un ligero estremecimiento recorrió su espalda al pensar que estaría allí, completamente inmóvil, escuchando los planes de la banda y procurando recordar el aspecto de cada miembro.

Era una idea verdaderamente osada. Ninguno de los otros Pesquisidores se hubiera atrevido a ponerla en práctica, pero claro, Fatty era capaz de todo. Bets estaba convencida de que no habría de movérsele ni un cabello si encontrase a un león rugiente como los que ella veía en sueños, y que la asustaban terriblemente. Lo más probable era que Fatty le hablase con amabilidad y le acariciase, y el león se tumbaría en el suelo patas arriba para que Fatty le hiciera cariñosas cosquillas en el estómago… ¡lo mismo que «Buster»!

El muchacho pelirrojo, al ver su repentino interés por Napoleón se acercó a ellos con curiosidad.

—¿Qué es lo que os resulta tan interesante? —les dijo—. ¿Quién es? ¡Ah! Napoleón. ¿Quién fue? ¿Una especie de soldado?

—¿No lo «sabes»? —exclamó Bets, asombrada—. ¿Es que en el colegio no te enseñen historia?

—Nunca he ido a la escuela —replicó el muchacho pelirrojo—. Pertenezco a la feria, y nosotros los niños apenas asistimos a la escuela. Vamos siempre de un sitio a otro, y antes de que hayamos ingresado en un colegio, ya nos hemos de trasladar otra vez. Sé leer; pero escribir, eso sí que no.

—¿Por qué estás en la exposición de figuras de cera? —le preguntó Fatty—. ¿Es que esta sala pertenece a la gente de la feria?

—¡Oh, no…! Sólo la tienen alquilada —repuso el chico—. Las figuras de cera pertenecen a un tío mío. Es el individuo que se ocupa del tiro de anillas. Yo solía ayudarle, pero ahora tengo que cuidar de las figuras de cera, y es muy aburrido.

Fatty se preguntaba si entre los feriantes habría algún miembro de la banda de ladrones.

Era bastante probable. Bien, pues el martes por la noche lo sabría.

Los niños fueron a estudiar cuidadosamente otras figuras para que el muchacho pelirrojo no sospechara de su repentino interés por Napoleón. Dieron también una buena ojeada a la figura de cera

del policía. ¡La verdad es que se parecía mucho al señor Goon! Allí estaba en la segunda fila, no lejos de Napoleón, con su casco completamente recto, el barboquejo rodeando su barbilla y el cinturón bien ceñido.

El muchacho pelirrojo salió fuera unos minutos, y Fatty fue de nuevo ante el Napoleón para estudiar bien sus ropas y asegurarse de que podría quitárselas con facilidad a la figura de cera.

—Espero que no estén «sujetas» por ningún sitio —dijo a los otros con ansiedad, y Daisy tiró de ellas.

—¡Oh, no! —dijo—. Las lleva puestas igual que nosotros. Y, mira, los pantalones los lleva sujetos por tirantes. Todo irá bien, Fatty. Pero tendrás que venir aquí mucho antes de las nueve, o no tendrás tiempo de desnudarte y de desnudar a Napoleón, y luego a vestirte.

—Quisiera que no lo hicieses, Fatty —dijo Bets mirándole con ojos asustados—. No podré soportar el pensar que estás aquí tan cerca de la banda… ¿y qué te harían si te descubrieran?

—No me descubrirán —replicó Fatty—. Yo no he de traicionarme, de eso puedes estar segura. He estado ensayando el estar de pie e inmóvil en mi habitación, horas y horas en la misma posición. «Buster» no podía comprenderlo. ¡Hizo cuanto pudo para que me moviese!

Los otros rieron. Se imaginaban a Fatty de pie en su dormitorio completamente inmóvil, y a «Buster» tratando de arrancarle un movimiento o una palabra.

—Vamos… hemos de irnos ya —dijo Fatty—. Aquí hace un calor terrible. Hola… ahí está Goon… ¡otra vez de uniforme! Debo confesar que está mejor de uniforme que de paisano. ¡Y no es que esté bien de ninguna manera!

El señor Goon estaba de pie junto a la entrada de la exposición de figuras de cera, y al parecer se disponía a entrar. Al ver a los niños frunció el entrecejo. ¡Aquellos niños aparecían por todas partes!

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les preguntó en tono que denotaba sospecha.

—Pasando el rato, señor Goon, pasando el rato —dijo Fatty—. Y «usted», ¿qué hace aquí? ¿Han terminado sus vacaciones? Debe

echar de menos sus paseítos hasta la tienda de los refrescos.

«Buster» estaba sujeto a su correa, o de otro modo se hubiera abalanzado sobre su enemigo, pero Fatty, viendo la sombría mirada del señor Goon, se apresuró a apartarle.

—¡Quisiera saber lo que ha hecho con la lista del colmado! —dijo Daisy riendo por lo bajo—. Supongo que la habrá puesto entre sus pistas. ¡Bueno, nosotros sabemos mucho más que él!

Bets quiso volver a la orilla del río, de manera que los otros fueron también con intención de regresar a sus casas por el camino que lo bordeaba. Bets miraba intensamente a todos los ocupantes de los botes, y Pip lo observó.

—¿Por qué miras tanto a la gente que va en los botes?

—No es que los mire —replicó Bets—. Estoy buscando a un hombre que tenga los ojos extraños, eso es todo. Ya sabes que vi al hombre con un ojo de cada color en un bote… cuando la balsa chocó contra mí… y puede que vuelva a verle.

—¿Y qué harías si le vieras? —quiso saber Pip—. ¿Saltar sobre él y detenerle?

—Bets ha tenido una buena idea —dijo Fatty que siempre estaba pronto a defender a la niña—. Después de todo si ese hombre estuvo una vez en un bote puede volver a estarlo. Y si le viéramos en el río, podríamos ver el nombre de la barca, si era de propiedad particular, y descubrir el nombre del propietario.

—Lo malo es que la gente va tan de prisa que es difícil distinguir el color de sus ojos —dijo Bets.

—Escucha, Fatty, ¿cómo vas a conseguir que tu cara adquiera el tono rosado que tiene la de Napoleón? —le preguntó Larry mirando el rostro moreno de Fatty.

—Es bien fácil —replicó Fatty—. Pondré una ligera capa de cera rosada encima de mi cara y dejaré que se seque. Sé cómo hacerlo. Lo explica un libro que tengo.

Fatty tenía una extraña colección de libros, y en ellos parecía encontrar todo lo que le hacía falta.

—Eso tendrás que hacerlo antes de salir de tu casa, ¿verdad? —le preguntó Daisy, y Fatty asintió.

—Sí. Larry tendrá que venir conmigo si la noche no es bastante oscura para esconderme y advertirme si se acerca alguien que

pudiera descubrirme. Pero ahora que no hay luna no es fácil que vea gran cosa en la oscuridad.

—¡Tengo ganas de que llegue el martes! —exclamó Bets—. ¡Apenas puedo esperar! ¡Ojalá pudiera verte vestido de Napoleón, Fatty! Estarás magnífico. ¡Oh, martes, date prisa en llegar!

Capítulo XV

Por fin llega la noche del martes

Al fin llegó la noche el martes. En cierto modo era una noche nublada que daba a entender que la tan esperada lluvia iba a llegar. Había refrescado un poco, cosa que todos agradecieron.

—¿Cómo vas a arreglártelas esta noche con tu padre y tu madre? —le preguntó Pip—. Quiero decir que… tú tienes intención de marcharte a las siete y media, ¿no? Y a esa hora cenas con ellos.

—Estas dos noches cenan fuera —replicó Fatty—. He tenido suerte en eso, Larry, vente a cenar conmigo. Cenaremos a las siete y luego puedes venir conmigo hasta la exposición para asegurarte de que nadie me ve.

—De acuerdo —repuso Larry—. Así lo haré. Ojalá yo también pudiera entrar en la exposición contigo para verlo todo. ¿Querrás venir a contárnoslo todo, aunque sea muy tarde, Fatty? Yo estaré despierto.

—Está bien, pero será mejor que no vaya a casa de Pip —dijo Fatty—. Si llamase a Pip seguro que me oiría la señora Hilton. Su habitación está precisamente debajo de la suya.

—¡Oh, «Fatty»! ¡No podemos esperar hasta mañana! —exclamó Bets.

—Pues tendréis que esperar —replicó Fatty—. Yo no puedo ir a deciros lo que haya ocurrido. ¡De todas formas tú ya estarías dormida, pequeña Bets!

—No. No podré dormir en toda la noche —dijo Bets.

El día fue transcurriendo muy lentamente. A las seis y media, Fatty se marchó de casa de Pip, acompañado de Larry, y los dos se dirigieron a la de Fatty. Iban a cenar muy pronto, a las siete… y

luego comenzaría su aventura. Todos los niños estaban muy excitados, pero el único que no lo demostraba era Fatty, quien parecía estar tan tranquilo como siempre.

Los dos niños cenaron muy bien. Luego Fatty se puso la cera rosada en el rostro y después los dos echaron a andar en dirección al río. Tenían el proyecto de coger el camino que atravesaba los campos, luego seguir por la orilla del agua, y de esta manera llegar a la feria sin encontrar a mucha gente.

Llegaron a la exposición de figuras de cera.

—¿Cómo vas a entrar? —susurró Larry de pronto viendo que el lugar estaba cerrado y a oscuras.

—¿No me viste descorrer el pestillo de una de las ventanas esta mañana cuando estuvimos dentro? —replicó Fatty—. Entraré por ahí. Escucha… ¿qué te parece si entrases tú también por si acaso tropiezo con alguna dificultad al vestirme? Después puedes saltar tranquilamente por la ventana.

—Sí, entraré contigo —replicó Larry contento al poder contemplar a Fatty vestido de Napoleón—. ¿Qué ventana es?

—Es ésa —repuso Fatty mirando cautelosamente a su alrededor.

—¿Ves a alguien por aquí?

—Ni un alma.

—¡Vamos allá entonces!

Y abriendo la ventana con sumo cuidado, se subió al repecho, saltando dentro de la sala. Larry le siguió. Los niños cerraron la ventana cautelosamente para que a nadie le llamara la atención verla abierta.

La sala no estaba a oscuras, porque un farol de la feria la iluminaba desde el exterior dando a las inmóviles figuras de cera un aspecto fantasmal.

Los niños miraron a su alrededor. Las figuras parecían tener más vida que durante el día y Larry se estremeció. Imaginaciones tontas poblaron su cabeza. ¿Y si las figuras de cera cobrasen vida de noche y hablasen? ¡Qué susto iban a llevarse él y Fatty!

—Parece que todos nos miran —susurró Larry—. Me ponen nervioso. ¡Mira a Nelson… nos está observando todo el tiempo!

—Tonto —replicó Fatty aproximándose a Napoleón—. Vamos… ayúdame a desnudarle, Larry.

Fue una tarea extraña el quitar la ropa a la rechoncha figura de cera que representaba a Napoleón. ¡Ni tampoco fue fácil porque Napoleón no les ayudaba nada! ¡En realidad, casi parecía que deliberadamente intentaba hacerlo más difícil para los dos niños!

—Si por lo menos levantase un poco los brazos —susurró Larry —. Entonces podríamos quitarle la ropa con facilidad. ¡Pero se pone lo más tieso que puede!

Fatty rio por lo bajo.

—¡Menudo susto iba a llevarme si levantase los brazos! —dijo—. Prefiero que no lo haga. Vaya… ya le hemos quitado la chaqueta… a Dios gracias… pero he roto un poco ese cuello tan alto. Ahora los pantalones.

Pronto, el pobre y rígido Napoleón no tuvo nada más encima que una especie de calzoncillos sin forma alguna, Los niños lo cogieron en brazos para llevarlo a un armario. Le metieron dentro y cerraron la puerta. Luego Fatty se desnudó a toda prisa guardando sus ropas dentro del armario junto a Napoleón.

Entonces Larry le ayudó a ponerse el traje de Napoleón. Le sentaba muy bien, y sólo tuvo que emplear uno de los imperdibles que le diera Daisy. Al ajustarse la chaqueta las medallas tintinearon.

—¡Fatty! ¡Estás espléndido con ese uniforme! —exclamó Larry con admiración—. ¡De veras te lo digo! Ahora el sombrero… ¡cielos, te sienta como si te lo hubiesen hecho a medida!

Fatty hizo que Larry sostuviera en alto un espejito para verse el rostro. Tenía el mismo tono rosado de las figuras de cera que le rodeaban. Fatty colocó un mechón liso de sus cabellos sobre la frente igual que el Napoleón de cera. Luego puso la mano bajo la chaqueta, se mantuvo completamente inmóvil y miró fijamente ante sí.

Larry no encontraba bastantes palabras para elogiarle.

—¡Nadie, «nadie» podría adivinar que no eres una figura de cera! —dijo—. ¡Estás maravilloso, Fatty! ¡La verdad es que te pareces tú más de cera que el Napoleón que había antes! ¡Ojalá pudieses verte! ¡Cielos, es maravilloso!

Fatty estaba satisfecho. Sonrió modestamente ante Larry, aunque no demasiado, por temor a que se le resquebrajase la cera del rostro.

—Sólo tus ojos son distintos a los de las otras figuras de cera —dijo Larry—. Tienen una luz… que no se ve en los otros. Los tuyos brillan.

—¡Bueno, espero que no brillen demasiado! —dijo Fatty—. Ahora será mejor que te vayas, Larry. Son casi las ocho y media, ¿verdad? Puede que los hombres lleguen temprano.

—Bien —replicó Larry… y de pronto se quedó paralizado por el miedo. ¡Parecía como si alguien estuviese abriendo la puerta de la sala!

—¡Vete, deprisa! —le dijo Fatty en un susurro, y Larry salió corriendo abriéndose camino cautelosamente entre las inmóviles figuras hasta llegar a la ventana del fondo de la sala. La abrió con sumas precauciones, saltó al exterior, y volvió a cerrar enseguida. Se ocultó tras un arbusto y estuvo allí sin atreverse a respirar, mientras secaba el sudor de su frente.

Se imaginaba a la banda entrando silenciosamente, y se alegró de no estar en el pellejo de Fatty, allí solo, escondido entre las figuras de cera. ¡Cielos, había salido con el tiempo justo!

Fatty esperaba con gran excitación a que se abriera la puerta de la sala. ¿Quién entraría? ¿El jefe de la banda? ¿Todos los hombres? ¿Conocería a alguno de ellos?

Seguía oyéndose ruido en la puerta. Al parecer quien trataba de abrir tenía dificultades con la llave. Pero al fin giró en la cerradura y la puerta se abrió en silencio. ¡Alguien entró, cerró la puerta… y la cerró con la llave! ¿Por qué la cerraba? Fatty estaba intrigado. ¿Es que los otros no iban a venir?

La persona que acababa de entrar se movía silenciosamente por la sala y la luz del farol de la calle le iluminó. Fatty se llevó una sorpresa tremenda.

¡Era el señor Goon!

«¡Goon! —pensó Fatty, y casi se cae del escalón—. ¡El viejo Ahuyentador! ¡Goon! Pero ¿entonces es uno de la banda? ¡Goon aquí, con los ladrones! ¿Qué significaba esto?».

Goon comenzó a hacer varias cosas muy peculiares. Se fue acercando a Fatty y detrás de él buscó una figura de cera determinada. Fatty no sabía cuál era, pues no se atrevió a moverse ni a volverse para ver lo que Goon estaba haciendo.

Entonces el señor Goon levantó la figura y jadeando ruidosamente la llevó hasta una gran ventana donde había una enorme cortina. Entonces Fatty pudo ver la figura que llevaba el señor Goon.

¡Era el policía de cera! El señor Goon la colocó detrás de la cortina y luego fue a situarse en el lugar donde había estado la figura de cera.

En aquel instante Fatty lo comprendió todo con la rapidez del rayo, y casi lanza un gemido de desilusión.

«Claro… Goon había leído el mensaje secreto en la lista de ultramarinos a pesar de todo… descubriendo al igual que otros, que aquella noche iba a celebrarse allí una reunión de la banda… y tuvo la misma idea… ¡Ocupar el lugar de una de las figuras de cera y escucharlo todo! ¡Diantre… es más inteligente de lo que yo había pensado!».

¡Pobre Fatty! Para él fue una gran sorpresa y una gran desilusión saber que el policía lo oiría todo, logrando resolver el misterio al fin y al cabo. Al conocer a la banda… y sus planes… ¡podría arrestarlos enseguida!

Pero no se atrevía a habérselas con toda la banda él solo. No… aquél no podía ser su plan. ¿Entonces cuál era? Fatty se devanaba los sesos y sentíase furioso y desilusionado al pensar que Goon había sido lo bastante inteligente como para que se le ocurriera exactamente la misma idea que a los Pesquisidores.

«Pero para "mí" fue mucho más difícil —pensaba Fatty—. Yo tuve que desnudar a la figura de Napoleón y volver a vestirme yo. Goon sólo ha tenido que colocarse en el lugar del policía de cera. ¡Siempre le encontramos un gran parecido con Goon! ¡Maldición! Todo se ha estropeado».



Fatty hubiera dado cualquier cosa por volverse y ver qué aspecto tenía Goon, inmóvil detrás de él. Goon respiraba pesadamente, como siempre que estaba excitado. ¡Fatty se preguntó si se acordaría de respirar más quedo cuando entrase la banda! Luego Goon tosió ligeramente para aclarar su garganta.

«Claro, piensa que aquí no hay nadie más —pensó Fatty—. Así

que no importa que haga ruido. Yo también quiero toser… pero no me atrevo, porque Goon sospecharía enseguida. Qué susto se llevaría si oyera toser a una de las figuras. ¡Quisiera saber si se asustaría lo bastante como para salir corriendo de aquí enseguida! ¡No, no creo que lo hiciera!».

El señor Goon cambió los pies de posición y sorbió. Luego sacó su pañuelo para sonarse.

¡Inmediatamente Fatty quiso sonarse también! Era terrible desear sonarse cuando no se atrevía a hacer el menor movimiento. ¡Fatty aborrecía infinitamente al señor Goon en aquellos momentos! ¡Lo estropeaba todo! Disfrutaba tosiendo y sonándose: ¡Esperando el gran momento… y soñando en ascender!

Entonces se oyeron voces fuera. Introdujeron una llave en la cerradura y la puerta se abrió.

«¡Oh! —pensó Fatty—. El señor Goon tiene un duplicado de la llave. Ha trazado bien sus planes. ¡Y ha cerrado la puerta con llave después de entrar para que no sospechasen, como lo hubiesen hecho de encontrar la puerta abierta!».

Entraron cuatro hombres, y Fatty aguzó la vista para ver sus caras, pero todos llevaban sombreros de fieltro calados hasta las orejas. No llevaban luz, ni linternas. Al parecer les bastaba con la escasa claridad procedente del exterior.

Cogieron sillas y se sentaron. Aguardaron un poco sin decir nada. Fatty se preguntó el porqué, y bien pronto lo supo.

—¿Dónde está el Número Tres? —dijo uno de los hombres, impaciente—. Debiera estar aquí. ¿No le avisaste, Número Cinco?

—Sí, le envié un mensaje —dijo otro de los hombres—. En un cigarrillo que le di al viejo Johnny. No tardará.

Volvieron a esperar en silencio. Uno de los hombres sacó un reloj para consultarlo.

—No podemos esperar más —dijo—. Hay que actuar esta noche.

—¿Esta noche? —exclamó otro de los hombres—. ¿Dónde? Esta vez actuamos todos, ¿no?

—Todos nosotros —dijo el primero—. Excepto el Número Tres, puesto que no está aquí. Esta noche hemos de robar las perlas Castleton.

—¡Cáspita! —exclamaron dos de los hombres—. ¡Buen bocado!

—Muy bueno —replicó el primero—. Ahora escuchad… éstos son los planes. Tú, Número Dos, tienes que conducir, y tú…

Fatty y el señor Goon escuchaban y observaban intensamente. El señor Goon se acordó de no respirar fuerte, y en cuanto a Fatty, no se atrevía ni a respirar. Oyeron todos los detalles del nuevo robo que debía llevarse a cabo aquella noche. Pero por más que lo intentó, Fatty no pudo ver con claridad el rostro de aquellos hombres.

Empezó a pensar intensamente. Los hombres no tardarían en marcharse. Una vez se hubieran ido tendría que buscar un teléfono para decirle al inspector todo lo que sabía… y el robo podría evitarse. Entonces recordó al señor Goon. ¡Maldición! Goon sería el encargado de hacerlo y no Fatty.

El pobre señor Goon no sentíase muy feliz precisamente en aquel momento. Tenía ganas de estornudar. Sentía aproximarse el estornudo, tenía intención de salir. ¡Acchhís!

Capítulo XVI

El señor Goon juega una mala pasada

No fue un estornudo muy grande porque el señor Goon había tratado valientemente de contenerlo, y le salió bastante suave, pero fue lo suficiente para sobresaltar a los hombres y también a Fatty que casi se muere del susto.

Los hombres se pusieron en pie de un salto y miraron a su alrededor.

—¿Qué ha sido eso? ¡Aquí hay alguien! ¡Nos están espiando!

Fatty estaba muy asustado. Los ojos de aquellos hombres brillaban bajo sus sombreros y el que había hablado lo hizo en tono salvaje. El niño estaba completamente inmóvil. ¡El muy tonto y estúpido Goon descubriéndose de aquella manera!

—¡Aquí hay alguien! ¿Quién es? ¡Salga enseguida! —gritó uno de los hombres. Ni Goon ni Fatty hicieron movimiento alguno y todas las figuras de cera contemplaron impávidos el grupo de hombres.

—Es que uno se pone nervioso aquí dentro con todas esas figuras mirándonos —dijo el primero—. ¡Pero una es de verdad! ¡De eso no cabe duda! Vamos… pronto lo averiguaremos. Tengo una linterna.

A Fatty le latía muy deprisa el corazón. Esperaba con todas sus fuerzas que los hombres descubrieran a Goon antes que a él, pero por desgracia Fatty estaba en primera fila y Goon detrás.

Uno de los hombres llevaba una linterna muy potente, y acercándose a Nelson iluminó su rostro. Nelson continuó mirando impertérrito ante sí.

—Éste es de cera —dijo el hombre pasando a iluminar el

siguiente que era un soldado muy alto.

El soldado no hizo el menor movimiento. Era evidente que era de cera, pues tenía una pequeña señal en una mejilla que se la hicieron dándole un golpe cuando le trasladaban de un sitio a otro.

Una tras otra fueron iluminadas las figuras de cera, y una tras otra contemplaron sin pestañear el vacío por encima de la cabeza del hombre de la linterna. Fatty comenzó a temblar. ¿Sería capaz de sostener la mirada sin pestañear? Eso esperaba.

Le llegó el turno. La linterna le dio de lleno en el rostro repentinamente y no pudo evitar un parpadeo instantáneo. Sus ojos se cerraron y abrieron automáticamente, aunque él hizo todo lo posible por evitarlo. Esperaba que el hombre no se hubiera fijado. Pero había algo en los ojos brillantes y llenos de vida de Fatty, que llamaron la atención del hombre enseguida, igual que el parpadeo, y cogiéndole del brazo notó que era cálido y blando.

—¡Aquí está! —exclamó—. ¡Aquí está el espía! ¡Estaba mirándonos y escuchándolo todo!

El pobre Fatty fue arrastrado del escalón y llevado hasta el centro de la sala. Estaba asustado, pero quiso hacer frente a los hechos con valentía.

—¿Quién eres? —le dijo el primer hombre iluminándole el rostro con la linterna.

—Napoleón —dijo Fatty tratando de salvar la situación—. ¡Sólo lo hice por bromear!

—Es un niño —dijo uno de los hombres quitándole el sombrero de Napoleón—. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —repuso Fatty.

Los hombres le miraron.

—¿Qué vas a hacer con él? —dijo uno—. No podemos llevarle en el coche con nosotros… sería demasiado arriesgado. Y no podemos llevarle a ninguna parte porque si no hacemos a tiempo nuestro trabajo, fracasaremos. Lo que necesita es un buen interrogatorio y una buena zurra y lo tendrá… pero no ahora. Es hora de que nos marchemos.

—Volveremos más tarde con el botín —dijo otro de los hombres —. Le ataremos y amordazaremos, y le esconderemos dentro de ese armario que hay ahí. Así no podrá delatarnos. Ya nos ocuparemos

de él cuando volvamos. No puede saber nada del trabajo de esta noche, excepto lo que acaba de oír, así que no puede haber advertido a nadie.



—Bien —replicó el otro hombre, y entonces lo empezó a pasar mal el pobre Fatty. Le enrollaron en una cortina, con las manos y

los pies atados, y le pusieron un gran pañuelo alrededor de su boca. Luego le metieron dentro del armario con Napoleón y cerraron la puerta con llave.

Su único consuelo era pensar que el señor Goon seguía allí inmóvil sin despertar sospechas, y en cuanto se marchasen los hombres, estaba seguro de que Goon acudiría a rescatarle y desatarle. Y entonces, él, Fatty, tomaría parte en la investigación al fin y al cabo.

Dentro del armario no podía oír nada. No oyó cómo los hombres salían de la sala y cerraban la puerta con llave. No vio cómo Goon aguardaba unos momentos más en su escalón y luego suspiraba adoptando una posición más cómoda. El señor Goon había pasado muy mal rato desde el momento en que había estornudado hasta que por fin se fueron los hombres.

Cuando estornudó tuvo la seguridad de que los hombres examinarían las figuras, descubriéndole. Claro, él no tenía la menor idea de que Fatty también estaba allí, y cuando sorprendieron al niño y le bajaron de su escalón, a Goon casi se le salen los ojos de las órbitas. ¿Cómo? Había otra persona en la sala… alguien que debió estar ya allí cuando él mismo entró para ocupar el sitio del policía. ¿Quién sería?

El señor Goon había reconocido la voz del niño en cuanto éste había hablado, y se puso rojo de furor. ¡Otra vez aquel entrometido! Así que, al igual que el propio Goon, había leído el mensaje secreto… y no le había dicho nada a la policía. Qué malo, qué perverso… bueno… a Goon le faltaban las palabras cuando empezaba a pensar en Fatty.

El policía se estremeció al pensar que a continuación le descubrirían a él con toda seguridad. Cuando no miraron más, su corazón comenzó a latir más a compás. ¡Bueno, le estaba bien empleado a aquel niño entrometido que le cogiesen! ¡Lo merecía! ¡Esconder informaciones a la policía! El rostro del señor Goon volvió a ponerse como la grana.

Estaba tan satisfecho de sí mismo por habérsele ocurrido aquella estupenda idea… de ocupar el lugar del policía de cera y escuchar a la banda trazando sus planes. Bien, ahora sabía mucho… y si esos hombres se iban a dar el golpe y lo dejaban solo, pronto podría

telefonear y disponer que los pillasen tranquilamente… ¡y con las manos en la masa! El señor Goon se regodeaba sólo de pensarlo.

Pero los hombres aún no se habían marchado. Estaban atando a aquel niño gordito… ni siquiera le habían dado un papirotazo en la oreja como hubiera querido hacer el señor Goon. El policía contempló satisfecho la habilidad con que aquellos hombres envolvieron a Fatty en la cortina con las manos y los pies atados y un pañuelo tapándole la boca. ¡Ah! ¡Así había que tratar a la gente como Fatty!

El señor Goon observó cómo los hombres metían a Fatty dentro del armario, cerrando con llave. ¡Bien! Ahora el niño ya no estorbaría. Si los hombres se fuesen el señor Goon podría entrar en acción. Sonrió al pensar lo que iba a hacer. El inspector Jenks quedaría muy sorprendido al saber la noticia. Sí, y muy complacido además.

La puerta se cerró detrás de los hombres. El señor Goon oyó el ruido de un automóvil al ponerse en marcha. Pensó que ya no había peligro y que podía bajar al centro de la sala, donde permaneció mirando a su alrededor y sumamente satisfecho.

Fatty se debatía dentro del armario. Había leído en muchos libros que era el mejor sistema para librarse de ataduras, pero aparte de conseguir que se le cayera la mordaza, no adelantaba gran cosa con las ligaduras de sus pies y manos. Hizo cuantas cosas había aprendido en los libros, pero en vano. No consiguió desatarse las manos.

Mientras se debatía cayó contra Napoleón, la figura perdió el equilibrio y dio con la cabeza contra el fondo del armario. Luego rodó hasta Fatty, quien lanzó un grito.

El señor Goon estaba a punto de abrir la puerta para salir cuando oyó el grito y se detuvo. No tenía intención de soltar a Fatty. ¡Nada de eso! Aquel niño había recibido al fin su merecido, y él no pensaba privarle de ello. No… que se quedara dentro del armario y pensase un poco. Tal vez se le ocurriera que era mejor no volver a interponerse en el camino de la Ley.

Pero cuando Napoleón cayó con tal estrépito, el señor Goon sintió el aguijón de la conciencia. ¿Y si el niño se estuviera ahogando? ¿Y si la mordaza le impidiera respirar? ¿Y si al debatirse

se había caído haciéndose daño? Era amigo del inspector, aunque Dios sabía por qué el inspector se preocupaba por un niño como aquél. Sin embargo.

El señor Goon pensó que bien podía perder un minuto investigando, aunque no pensaba abrir el armario. ¡No! No iba a consentir que el niño echara a correr otra vez para gastarle alguna de sus bromas. No, Fatty estaba más seguro encerrado dentro de un armario.

De manera que el señor Goon se aproximó cautelosamente al armario y llamó con sus nudillos. Fatty dejó de moverse en el acto.

—¿Quién está ahí?

—Soy el señor Goon —dijo el policía.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Fatty con fervor—. Abra la puerta y desáteme, señor Goon. ¡Tenemos mucho que hacer! ¿Se han ido ya esos hombres?

El señor Goon lanzó un gruñido. ¿Es que aquel niño creía en serio que iba a dejar que le ayudase? ¡Después que deliberadamente le ocultó el mensaje secreto!

—Tú estás bien ahí —dijo el señor Goon—. ¡No necesitas venir a enredar entre ladrones y maleantes!

Fatty no podía dar crédito a sus oídos. ¿Es que el señor Goon pensaba seriamente en dejarle allí encerrado, mientras ocurría todo? Se estremeció sólo de pensarlo; habló en tono suplicante:

—Señor Goon. ¡Sea bueno! ¡Abra la puerta y déjeme salir!

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó el señor Goon—. ¿Acaso tú me hablaste del mensaje secreto? No, no lo hiciste. Ya sé que a tus padres no les gustaría que te mezclaras en el asunto de esta noche, ¿entiendes? Me agradecerán que te deje aquí. Más tarde vendré a buscarte cuando esté todo arreglado y los haya detenido.

Fatty estaba desesperado. Pensar que Goon iba a hacerlo todo mientras él permanecía encerrado en aquel armario maloliente.

—¡Señor Goon! ¡No sea malo! Fue su estornudo lo que lo descubrió todo… y en vez de cogerle a «usted» me cogieron a «mí». No es justo.

El señor Goon se echó a reír. Era una risa muy desagradable, y a Fatty le dio un vuelco el corazón al oírla. Sabía que el policía pensaba dejarle donde estaba. Podría luego dar toda clase de

explicaciones… que no tuvo tiempo de libertarle… que pensaba regresar enseguida… cualquier cosa serviría. ¡Maldito señor Goon!

—Bueno… te veré más tarde —dijo el señor Goon dirigiéndose hacia la puerta. Fatty lanzó un gemido. Ahora tendría que quedarse en el armario hasta que terminara la función Qué mala suerte. ¡Después de todos sus planes tan estupendos! ¿Qué diría el inspector Jenks? Estaría muy satisfecho de Goon, quien ciertamente había hecho uso de su cerebro en aquel misterio, trabajando de firme.

¡Pobre Fatty! Estaba tendido en el armario incómodamente, mientras la cuerda le mordía las muñecas y tobillos. Y todo por culpa de Goon. ¿Por qué tuvo que estornudar, descubriendo el juego? Él había salido muy bien librado… pero había complicado las cosas para el pobre Fatty.

De pronto Fatty oyó un ruido que le hizo aguzar el oído. Parecía como si estuvieran abriendo la ventana. ¿Entraría alguien? ¿Volvía alguno de la banda?

Entonces Fatty oyó una voz baja, una voz que conocía muy bien.

—¡Fatty! ¿Estás por ahí? ¡Fatty!

¡Era Larry! A Fatty le dio un salto el corazón de alegría y consiguió sentarse dentro del armario.

—¡Larry! ¡Estoy encerrado en el armario donde pusimos a Napoleón! ¡Sácame de aquí! ¡Deprisa, ábreme la puerta!

Capítulo XVII

El señor Goon recibe varias sorpresas

Larry corrió hacia el armario, que aún tenía la llave puesta. La hizo girar y la puerta se abrió, descubriendo al pobre Fatty todavía envuelto en la cortina.

—¡Fatty! ¿Qué ha ocurrido? —exclamó Larry—. ¿Estás herido?

—En absoluto… excepto las muñecas y los tobillos, que me duelen por el roce de las cuerdas —repuso Fatty—. ¿Tienes un cuchillo, Larry? Corta la cuerda.

Larry cortó sus ligaduras y pronto Fatty pudo deshacerse de la cortina, que arrojó a un rincón con las cuerdas. Se quitó el uniforme de Napoleón y se puso su ropa. Luego cerró con llave la puerta del armario.

—¡Oh, Larry! —exclamó—. ¡Cuánto me ha alegrado oír tu voz! Pero no hablemos aquí. ¡Volvamos a casa, deprisa!

—Mi familia cree que estoy en la cama —dijo Larry—. Si quieres iré a tu casa. Tus padres no están, ¿verdad? Vamos.

—Bien. Te lo contaré todo cuando estemos de regreso —dijo Fatty.

Recorrieron el camino que atravesaba los campos lo más deprisa posible, aunque al pobre Fatty le dolían mucho los tobillos por haber estado tanto tiempo fuertemente atados. Pronto llegaron a casa de Fatty y entraron en ella cautelosamente. Subieron a su dormitorio y Fatty se arrojó sobre la cama, frotándose los tobillos.

—¡Larry! ¿Cómo te las arreglaste para volver a rescatarme? —le preguntó—. De no ser por ti hubiera permanecido allí horas y horas. Esa fiera de Goon no quiso soltarme. Vamos… cuenta tú primero.

—En realidad no tengo mucho que contar —dijo Larry—. Volví a casa y le conté a Daisy todo lo que habíamos hecho. Y luego, a eso de las nueve y media, cuando ya estaba acostado, apareció Pip, tirando piedrecitas a mi ventana.

—¿Qué quería? —quiso saber Fatty.

—Pues le enviaba Bets —explicó Larry—. Pip dijo que estaba muy preocupada, que no podía dormir, que no cesaba de llorar y de decir que tú corrías peligro. Ya sabes los presentimientos que tiene Bets a veces. Es sólo una niña.

—De manera que Pip, pensando que sería divertido saber cómo me iba el vestido de Napoleón, dijo a Bets que iría a verte —dijo Fatty—. Así Bets se quedaría más tranquila y el bueno de Pip se distraería un rato. Comprendo… pero ¿qué es lo que te hizo volver a la exposición de figuras de cera?

—No lo sé exactamente —explicó Larry—. Ya sabes, en otra ocasión Bets también tuvo la sospecha de que corrías peligro y resultó verdad. Y yo pensé… bueno, que sería una buena idea llegarme hasta la feria y echar un vistazo a lo que estaba ocurriendo.

—¡Cielos! Celebro que Bets tuviera uno de sus presentimientos —dijo Fatty, agradecido—. Y de que tú vinieras, viejo camarada.

—Yo también —replicó Larry—. Cuando llegué, la exposición de figuras de cera estaba a oscuras y no se veía a nadie por allí. Así que abrí la ventana, entré y te llamé. Eso es todo.

Hubo un silencio. De pronto Fatty se puso triste.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Larry—. Aún no me has dicho lo que ha sucedido… ni por qué estabas encerrado. ¿Es que te descubrieron?

Fatty comenzó su relato, que Larry escuchó con asombro. ¡De manera que Goon había ido también! Cuando Fatty le explicó el estornudo de Goon que fue la causa de que le descubrieran a él, y no al policía, Larry, cariñoso, trató de consolarle.

—¡Pobre Fatty! De manera que Goon se enteró de todo, te dejó allí el muy tunante, y sé fue a realizar la detención y a dar parte. ¡Qué noche más agitada para él!

—Dijo que volvería a sacarme del armario cuando la función hubiese terminado —dijo Fatty, comenzando a sonreír—. Le

sorprenderá ver que no estoy, ¿verdad?

—Sí —dijo Larry—. No sabrá lo que ha ocurrido. Nosotros le haremos creer que no sabemos dónde estás, ¿quieres? Mañana iremos a preguntarle por ti… y le van a dar veinte ataques seguidos si cree que has desaparecido. ¡No sabrá «que» pensar!

—Y se sentirá muy intranquilo porque él sabe que debía haberme dejado salir —dijo Fatty—. Bueno, voy a acostarme, Larry. Será mejor que tú también vayas a dormir un poco. Oh, estoy tan desilusionado… después de todos nuestros trabajos, disfraces y planes… ¡para que Goon resuelva el misterio y se lleve todos los honores!

Los niños se separaron y Larry corrió a su casa, preguntándose qué estaría haciendo Goon. Recordó la Mansión Castleton… le hubiera gustado saber si los ladrones estaban actuando… si la casa habría sido rodeada… y si Goon habría realizado alguna detención. Bueno, puede que al día siguiente la publicasen todos los periódicos.

Ciertamente que Goon había realizado un buen trabajo aquella noche. Rodeó la casa con sus hombres mientras los ladrones estaban dentro, y pudo arrestar a cuatro… aunque uno de ellos había huido en la lucha… y Goon sentíase muy satisfecho de sí mismo. No tardarían en coger al fugitivo. No tenía la menor duda.

No fue hasta pasada la medianoche cuando el señor Goon recordó de pronto que había dejado a Fatty encerrado en el gran armario ropero de la exposición de figuras de cera.

«¡Maldito niño! —pensó—. Ahora podría irme a la cama y dormir tranquilamente si no tuviera que ir a sacarle de aquel armario. Habrá tenido un buen rato para pensar en todas sus fechorías. Bueno, será mejor que vaya a sacarle… y le dé algunos buenos consejos. Esta vez se ha perdido toda la diversión… ¡y he sido "yo" y no él quien ha resuelto este misterio! ¡Ah!».

El señor Goon fue a la exposición de figuras de cera en su bicicleta. La dejó fuera, y una vez en el interior encendió su linterna y se dirigió al armario, llamando suavemente con los nudillos.

—¡Eh, tú! —dijo—. ¿Estás dispuesto a salir? ¡Ya lo hemos hecho todo, y ahora que la función ha terminado puedes salir!

No hubo respuesta, y el señor Goon volvió a llamar con más

fuerza pensando que Fatty se habría dormido. Pero tampoco obtuvo respuesta. Una sensación de frío invadió el corazón de Goon. ¿Es que el niño no estaría bien?

Goon se apresuró a hacer girar la llave en la cerradura y abrió la puerta. ¡Napoleón le contempló en paños menores… pero Fatty no! El señor Goon comenzó a temblar. ¿Dónde estaba el niño? ¡No podía haber salido de un armario cerrado con llave! ¿O tal vez sí? El señor Goon recordó cómo Fatty había logrado salir misteriosamente a través de una puerta cerrada con llave.

El señor Goon pegó un puñetazo en los riñones de Napoleón para asegurarse de que era el de cera y no Fatty. Napoleón no se alteró y continuó mirando al señor Goon. Sí, era de cera.

El señor Goon cerró la puerta, intrigado y pesaroso. ¿Dónde estaría el niño? ¿Se lo habría llevado alguien? Le había visto maniatado y amordazado, de manera que por sí solo no pudo escapar. Bueno, entonces, ¿qué era lo que había ocurrido?

El señor Goon fue a su casa pedaleando lentamente. Debía haber libertado al niño antes de salir en persecución de la banda. ¿Y si no apareciera por la mañana? ¿Qué explicación podría darle al inspector? Tenía que verle a las diez.

El señor Goon exhaló un profundo suspiro. Había deseado tanto aquella entrevista… y en cambio ahora la temía. Aquel niño rollizo era muy amigo del inspector. Si se descubriera que le había ocurrido algo, el inspector Jenks tal vez le hiciese algunas preguntas desagradables. ¡Maldito chico!

Fatty durmió profundamente aquella noche, fatigado de tantas aventuras. El señor Goon también durmió, pero intranquilo. Soñó con su gran éxito por haber detenido a la banda…, pero cada vez que iba a recibir las palabras de elogio del inspector, Fatty aparecía en su sueño, atado y pidiendo ayuda. Era muy molesto porque cada vez despertaba al señor Goon y luego le costaba volver a dormirse.

A las nueve, los Cinco Pesquisidores estaban reunidos en el jardín de Pip, comentando una y otra vez los sucesos de la noche anterior. Todos estaban muy indignados con Goon por haber dejado a Fatty dentro del armario.

—Vamos a hacerle creer que Fatty ha desaparecido —dijo Larry con una mueca—. Iremos a esperarle al pueblo, y cada vez que pase

le preguntaremos si ha sabido algo de Fatty.

De manera que a las nueve y media, los niños, con excepción de Fatty, naturalmente, estaban cerca de la casa de Goon, esperando que saliera. Larry se había colocado en la esquina, Pip cerca de la casa y Daisy y Bets no andaban muy lejos.

Larry lanzó un silbido cuando vio a Goon que salía con su bicicleta dispuesta a ver al inspector. Estaba muy elegante, porque había cepillado su uniforme y limpiado su casco, su correaje y sus zapatos, y estuvo frotando sus botones para hacerlos brillar. Era la imagen viva de un policía elegante esperando su ascenso.

—¡Oiga, señor Goon! —gritó Pip cuando el señor Goon se disponía a montar en su bicicleta—. ¿Sabe usted dónde está nuestro amigo Federico?

—¿Por qué iba a saberlo yo? —replicó Goon, pero el corazón le dio un vuelco. ¡De manera que el niño había desaparecido!

—Bueno, pensamos que a lo mejor usted lo sabría —dijo Pip—. Supongo que usted no le habrá visto.

El señor Goon no podía decir que no, y montando en su bicicleta se alejó con el rostro sonrojado. Esperaba que aquel niño, Fatty, no le buscase complicaciones ahora que él, Goon, lo estaba haciendo todo tan bien que le felicitarían.

Pasó junto a Daisy y Bets, y Daisy le gritó:

—¡Oh, señor Goon! ¿Ha visto usted a Fatty? ¡Díganoslo, por favor!

—No sé dónde está —repuso Goon, desesperado, y sin detenerse, ¡pero en la esquina estaba Larry!

—¡Señor Goon, señor Goon! ¿Ha visto usted a Fatty? ¿Sabe usted dónde está? ¿Cree usted que puede haber desaparecido? Señor Goon, díganos dónde está. ¿Le ha encerrado usted?

—¡Claro que no! —replicó Goon—. Ya aparecerá. ¡Volverá, como la falsa moneda, ya veréis! ¡Podéis estar bien seguros!

Y siguió su camino muy preocupado. ¿Dónde «podría» estar el niño? ¿Es que acaso el ladrón que se escapó se habría llevado a Fatty? No, no era probable. Pero ¿«dónde estaba» el niño?

El inspector aguardaba al señor Goon en su despacho. Sobre su escritorio había varios informes de lo ocurrido la noche anterior, enviados, no sólo por Goon, sino por otros dos policías que le

habían ayudado en la detención, y otros detectives que habían intervenido en el caso.

También tenía informes de lo que habían dicho los tres prisioneros al ser interrogados. Se había realizado un buen trabajo… de eso no había duda…, pero algo preocupaba al inspector.

El señor Goon lo comprendió en cuanto entró en el despacho. Había esperado y deseado encontrar al inspector todo sonrisas y alabanzas. Pero no… su superior tenía un aire solemne y un tanto preocupado. ¿Por qué?

—Bien, Goon —le dijo el inspector—, parece ser que ha realizado un buen trabajo en este caso. Pero es una lástima lo de las perlas, ¿no cree?

El señor Goon tragó saliva.

—¿Las perlas, inspector? ¿Qué les ha ocurrido? Nosotros las cogimos… se las quitamos a uno de la banda.

—Ah… pero comprenda… ésas no son las perlas robadas —repuso el inspector en el mismo tono amable—. No, Goon… ¡es sólo un collar barato que ese individuo pensaba regalar a su novia! ¡Las perlas «auténticas» han desaparecido!

Capítulo XVIII

El misterio no ha terminado todavía

La boca del señor Goon se abría y cerraba como la de un pez. No podía dar crédito a sus oídos.

—Pero, inspector… si cogimos a los ladrones con las manos en la masa. Y el que escapó era el que estaba de guardia en el jardín. Él no tuvo nada que ver con el robo. Fueron los tres que estaban arriba quienes lo hicieron… y a ésos los cogimos.

—Sí, les cogieron y, como ya le dije, fue un buen trabajo —dijo el inspector—, pero me temo, Goon, que uno de los ladrones de arriba, al ver que habían sido descubiertos, arrojó las perlas por la ventana al hombre que estaba abajo. Debió guardárselas en el bolsillo, y cuando le detuvieron, supo debatirse con tal violencia que logró escapar… «con» las perlas. Es una lástima, ¿verdad?

El señor Goon estaba perplejo. Cierto que habían detenido a tres de la banda… pero las perlas habían desaparecido. Él había esperado para coger a los hombres con las manos en la masa, porque estaba seguro de poder recuperarlas cuando los detuviera…, y ahora resultaba que al fin y al cabo el robo había tenido éxito. Uno de la banda se las había llevado y no cabía duda de que se desharía de ellas con toda rapidez.

—Es… es muy lamentable, inspector —dijo el pobre señor Goon.

—Bueno… oigamos su relato —prosiguió el inspector—. Usted sólo tuvo tiempo de enviar un informe muy breve… ¿qué es todo eso de pasar como si fuera una figura de cera?

El señor Goon estaba orgulloso de su hazaña y se la contó con profusión de detalles al interesado inspector, pero al llegar al punto en que había estornudado cuando los hombres detuvieron a Fatty,

en lugar de cogerle a él, el inspector Jenks se irguió en su asiento.

—¿Es que trata usted de decirme que Federico Trotteville estaba allí? —exclamó—. ¿Y también posando? ¿En lugar de quién?

—De Napoleón, inspector —repuso Goon—. Entrometiéndose como de costumbre. Ese niño siempre tiene que meter la nariz en todo. Bien, inspector, cuando los hombres se marcharon para llevar a cabo el robo, yo salí tras ellos, fui hasta una cabina telefónica y…

—Espere un poco, espere un poco —dijo el inspector—. ¿Y qué le ocurrió a Federico?

—¿A él? ¡Oh!, pues… poca casa —dijo Goon tratando de acabar cuanto antes con aquello—. Sólo le ataron un poco y le encerraron dentro de un armario. No le hicieron ningún daño. Naturalmente que si hubieran sido rudos con él, yo hubiera intervenido enseguida, inspector.

—Naturalmente —dijo el inspector muy serio—. Bien, supongo que usted iría a desatarle y le sacaría del armario antes de correr al teléfono.

El señor Goon se puso como la grana.

—Pues… a decir verdad, inspector, no me pareció que tuviera tiempo para ello… y además, inspector, el asunto de anoche era peligroso y no creí que ese niño debiera intervenir. Ese niño es la peste para meterse en todas partes, y…

—Goon —dijo el inspector y el policía se detuvo en seco para mirar a su superior, que se había puesto muy serio—. Goon, ¿quiere decir que dejó a ese niño atado y amordazado en el armario? No puedo creerlo en usted. ¿A qué hora le soltó?

El señor Goon tragó saliva, nervioso.

—Volví a eso de medianoche, inspector… abrí la puerta del armario, y el armario estaba vacío.

—¡Cielo Santo! —exclamó el inspector, sobresaltado—. ¿Y sabe usted qué le ha ocurrido a Federico?

—No, inspector —replicó Goon, y el inspector cogió uno de sus cinco teléfonos.

—Tengo que telefonear a su casa para ver si está bien —dijo.

El señor Goon estaba más abatido que nunca.

—Es que… parece ser que ha desaparecido, inspector —dijo, y el inspector dejó el teléfono sin dejar de mirar a Goon.



—¿Desaparecido? ¿Qué quiere usted decir? Esto es muy serio.

—Pues… todo lo que sé es que los otros niños… ésos que van siempre con él… no han dejado de preguntarme si sabía dónde estaba su amigo —dijo el señor Goon, desesperado—. ¡Y si ellos no lo saben… pues, puede estar en cualquier parte!

—Debo ocuparme enseguida de este asunto —exclamó el

inspector—. Me pondré en contacto con sus padres. Ahora termine su historia deprisa, para que pueda ocuparme del asunto de la desaparición de Federico Trotteville enseguida.

De manera que el señor Goon tuvo que acortar su maravillosa historia y relatar brevemente el resto de los acontecimientos de la noche anterior. ¡Las perlas habían desaparecido a pesar de todo! ¡Qué chasco! Y ahora había desaparecido ese maldito niño y el alboroto que se armaría. En su interior, el señor Goon opinaba que lo mejor sería que Fatty hubiese desaparecido para siempre. ¡Oh!, ¿por qué no le había sacado del armario la noche anterior? Él sabía que debió hacerlo… ¡pero le pareció un buen medio para librarse de aquel niño entrometido!

¿Dónde estaría Fatty? El señor Goon reflexionó profundamente sobre la cuestión mientras recorría la calle del pueblo. ¿Acaso el ladrón que se escapó habría regresado a la exposición, y cogiendo a Fatty como su prisionero se lo había llevado para conservarlo como rehén, o por alguna otra razón? Al señor Goon le entró frío sólo de pensarlo. Si tal cosa ocurría, tendría que soportar el desprecio de todos por no haber libertado a Fatty cuando pudo hacerlo.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no vio un perro pequeño que corría detrás de su bicicleta hasta el punto de hacerle perder el equilibrio y aterrizar en la carretera. El perro correteaba alborozado a su alrededor ladrando desaforadamente.

—¡Lárgate! —le gritó el señor Goon, furioso, reconociendo de pronto a «Buster»—. ¿Quieres largarte?

Se volvió para ver quién iba con «Buster»… y quedó boquiabierto. Tan asombrado estaba que continuó sentado en la carretera mientras «Buster» ladraba a su alrededor.

Allí estaba Fatty sonriéndole. ¡«Fatty»! El señor Goon le miró sin pestañear. Él había dicho al inspector que Fatty había desaparecido… y el inspector se acaloró preocupándose mucho… y ahora tenía ante sí al niño lleno de vida y picardía, como siempre.

—¿Dónde has estado? —le preguntó el señor Goon al fin, apartando a «Buster».

—En casa —replicó Fatty—. ¿Por qué?

—¿«En casa»? —exclamó el señor Goon—. ¿Qué has estado en tu casa? Pues los otros no cesaban de preguntarme dónde estabas,

¿entiendes? Y yo di parte de tu desaparición al inspector. Ahora empezará a buscarte.

—Pero, señor Goon, ¿por qué? —preguntó Fatty con aire inocente—. Estoy aquí. Y anoche también estuve en casa. De todas formas, fue usted muy malo dejándome dentro del armario. Eso no lo olvidaré así como así. Se lo prometo.

El señor Goon se levantó.

—¿Cómo saliste del armario? —quiso saber—. Te habían atado. No irás a decirme que te desataste y abriste la puerta del armario tú sólito.

—Usted nunca lo sabrá —replicó Fatty—. Bueno, hasta la vista, señor Goon… y haga el favor de telefonear al inspector para decirle que no me busque. ¡Estaré en casa por si me necesita!

Y se alejó con «Buster» mientras el pobre señor Goon regresaba a casa en su bicicleta con la cabeza convertida en una devanadera. ¡Aquel niño! Primero le encierran, luego desaparece, después vuelve a aparecer… y nadie sabe ni cómo ni por qué. El señor Goon no lograba sacar pies ni cabeza de aquel asunto.

No le gustó tener que llamar al inspector y decirle que acababa de ver a Fatty.

—Pero ¿«dónde» ha estado? —preguntó el inspector, extrañado —. ¿Dónde estuvo anoche?

—En… en su casa, inspector —dijo el pobre señor Goon—. Fueron los otros niños los que me confundieron… preguntándome dónde estaba, y eso es todo, inspector.

El inspector colgó el aparato con impaciencia. ¡La verdad es que Goon parecía idiota algunas veces! El inspector permaneció mirando el teléfono, reflexionando profundamente. Había recibido informes de todas clases acerca de aquel caso… pero ninguno de una persona que al parecer sabía bastante del asunto… y ése era el señorito Federico Trotteville. El inspector hizo otra llamada telefónica, Fatty le contestó.

—Quiero que vengas aquí en tu bicicleta esta misma mañana y que respondas a algunas preguntas, Federico —le dijo el inspector —. Ven enseguida.

De manera que, llevando a «Buster» en su cesta, Fatty dirigióse a la ciudad vecina, preguntándose con algo de temor qué es lo que

quería saber el inspector. ¿Pensaría tal vez que había intervenido demasiado en aquel misterio? Habíales advertido a los Pesquisidores que no se metieran porque podría ser peligroso.

El inspector estuvo amable, pero nada más, mientras escuchaba todo el relato de Fatty con gran interés, sobre todo al enterarse de los distintos disfraces utilizados por Fatty.

—Muy interesante —le dijo—. Veo que posees un don especial para eso. Pero no te extralimites. Bueno… supongo que estarás enterado de las detenciones.

—Sólo sé lo que han publicado esta mañana los periódicos, inspector —dijo Fatty—. Sabía que era inútil preguntar nada al señor Goon. Al fin y al cabo estoy un poco decepcionado porque haya sido él quien se ocupara de este misterio mientras yo permanecía encerrado en el armario.

—Debió dejarte salir —dijo el inspector, tajante—. No obró bien. Es algo que no esperaba de un policía. Bien… Federico, como ya sabes se han llevado a cabo tres detenciones… pero el hombre que estaba de guardia en el jardín logró escapar. Y, ¡desgraciadamente parece que ha escapado con las perlas!

—¡Pero si los periódicos dicen que fueron encontradas en el bolsillo de uno de los detenidos! —exclamó Fatty.

—Tenemos noticias más frescas —replicó el inspector Jenks—. Esas perlas eran baratas… las había comprado uno de los hombres para regalárselas a su esposa… o probablemente las robaría en otra parte. Sólo valen unas cuantas libras. Las perlas auténticas han desaparecido.

—Ya —dijo Fatty alegrándose considerablemente—. De manera que el misterio no ha terminado todavía. Hemos de encontrar las perlas. ¿Cree usted que podrá encontrar al hombre que escapó? Tal vez hablase y dijera dónde escondió las perlas.

—Le hemos cogido —replicó el inspector—. La noticia ha llegado hace sólo diez minutos, pero no tiene las perlas ni dice dónde las guardó. Pero hemos sabido por casualidad que el Número Tres de la banda es quien acostumbra a disponer de las joyas robadas… y es probable que ese individuo que hemos detenido haya dejado las perlas en algún lugar convenido para que el Número Tres, sea quien sea, vaya a recogerlas, cuando el asunto

esté más olvidado.

—¿Usted no sabe quién es el Número Tres, inspector? —preguntó Fatty.

—No tengo la menor idea —replicó el inspector—. Más o menos teníamos sospechas de los otros cuatro… pero el Número Tres no podemos adivinar quién es. Bueno, Federico, no estoy nada satisfecho de que te hayas mezclado en este asunto cuando te advertí que no lo hicieras porque era peligroso… ahora procura resolver el resto del misterio y de encontrar las perlas antes de que lo haga el Número Tres. Ahora no hay peligro… de manera que adelante, Pesquisidores.

—Sí, inspector —dijo Fatty con aire sumiso—. Haremos cuanto podamos. Tenemos muy poca base sobre la que trabajar. Veremos lo que puede hacerse. ¡Gracias por darnos oportunidad de resolver el misterio de las perlas desaparecidas! ¡Adiós, inspector!

Capítulo XIX

Otra vez el número tres

Fatty fue directamente a casa de Pip, seguro de que allí encontraría a los otros Pesquisidores esperándole. Estaban en la glorieta haciendo contar a Larry una y otra vez todo lo que había ocurrido.

—¡Aquí está Fatty! —exclamó Bets—. ¿Qué te ha dicho el inspector, Fatty? ¿No se ha enfadado con Goon por haberte dejado en el armario?

—No está muy satisfecho de él… por lo menos no «parecía» muy satisfecho —dijo Fatty—. ¡Ni con nosotros tampoco! Cree que no debiera haberme mezclado en este misterio. ¿Pero cómo «podía» yo dejar de intervenir?

—Supongo que será porque lo consideraba peligroso —dijo Bets —, y anoche lo fue. ¡Oh, Fatty, sé que corriste peligro! ¡Yo lo presentí!

—¡Mi buena y pequeña Bets! —exclamó Fatty dándole un abrazo —. Me alegro mucho que tuvieras un presentimiento respecto a mí…, si tú no hubieras enviado a Pip a despertar a Larry, y Larry no hubiese venido a la exposición de figuras de cera, Dios sabe cuánto tiempo hubiera permanecido encerrado en el armario. ¡A propósito… el misterio no ha terminado todavía!

Todos prestaron atención enseguida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Daisy.

Fatty les explicó lo de la desaparición de las perlas y el Número Tres.

—El inspector cree que el Número Cinco, que escapó anoche con las perlas, tuvo tiempo de dejarlas en algún lugar seguro antes de

que le detuvieran esta mañana. Es probable que trate de enviar un mensaje al Número Tres, el número de la banda que no estuvo allí anoche y que sigue en libertad… ¡y hasta que el Número Tres reciba el mensaje y vaya a recoger las perlas, «cualquiera» puede encontrarlas! ¡Y eso es lo que hemos de hacer nosotros!

—Comprendo —dijo Larry despacio—. ¿Pero cómo diantre podemos encontrarlas si ni siquiera sabemos dónde buscar? Es imposible.

—No hay nada imposible para un buen detective —replicó Fatty —. Convengo contigo en que es un misterio terriblemente difícil de descubrir… pero yo creo que si pudiéramos descubrir al Número Tres como fuese, y le siguiéramos, ¡nos conduciría hasta el collar de perlas!

—¿Qué quieres decir… seguirle? —preguntó Bets.

—Vigilarle, tonta… tenerle siempre a la vista —dijo Pip—. Ver dónde va, o por dónde anda. ¡Seguro que deambulará cerca del lugar donde están las perlas, esperando la oportunidad de recuperarlas!

—Eso es —dijo Fatty—. El caso… ¿«quién» es el Número Tres y cómo podríamos descubrirle?

Hubo un silencio. Nadie conocía la respuesta.

—¿Qué sabemos del Número Tres? —preguntó Fatty reflexionando—. Sabemos que lleva una bicicleta con bocina, que tiene un ojo azul y otro castaño, y que suele remar en bote. Yo creo, que puesto que le hemos visto dos veces en Peterswood, debe vivir aquí.

Se hizo de nuevo el silencio. Ninguna de las cosas que sabían respecto al hombre de los ojos extraños parecía ser de gran ayuda para encontrarle. De pronto Pip lanzó una exclamación.

—¡Creo que ya sé lo que hemos de hacer!

—¿Qué? —preguntaron todos con interés.

—Bueno, nosotros estamos seguros de que el Número Cinco escondió las perlas en algún sitio, y casi seguros también de que enviará un mensaje al Número Tres… y según cómo… es probable que ya lo haya enviado por si acaso le coge la policía y le llevan a la cárcel. ¿A quién enviaría ese mensaje para que se lo entregase al Número Tres?

—¡Al viejo Johnny, naturalmente! —exclamó Fatty—. Es el que siempre han utilizado cuando debían enviarse mensajes unos a otros. De manera… que si volvemos a vigilar al viejo… más pronto o más tarde veremos acercarse a él al Número Tres.

—Se sentará a su lado… para que el viejo le entregue el mensaje —dijo Larry—. Y si después de esto le seguimos, podremos ver a dónde va. ¡Tal vez nos lleve directamente al collar!

Todos sentíanse mucho más animados y esperanzados.

—Ha sido una buena inspiración, Pip —dijo Fatty—. Me sorprende que no se me haya ocurrido a mí. Muy buena.

A todos los Pesquisidores les encantaba recibir unas palabras de alabanza de su jefe, y por esto Pip se puso rojo de placer.

—Supongo que eso significa que hemos de volver a sentarnos otra vez en la tiendecita de refrescos —dijo Daisy, y Fatty consideró la cuestión.

—Será mejor que sólo uno de nosotros vigile de cerca al Número Tres —dijo—. Si nos viera a los cinco es posible que entrase en sospechas. Yo le seguiré… si no te importa, Pip, puesto que ha sido idea tuya… y vosotros podéis seguirme a una distancia prudente.

—No me importa en absoluto —replicó Pip, generoso—. Estoy seguro de que tú lo harás mucho mejor que yo. ¿Dónde le esperarás? ¿Y hemos de llevar las bicicletas o no?

—Será mejor que las llevemos —dijo Larry—. La última vez que fue a ver al viejo llevaba su bicicleta. Si fuese andando, siempre estamos a tiempo de dejar las nuestras en cualquier parte, y seguir a pie.

—Sí, es una buena idea —exclamó Fatty—. ¿Qué hora es? Casi es hora de comer. El viejo no sale hasta la tarde, de manera que nos encontraremos antes de las dos, al final de mi calle, con las bicicletas.

—Pero, Fatty, ¿tú crees que el viejo irá a sentarse en tu banco, después de tu advertencia y después de haber leído los periódicos de hoy? —preguntó Larry—. ¿No tendrá miedo?

—Sí, es probable que lo tenga —repuso Fatty—. Pero si tiene un mensaje que entregar, creo que se arriesgará. Apuesto a que la banda le paga mucho dinero por hacer de enlace.

Ahora que tenían algo que hacer los Pesquisidores estaban muy

contentos. Fueron a comer satisfechos de que hubiera todavía un misterio por resolver. ¡Si lograsen encontrar les perlas antes que Goon!

Naturalmente, el señor Goon estaba también exprimiendo su cerebro para dar con las perlas desaparecidas. También él sabía que si lograba descubrir al Número Tres le conduciría hasta las perlas. ¡Pero aún no se le había llegado a ocurrir que sería una buena idea volver a vigilar al viejo Johnny para ver si el Número Tres iba a recibir el mensaje!

Aquella tarde cuatro de los cinco Pesquisidores se hallaban sentados en la confitería frente al banco donde solía sentarse el viejo. Fatty no estaba con ellos, sino apoyado contra un árbol no muy lejos de allí, al parecer absorto en la lectura de un periódico, y teniendo junto a él su bicicleta, en espera de la llegada del viejo. ¡Él esperaba que acudiera!

Las bicicletas pertenecientes a los otros hallábanse amontonadas a un lado de la tienda de refrescos. Los niños estaban tomando helados y vigilando el banco de enfrente con el mismo interés que Fatty.

Alguien se acercó renqueando y dobló la esquina. ¡Hurra! Era el viejo completo, con sus sorbetones, su pipa y su tos. Tomó asiento en el banco lanzando un ligero gemido, exactamente igual a como lo hiciera Fatty cuando se disfrazó.

Luego se inclinó sobre su bastón y pareció que iba a dormirse. Los niños aguardaron mientras sus helados se derretían en las copas. ¿Habría recibido el viejo Johnny un mensaje del Número Cinco para entregárselo al Número Tres?

Un ruido les sobresaltó violentamente. ¡Era el ruido de una bocina! Fatty también pegó un respingo, y alzando la cabeza del periódico, vio un hombre montado en bicicleta que bajaba por la calle Alta, y en vez de timbre llevaba bocina.

El hombre fue hasta el banco, tocó la bocina, y desmontó de la bicicleta que dejó apoyada en la acera, yendo luego a sentarse en el banco cerca del viejo.

El anciano ni siquiera levantó la vista. ¿Entonces cómo sabía si era o no el Número Tres? Era sordo y no oía si se le hablaba en voz baja. Fatty se exprimía el cerebro pensando.

«¡Claro! —pensó de pronto—. Esa bocina tan fuerte avisa siempre al viejo la llegada del Número Tres cuando viene a sentarse a su lado en el banco. ¡Claro! Vaya, eso es ser listo».

El viejo no hacía el menor caso del otro hombre. Fatty los observaba atentamente, pero no pudo sorprender ningún movimiento de los labios del viejo, ni que le entregase ningún papel con el mensaje.

Durante algunos momentos los dos hombres permanecieron sentados juntos, y luego el viejo Johnny, sentándose más erguido comenzó a trazar dibujos en el polvo con el extremo de su bastón. Fatty observó más atentamente para ver si el viejo hablaba, pero no pudo ver qué moviese siquiera los labios… ¡a menos que pudiese hablar como los ventrílocuos!

Al cabo de un par de minutos el otro hombre se levantó, alejándose en su bicicleta y haciendo sonar su bocina… pero en dirección a la tienda de refrescos. Los cuatro niños estaban muy excitados. ¿Para qué iría allí?

Bets lanzó una ligera exclamación al verle entrar, y Pip le propinó un puntapié por debajo de la mesa, temeroso de que los descubriera. Bets, luego de mirar al hombre, se dispuso a terminar su helado haciendo bastante ruido con la cucharilla.

—Una caja de fósforos —dijo el hombre poniendo una moneda sobre el mostrador.

Ninguno quiso mirarle por temor a despertar sus sospechas.

Se marchó encendiendo un cigarrillo.

—¡«Tiene los ojos extraños»! —exclamó Bets—. ¡Es él! ¡Lleva bocina en su bicicleta y tiene los ojos extraños! ¡Ooh… esto se pone emocionante!

Fatty, junto al árbol, vio entrar y salir de la tienda a aquel hombre, y doblando el periódico rápidamente, montó en su bicicleta cuando pasó junto a él. Le siguió a una distancia prudente, preguntándose si habría recibido el mensaje, y si iba a llevarle hasta las perlas tan misteriosamente desaparecidas.

—Vamos —dijo Larry saliendo rápidamente de la tienda—. Nosotros hemos de seguirle también.

El hombre se dirigía a la feria. Estuvo paseando un poco y luego fue a la exposición de figuras de cera, pero sólo asomó la cabeza y

volvió a salir.

Fatty también asomó la cabeza, pero aparte de que estaba lleno de gente que admiraba las figuras de cera, no había nada nuevo que ver. Napoleón estaba vestido y ocupaba de nuevo su lugar, y el muchacho pelirrojo estaba contando una historia extraordinaria de cómo aquella noche, Napoleón se había ido de su sitio, desnudado y acostado dentro de un armario.

—¡Cuentista! —le dijeron unos niños que le escuchaban—. ¡Qué tontería!

—Y lo que es más —prosiguió el muchacho pelirrojo disfrutando inmensamente—, ese policía de cera que veis ahí, ¿le veis? Pues bien, fue a esconderse detrás de esa cortina. ¡Pasan unas cosas!

A Fatty le hubiera gustado oír algo más, pero el hombre a quien seguía se había ido, y él tuvo que irse también para no perderle. El hombre había dejado su bicicleta junto al seto y puesto un candado en la rueda de atrás, de manera que Fatty comprendió que su intención era quedarse un rato por allí.

Los otros Pesquisidores se acercaron y Fatty les guiñó un ojo.

—¡Parece como si fuera a pasar un par de horas en la feria! —les dijo.

El hombre iba de un lado a otro sin rumbo fijo. Ni siquiera montó en el tiovivo, ni probó suerte en el tiro de anillas, ni subió a los autos-choque… se limitó a deambular. De vez en cuando se detenía ante la exposición de figuras de cera y asomaba la cabeza, pero no entraba. Fatty se preguntó si esperaría a alguien que debía reunirse con él allí.

«¡Yo no creo que sepa dónde están las perlas! —pensó Fatty—. ¡O seguramente hubiera ido enseguida a buscarlas! ¡Vaya, cuánta gente hay hoy en la feria!».

Era evidente que aquel hombre pensaba lo mismo. Y le hizo una pregunta al hombre del tiro de anillas.

—¡Cuánta gente hay hoy! ¿Qué ocurre?

—¡Han venido de Shepsale, es una especie de excursión! —explicó el hombre—. Se marchan a las cuatro y entonces esto se vaciará un poco. ¡Aunque a nosotros nos conviene!

El hombre asintió, y luego dirigióse a donde había dejado su bicicleta y le quitó el candado. Fatty le siguió. Era evidente que el

hombre había desistido de hacer lo que se proponía debido a la aglomeración de gente. Probablemente volvería. Fatty debía seguirle. Pensaba dejar a los otros en la feria, porque estaba seguro de que él y el hombre volverían más pronto o más tarde, cuando los viajeros se hubiesen ido.

Tuvo tiempo de dar un rápido mensaje a Larry, y luego corrió a montar en su bicicleta para seguir a aquel hombre todo lo cerca que se atrevió. Doblaron la esquina y el hombre hizo sonar su bocina, mec-mec.

¡Y en dirección contraria llegaba Goon en «su» bicicleta! Casi chocaron. Goon, que había oído la bocina, fijó su vista en el acto en aquel hombre. ¿Sería el Número Tres? ¡Debía serlo! Al parecer era el único hombre en varios kilómetros a la redonda que llevaba bocina en su bicicleta en lugar de timbre, por alguna razón particular que Goon no pudo adivinar.

Goon decidió inmediatamente seguir al Número Tres sin perderle de vista. Visiones de collares de perlas aparecieron ante sus ojos. Goon estaba seguro de que el Número Tres sabía dónde estaban las perlas. Y salió en persecución del Número Tres.

Y tras él fue Fatty, contrariado y furioso. ¿Es que Goon iba a llegar primero «otra vez»? Goon oyó que iba alguien detrás de él y se volvió frunciendo el ceño.

«¡Otra vez aquel niño gordo! También él perseguía al Número Tres. ¡Bah! —se dijo Goon para sus adentros—, ¡ese sapo entrometido!».

Capítulo XX

Un paseo largo. Y una idea

¡Y ahora, naturalmente, el señor Goon iba a estropearlo todo! ¡El Número Tres no podía dejar de adivinar que era perseguido por el gordo y jadeante policía! En primer lugar, Goon no guardaba una distancia prudente, sino que pedaleaba pegado a la bicicleta del Número Tres… ¡tan cerca que si el Número Tres llega a frenar inesperadamente hubiera chocado con su «sombra»!

Fatty siguió adelante detrás de los dos, reflexionando intensamente. Era una lástima que el viejo Ahuyentador se metiera en aquello cuando los Pesquisidores habían comenzado a trabajar de nuevo. ¡Por un momento Fatty comprendió lo que sentía el señor Goon cuando otros se entrometían en su trabajo! Él, Fatty, se había entrometido muchas veces cuando el policía estaba desentrañando un misterio… y ahora allí estaba Goon haciendo lo mismo. Y también lo hizo la noche anterior en la exposición de figuras de cera. Era exasperante.

El Número Tres, lanzando miradas ceñudas a su espalda, vio que Goon le seguía acalorándose. En realidad no necesitaba volverse para ver al policía, puesto que podía oírle muy bien… sus resoplidos y jadeos eran aterradores.

Una sonrisa curvó los labios del Número Tres. Goon quería dar un paseo en bicicleta, ¿eh? Pues bien, lo daría y con placer. ¡El Número Tres le llevaría a dar un paseo largo, larguísimo a través del campo en aquella tarde tan calurosa!

Fatty no tardó en darse cuenta de los propósitos del Número Tres, porque al hombre parecieron entrarle de repente unos deseos tremendos de subir todas las colinas empinadas que era posible

encontrar.

Era un individuo fuerte y musculoso que subía fácilmente las pendientes… pero al pobre Goon le costaba un trabajo terrible, y Fatty no lo pasaba tampoco muy bien. Empezó a jadear deseando haber encomendado la tarea de seguir a aquel individuo tan activo a Larry o a Pip.

«Ese tipo sabe que Goon le sigue porque sospecha que sabe dónde están las perlas, y piensa darle un buen paseo subiendo y bajando colinas —pensó Fatty, mientras sus piernas giraban rápidamente y el sudor le caía sobre los ojos—. O bien piensa agotar al viejo Goon y hacer que se dé por vencido… o piensa despistarle en cualquier momento».

No obstante, los tres seguían pedaleando, y a Fatty le molestaba mucho la ropa, que ya llevaba pegada al cuerpo. El Número Tres daba la impresión de no cansarse lo más mínimo y poseía un malsano conocimiento de todas las colinas más empinadas del distrito. El pobre señor Goon pasó del rojo al escarlata, y del escarlata al púrpura. El uniforme le daba mucho calor, e incluso Fatty sintió lástima de él.

«Le va a dar un ataque si sigue subiendo colinas a esta velocidad —pensó Fatty enjugándose la frente—. ¡Y a mí también! Cielos, me estoy derritiendo. Pronto habré perdido kilos y kilos. ¡Uff!».

El señor Goon estaba completamente decidido a no dejarse vencer por el Número Tres. Sabía que Fatty iba tras él, y que si él, Goon, fracasaba, Fatty continuaría triunfalmente adelante. De manera que el policía apretó sus grandes dientes y siguió adelante.

Ante ellos se alzaba una elevada colina. El señor Goon lanzó un gemido desde lo más hondo de su corazón. El Número Tres lo remontó con la facilidad acostumbrada, y el señor Goon le siguió con gran valentía, y Fatty la subió también convencido de que aquélla era la última cota.

Y entonces oyó una explosión procedente de su neumático posterior, y se volvió alarmado. ¡Maldición, maldición, maldición! ¡Había pinchado una rueda!

¡Pobre Fatty! Desmontó para examinar el neumático que estaba completamente deshinchado. Sería inútil hincharlo porque volvería a perder el aire enseguida… y de todas formas, si se detenía para

hincharlo perdería el rastro del Número Tres y el señor Goon.

De haber sido Bets hubiera estallado en sollozos. Si hubiese sido Daisy se hubiera sentado en la cuneta para derramar unas lágrimas. Larry en su lugar hubiera amenazado con el puño a la bicicleta y le hubiera dado un buen puntapié. Pip hubiera gritado y luego se hubiese puesto a patalear con furia, pero Fatty no hizo ninguna de esas cosas.

Dirigió una rápida mirada a la colina y vio que Goon le observaba con una sonrisa de triunfo en el rostro. Luego él y el Número Tres desaparecieron en lo alto de la colina, y Fatty saludó con la mano a Goon.

—¡Le deseo un largo y agradable paseo! —le dijo, complacido, secándose la frente. Luego esperó a que pasara algún coche.

No tardó en oír llegar uno. Era un camión conducido por un joven que llevaba un cigarrillo colgado de un lado de la boca. Fatty le hizo señas.

—¡Eh! Deténgase un momento.

El camión se detuvo y Fatty sacó una moneda de su bolsillo.

—¿Le importaría pararse en el garaje más próximo y pedir que me envíen un taxi? —le dijo—. Se me ha pinchado una rueda y estoy muy lejos y no quisiera tener que volver andando a casa.

—Mala suerte, camarada —explicó el conductor—, ¿dónde vives?

—En Peterswood —contestó Fatty—. No sé lo lejos que he llegado esta tarde, pero me imagino que debo estar a varios kilómetros de allí.

—¡Oh, no tanto, camarada! —dijo el conductor—. Yo voy cerca de Peterswood. Pon tu bicicleta en la parte de atrás del camión, y tú sube a mi lado… y guarda tu dinero. ¡Aún puedo llevar gratis a un muchacho sin hacerle pagar!

—¡Oh, muchísimas gracias! —dijo Fatty guardándose la moneda. Subió su bicicleta al camión, y luego fue a sentarse junto al conductor. Estaba cansado, tenía mucho calor y una sed espantosa, pero estuvo charlando animadamente, contento de haber conseguido aquel inesperado viaje de regreso.

—Hemos llegado —dijo el conductor cuando hubieron transcurrido unos veinte minutos—. Peterswood está a menos de un

kilómetro. Puedes ir andando.

—Muchísimas gracias —dijo Fatty, apeándose. Cogió su bicicleta y saludó con la mano al camión que se alejaba. Luego echó a andar con rapidez en dirección a Peterswood. Al llegar a su casa dejó su bicicleta y cogió la de su padre que estaba en el cobertizo para ir a la feria a ver lo que estaban haciendo los demás.

Se preguntaban qué le habría ocurrido a Fatty. No habían querido abandonar la feria, así que habían merendado allí y ahora se hallaban conversando con el muchacho pelirrojo de la exposición de figuras de cera, escuchando por vigésima vez la extraordinaria historia de la escapada nocturna de Napoleón.

—¡Oh, «Fatty»! —exclamó Bets al verle—. ¡Al fin has vuelto! ¿Qué ha ocurrido? ¡Qué acalorado vienes!

«Buster» dio la bienvenida a Fatty ruidosamente. Se había quedado con Larry por si acaso Fatty tenía que llevar a cabo alguna persecución rápida. Fatty le miraba.

—Siento que «mi» lengua cuelga como la de «Buster». Tengo tanta sed. Voy a tomar una Coca-Cola. ¡Venid a sentaros conmigo y os contaré lo que ha ocurrido!

—¿Es que el Número Tres te ha llevado hasta las perlas? —le preguntó Bets excitada mientras Fatty se dirigía a un puesto de refrescos, pero el niño meneó la cabeza.

—Vamos a sentarnos sobre la hierba —dijo abriendo la marcha. Se sentó en el suelo y comenzó a beber a grandes tragos—. ¡Cielos, éste es el mejor refresco que he tomado en mi vida!

No tardó en contar a los otros la loca persecución que el Número Tres le había hecho emprender a él y al señor Goon. Le escuchaban con toda atención. ¡Qué contrariedad que Goon se hubiese entrometido de aquella manera! Y cómo se rieron al pensar en el pobre policía, sudoroso y jadeante, subiendo y bajando colinas valientemente en pos del Número Tres.

—¡Qué lástima que tuvieras un pinchazo! —dijo Bets—. No obstante, estoy segura de que el Número Tres no os hubiera conducido a ti ni a Goon al lugar donde están las perlas, sabiendo que le seguíais. ¡Tal vez no supiera que «tú» le seguías… pero «es imposible» que no se fijara en Goon!

Fatty terminó su Coca-Cola y pidió otra diciendo que en su vida

había tenido tanta sed.

—Cuando pienso en el pobre y acalorado Goon, pedaleando sin descanso y tan sediento como yo… bueno, todo lo que puedo decir es que me alegro de haber pinchado —dijo Fatty volviendo a beber —. ¡Creo que Goon terminará en algún lugar de Escocia cuando acabe su paseo en bicicleta!

—De todas formas —dijo Larry—, es descorazonador que no hayamos adelantado nada en la resolución del misterio de las perlas. ¡En vez de que ese hombre nos lleve a ellas… parece que cada momento nos aleja más!

—Me pregunto si el viejo «le daría» el mensaje —exclamó Pip con el ceño fruncido—. ¿Estás seguro de que no viste la menor señal? Pensémoslo bien. Lo único que hizo el viejo Johnny fue jugar en el polvo trazando dibujos con su bastón. Nada más.

Fatty estaba bebiendo mientras Pip hablaba, y de pronto se atragantó y Bets tuvo que darle palmaditas en la espalda.

—¿Qué te ocurre? —le dijo.

Fatty tosió y luego dirigió sus ojos brillantes hacia los Pesquisidores.

—¡Pip lo ha acertado! —dijo—. ¡Qué ciegos somos! ¡Claro… «nosotros vimos cómo el viejo le daba el mensaje al Número Tres en nuestras mismas narices»… y no fuimos lo bastante listos para darnos cuenta!

—¿Qué quieres decir? —dijeron todos, sorprendidos.

—Pues… ¡que debió escribir en el polvo una especie de mensaje con su bastón, naturalmente, para que lo leyera el Número Tres! —dijo Fatty—. Y pensar que hubiésemos podido leerlo nosotros también de haberlo sabido. Somos unos Pesquisidores muy malos. Malísimos.

Los otros estaban excitados y Pip le dio una palmada a Fatty en la espalda.

—¡Bueno, pues vamos a ver si el mensaje está todavía allí, tonto! ¡Puede que aún esté!

—Es posible. Pero ya no es muy probable —repuso Fatty poniéndose en pie—. Sin embargo, iremos a verlo. ¡Oh!… pensar que no se nos ha ocurrido antes. ¿Dónde está mi cerebro? ¡Debe haberse derretido con este calor!

Los cinco Pesquisidores con «Buster» en la cesta se dirigieron a la calle del pueblo donde estaba el banco. Estaba vacío, pero era evidente que había habido gente sentada allí, porque se veían bolsas de papel esparcidas por el suelo. Los niños miraron ansiosamente el polvo delante del asiento. ¿Estaría aún el mensaje para que lo pudiesen leer?

Capítulo XXI

¡A la caza del collar!

Había, desde luego, ciertas marcas en el polvo, pero no muchas, porque era evidente que varios pies acababan de pisar por allí. Fatty fue a sentarse en el mismo sitio donde había estado el viejo y contempló el polvo fijamente.

Los otros le imitaron.

—Esto parece como una letra C —dijo Fatty y al fin señalando —. Luego hay una letra medio borrada, y luego una R. Después todas las demás letras han sido borradas por las pisadas de la gente. ¡Maldición!

—Una C… otra letra… una R… —dijo Larry, quien sabía descifrar muchos crucigramas cuando faltaban letras—, «cera»… puede que dijese.

Y entonces a todos se les ocurrió lo mismo.

—¡Figuras de «cera»! ¡Eso es lo que debía decir!

Se miraron unos a otros presas de gran excitación. ¡Figuras de cera! ¿Estarían escondidas las perlas en algún lugar de la exposición de figuras de cera? Era un sitio bastante apropiado, y que la banda conocía muy bien. Y además el Número Tres no había dejado del asomar la cabeza por la puerta durante toda la tarde.

—¡No cesaba de asomarse… pero no pudo entrar a recoger las perlas porque había demasiada gente dentro! —exclamó Fatty—. ¡Cielos, ahora hemos captado la idea! Ahora sólo tenemos que ir allí, buscar, y encontraremos las perlas en algún sitio… tal vez en el armario, o debajo de un ladrillo.

—Vamos enseguida —dijo Larry poniéndose en pie—. Adelante.

—No podemos hacerlo en las narices de ese chico pelirrojo —

dijo Fatty—. No obstante, iremos ahora mismo a la exposición.

Empezaron la marcha y pronto estuvieron de nuevo en la feria.

—Allí está el muchacho pelirrojo… debe haber salido a merendar —dijo Bets, señalándole—. ¿Habrá dejado la sala vacía?

Corrieron a ver. En la puerta cerrada había un letrero muy mal escrito que decía: «He ido a merendar. Enseguida vuelvo.»

—¡Ajá! —exclamó Fatty con los ojos brillantes—. No podía irnos mejor. Entraremos por esa ventana, Larry. Seguro que sigue abierta.

Aún estaba abierta y los niños entraron por ella muy excitados y casi se caen al suelo en su prisa por buscar las perlas.

—¡Detrás de las cortinas, en los armarios, en la chimenea, en todos los lugares que se os ocurra! —dijo Fatty con voz emocionada —. Adelante, Pesquisidores. ¡Descifrad el misterio si podéis!

Entonces comenzó la búsqueda. Todos los armarios, estantes, rincones y rendijas fueron examinados por los agudos ojos de los Pesquisidores. «Buster», deseando ayudar, aunque sin tener la menor idea de lo que buscaban, husmeaba, con la vaga esperanza de que tal vez se tratase de conejos.

Fatty incluso examinó las baldosas, pero ninguna estaba suelta. Al fin les pareció que ya lo habían examinado todo, y los cinco niños se reunieron para descansar y discutir el asunto.

—¡Yo supongo que el collar tiene que estar aquí! —exclamó Daisy—. Pero ya empiezo a dudarlo.

—A mí me parece como si jugásemos a «¿Dónde está el dedal?» —dijo Bets—. ¿Dónde está el dedal? ¡Tiene que estar en algún sitio, ese collar!

Fatty miró a Bets y le dijo:

—Bets, suponiendo que saliese de esta habitación y tuvieses que esconder un collar de perlas aquí, ¿en qué sitio lo pondrías?

Bets miró a su alrededor con gran detenimiento, y luego reflexionó.

—Pues verás, Fatty. Siempre he observado que cuando la gente juega a «¿Dónde está el dedal?» los sitios más difíciles de encontrar en realidad son los más fáciles.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pip.

—Pues —prosiguió Bets—. Recuerdo que en cierta ocasión miramos por «todas partes»… y nadie lo encontró… y ¿dónde dirías

que estaba? ¡En el dedo de mamá!

Fatty escuchaba a Bets con gran atención.

—Continúa, Bets —le dijo—. Suponiendo que tuvieses que esconder ese collar de perlas en esta sala… ¿«dónde» lo esconderías? ¡Tendría que ser un sitio fácil de alcanzar… y que no obstante, a la gente no se le ocurriera nunca buscar un collar de precio!

Bets volvió a reflexionar, y al fin sonrió.

—¡Ya sé dónde lo pondría! —dijo—. ¡Ahora lo sé! Estaría a la vista de todo el mundo y, sin embargo, nadie se fijaría en él.

—¿Dónde? —exclamaron todos.

—Yo os lo diré —dijo Bets—. ¿Veis a la reina Isabel con todas sus galas y sus joyas y su aire orgulloso y altanero? Pues pondría el collar alrededor de su cuello entre los otros collares, naturalmente… y nadie adivinaría que entre tanta baratija había un collar de perlas «auténticas».

Fatty se puso en pie de un salto.

—Bets, tienes razón. Yo tenía esa misma idea en mi cerebro, y ahora que tú la has expuesto en voz alta estoy seguro de que aciertas. ¡Apuesto a que el collar está allí! ¡Qué lista eres, Bets!



Todos corrieron hacia la majestuosa figura de cera de la reina Isabel cuyo cuello estaba adornado con collares de todas clases. Entre ellos había uno de doble vuelta de hermosas perlas y con el cierre de diamantes… por lo menos los niños creían que eran diamantes. Fatty alzó el collar con sumo cuidado, y se lo quitó a la figura de cera, después de abrir el broche.

Las perlas brillaban suavemente. Incluso los ojos de los niños vieron claramente que no eran baratas, compradas en un almacén. Eran verdaderamente preciosas.

—¡Éstas deben de ser las perlas desaparecidas! —exclamó Fatty triunfante—. ¡Tienen que serlo! ¡Cielos, y nosotros las hemos encontrado! ¡Hemos resuelto el misterio! ¿Qué dirá el inspector? Vamos a telefonearle enseguida.

Y saliendo por la ventana montaron corriendo en sus bicicletas. Fatty llevaba el precioso collar en su bolsillo. Apenas podía creer que lo hubiesen encontrado realmente… ¡y en semejante sitio! Tan «sencillo».

—Pero muy bien ideado —dijo Fatty—. Pensar que hoy ha estado a la vista de todo el mundo… ¡y nadie lo ha adivinado! ¡Estaba más seguro en el cuello de la reina Isabel, que en cualquier otra parte!

—¡Mirad… ahí está Goon! —exclamó Larry.

—¡Y el inspector Jenks viene con él! —dijo Bets, encantada—. ¿Se lo decimos?

—Dejadme a mí —ordenó Fatty—. Buenas tardes, inspector. ¿También usted ha venido a buscar el collar?

—Federico —repuso el inspector—. Tengo entendido que esta tarde estuviste persiguiendo en bicicleta a un miembro de la banda al que llaman el Número Tres, ¿es cierto eso?

—Sí, inspector —replicó Fatty—. Con el señor Goon.

—Bien, pues desgraciadamente logró despistar al señor Goon —dijo el inspector—. El señor Goon me telefoneó y he venido, porque es necesario que yo no pierda de vista al Número Tres, puesto que sabemos que conoce el escondite de las perlas. ¿Por casualidad no has vuelto a ver a ese hombre, después de tener el pinchazo?

—No, señor —contestó Fatty—. No he vuelto a verle.

El inspector lanzó una exclamación de contrariedad.

—«Hemos» de encontrar al Número Tres. Hemos descubierto que él es el cabecilla, el hombre que más buscamos. Y si ahora coge esas perlas, estén donde estén, y escapa, más pronto o más tarde volverán a empezar los robos. No le costará organizar una nueva banda.

El señor Goon parecía muy abatido además de sudoroso y

cansado.

—Es un individuo muy inteligente, inspector —dijo—. Muy inteligente. No comprendo cómo pudo despistarme.

—No importa, señor Goon —le dijo Fatty para consolarle—. «Yo» puedo decir al inspector dónde están las perlas y cómo podrá usted detener al Número Tres si lo desea.

El señor Goon miraba a Fatty sin dar crédito a sus oídos.

—¡Bah! —exclamó—. Me tenéis harto. Siempre diciendo tonterías. ¡No creo ni una palabra!

—¿Qué quieres decir, Federico? —dijo el inspector, sobresaltado.

Fatty sacó el collar de perlas de su bolsillo, y el señor Goon, tragando saliva, abrió los ojos más que nunca. El inspector también estaba sorprendido mientras tomaba las perlas de manos de Fatty. Todos los niños los rodearon excitados.

—¡Federico! ¡Éstas «son» las perlas desaparecidas! Una doble hilera de las mejores perlas. Mi querido amigo… ¿y dónde las encontraste?

—¡Oh…! Estuvimos jugando un poco a «¿Dónde está el dedal?» con la pequeña Bets… y ella nos dijo dónde estaban —dijo Fatty, y el señor Goon lanzó un gruñido, incrédulo—. Estaban alrededor del cuello de la reina Isabel en la exposición de figuras de cera, inspector… un lugar muy apropiado. ¡Y Bets lo adivinó!

—Desde luego que es un lugar estratégico —replicó el inspector —, y una ocurrencia muy buena la tuya, pequeña Bets —dijo volviéndose a la niña que estaba encantada—. Hoy deben haber estado brillando ante los ojos de cientos de personas… ¡y nadie ha sabido adivinarlo! Pero ahora, dime, Federico…, ¿cómo supones tú que podemos echar el guante al Número Tres?

—Pues, verá, inspector… él sabe que las perlas están escondidas en la exposición de figuras de cera —dijo Fatty—. Y puede que también sepa que estaban alrededor del cuello de la reina Isabel… de manera que volverá a buscarlas cuando todos se hayan marchado y la exposición esté vacía y a oscuras. ¡Oh!, Inspector…, ¿podría ir esta noche a esconderme a la exposición cuando ustedes vayan a detenerle?

—No —repuso el inspector—. Me temo que no. Tendré tres

hombres apostados allí. Cuide de eso enseguida, Goon. Y, estoy seguro de que podemos felicitar a los Pesquisidores por resolvernos nuestros problemas de una manera que merecen grandes elogios…, ¿no opina usted lo mismo, Goon?

Goon murmuró algo que sonó así como:

—¡Bah!

—¿Qué ha dicho usted, Goon? —dijo el inspector—. Supongo que estará de acuerdo conmigo, ¿no?

—Er…, sí…, inspector —se apresuró a responder Goon adquiriendo su característico color púrpura—. Ahora iré a buscar a los hombres.

Salió corriendo, y los niños vieron que incluso el cogote lo tenía enrojecido. El inspector se guardó las perlas en el bolsillo y los miró sonriente.

—Bueno, una vez más lo habéis hecho estupendamente bien —les dijo—, aunque debo confesar que estaba un poco enojado contigo, Federico, por arriesgarte sin necesidad. Sin embargo, como de costumbre, habéis utilizado vuestros cerebros y nos habéis ayudado mucho. Especialmente la pequeña Bets, si es que verdaderamente adivinó dónde podía estar el collar.

—¡Oh, claro que sí! —dijeron todos, incluso Pip. Y Bets se puso como un tomate de satisfacción. ¡Era la más joven de los Pesquisidores… pero tan buena como cualquiera de ellos!

—Ahora, puedo confiar en que respetaréis mis deseos y no os acercaréis a la exposición de figuras de cera esta noche —dijo el inspector enarcando las cejas, y todos asintieron vigorosamente.

—Puede usted confiar en nosotros, inspector. Pero mañana por la mañana díganos si han cogido al Número Tres, ¿quiere? —le dijo Fatty.

A la mañana siguiente los Pesquisidores supieron lo que había ocurrido. El Número Tres se había presentado en la exposición a medianoche. Se acercó a la reina Isabel, y estuvo buscando entre los collares que pendían de su cuello… ¡y mientras buscaba salieron tres hombres robustos y le capturaron!

—Ahora está en una celda reflexionando tristemente sobre sus delitos —les dijo el inspector por teléfono—. Tenemos a toda la banda… y también el collar. ¡Buen trabajo! Desde luego que no

hubiésemos podido hacerlo sin los Pesquisidores. ¿Qué os parece si ingresarais en el cuerpo de policía? ¡Trabajaríamos juntos!

—¡Oh, cómo me gustaría si pudiéramos! —exclamó Bets después —. Supongo que no lo habrá dicho en serio, ¿verdad, inspector?

—¡Y ahora pensar que tenemos que ayudar a hacer las maletas para volver al colegio! —dijo Pip con disgusto—. Después de nuestro magnífico trabajo detectivesco, hemos de ir a aprender los principales ríos del mundo, la fecha en que la reina Isabel subió al trono, cuánto trigo crece en el Canadá y…

—No importa… las próximas vacaciones tendremos otros misterios que resolver —replicó Bets, feliz—. ¿No es verdad, Fatty? Fatty sonrió.

—Eso espero, pequeña Bets —le dijo—. ¡Eso espero!

Y yo también. ¡Tendría una «gran» desilusión si no fuese así!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).